

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16.

NUM. 191.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE 1904

MADRID

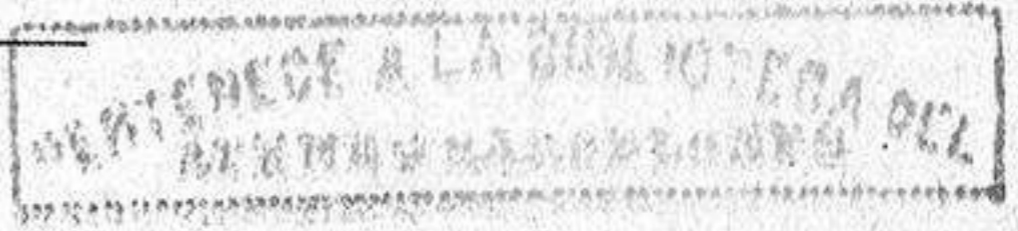
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

10.131

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

ESTUDIOS DE SINONIMIA INVERSA



¡Cuántas y cuántas anomalías salen al paso de quien, buscando reglas, escudriña porqués en el empleo del lenguaje como vehículo de transmisión de las ideas!; ¡cuántas y cuántas, valido de sus despóticas pragmáticas, habla el uso al revés de lo que el genio del idioma y filosóficas razones exigen de consumo!; ¡cuántas y cuántas éste será el mayor obstáculo en análisis de la naturaleza del presente!

Una de esas anomalías es la de llamar estudios sinonímicos á los que llevan la mira puesta en deshacer sinónimos, rebuscando diferencias entre palabras que á escasa luz de inspección poco atenta cabría tomar por equivalentes: es más, que lo serán cuando no hayamos menester expresar sino conceptos generales y vagos, y siempre que padezcan bajo el poder de quien no sepa lo que piensa ó ignore lo que diga; pero que escrupulosamente comparadas darán inestimable gama de escalonados tonos á quien aspire á verter en la frase modalidades y matices del pensamiento.

Puntualicemos.

Cabe considerar la sinonimia en dos aspectos, resultantes de otros tantos problemas de índole diferente, más aún, opuesta, que pueden y que suelen presentarse al escritor.

Surge el primero de ellos cuando, puesto á la faena, tropieza con dificultades dependientes de la necesidad de prescindir de una palabra que ha empleado y no le satisface: ya por no reflejar puntualmente su pensamiento, ya por tener sonido ó

estructura que produzcan con las cercanas cacofonía, hiato ó, en general, falta de armonía, engorrosa repetición de un mismo é idéntico concepto, penoso bataneo de asonantes terminaciones, falta de fluidez, número y lozanía, ó por cualquiera de las muchas causas á que se ha de atender en la composición de galana y suelta prosa. Para llenar tales necesidades, y atinar con vocablo propio que llene satisfactoriamente el hueco en el discurso originado por la eliminación del que por una ú otra de las causas citadas se desea sustituir por otro, acúdense á lo que puede llamarse *sinonimia directa*, ó sea la que enlaza palabras del idioma que, en realidad distintas si en ellas atendemos á cuanto en sí contienen, no deben en rigor tenerse por sinónimas, sino trabadas por contingentes *relaciones de sinonimia*, y tales que, si en tal ó cuál frase pueden tomarse dichas voces como equivalentes, habrá otras muchas que, no ajustadas á dicha relación de sinonimia, harán absurda aquella sustitución.

No hay, pues, salvo muy raras excepciones, voces sinónimas, sino eventuales sinonimias: resbalar, deslizarse, correr, son verbos bien diferentes en su estricto y fundamental sentido: nadie que me vea lanzado á la carrera dirá que me deslizo ni que resbalo; de nadie que dando un resbalón en tierra caiga podrá decirse que corre ó se desliza, y sin embargo, por fortuita relación de sinonimia, podrá expresarse la idea del movimiento del agua de un manso arroyo que fluye suavemente entre guijarros con las palabras correr, deslizarse, resbalar.

Para dar con palabra conveniente en la resolución de los problemas de sinonimia directa (claro está que supuesta suficiente cultura en el idioma), bástanos recordar bien, por esfuerzo, á veces no muy fácil, de la propia memoria, unas cuantas sinonimias contingentes de la palabra que no queremos emplear.

Mas cuando se pretende imprimir en la frase precisión rigurosa, dar con una palabra expresión á una idea sin acudir á pegadizos é innecesarios complementos, aquilatar con el len-

guaje las inflexiones de nuestro pensamiento, no basta hallar el vínculo de unión de unas cuantas palabras que más ó menos vaga ó imperfectamente puedan sustituir á la que no nos satisface, sino que hallado es preciso romperlo y deshacer la sinonimia: á esto, por darle un nombre, creo yo podría llamarse *sinonimia inversa*.

Esta es la que hasta ahora se ha designado con el nombre de estudios sinonímicos; en ella estriba el verdadero conocimiento del idioma; ella la que da margen á pensar mucho y hondo; con ella solamente puede darse al discurso vigor y precisión, claridad y limpieza.

*
* *

Usual práctica en el empeño de aquilatar acepciones es dar principio á la investigación desentrañando discrepancias entre vocablos al parecer sinónimos. Siendo éste el fin perseguido, claro es que á eso será preciso ir á parar al cabo; mas como procediendo de otro modo, acaso quepa alcanzarlo con mayor facilidad, y principalmente, sacando del estudio más generales consecuencias, á nadie debe sorprenderle vernos tomar sendero diferente del ordinariamente frecuentado. Sabido que *por todas partes se va á Roma*, dueño es quien quiera de elegir á su gusto la ruta; mas tal vez yerre quien á rumbo se ponga para seguir la línea recta, que, con ser el más corto, no suele dar el más breve ni seguro camino.

Cuéntase de un obispo que, detenido en su paseo por un mozo que presumía de chusco, fué interpelado con la siguiente adivinanza:

—Señor obispo, ¿á que no sabe en qué se diferencia V. I. de un asno?

—Muy sencillo, hijo mío: lleva el asno sobre el lomo la cruz; yo, colgada en el pecho. Pero ahora, dime: y tú, ¿en qué te diferencias de un jumento?...

Corrido del golpe dado en falso, turbado con la propia sor-

presa que vanamente había intentado explotar, quedó el gracioso atontado y perplejo, sin caer en ninguna de las muchas respuestas á la pregunta acomodada.

—¡Cómo! ¿no ves en qué os diferenciáis un burro y tú?— recalcó el obispo.

—Ahora no doy en ello—tartamudeó el pobre diablo...— Así, de pronto, no lo veo.

—Mira, hijo, no me extraña, pues á mí, aun llevando ya un rato de pensar en lo mismo, me ocurre lo que á ti: que tampoco lo veo—dijo el prelado con simulada candidez, y prosiguió el paseo.

Histórico es el chasco; mas cuando no lo fuera, resultaría muy humano y sumamente lógico el azoramiento del preguntón, insólita la rapidez en la respuesta del obispo, y aún más su viveza de ingenio, demostrada en la devolución de la pregunta.

Pensando con sosiego, no una, sino muchas diferencias hallara el burlador burlado que airoso le sacaran de aquel lance; mas de exigirle señalara una *á la par* existente entre él, un burro y una golondrina, fuera más estrecho el aprieto; y si en el acertijo se incluyeran, cual nuevos elementos, una rana y un fraile, una viuda y un galgo, tan enrevesada y escondida andaría la solución, que no sería fácil, ni á tres tiros, dar con ella.

Y cuenta que en el último y extravagante ejemplo se trata de términos de todo en todo desemejantes; y adviértase cuán de punto subiría la dificultad de la respuesta si pretendiéramos puntualizar discrepancias entre seres ó cosas de la misma especie, cual golondrinas de una parte y tordos y gorriones, águilas y palomas, tórtolas y canarios de la otra, ó entre un carro, un tren, un automóvil, una berlina y una bicicleta.

A la inversa, buscando semejanzas, y apenas planteada la pregunta, resaltarían las nacidas de que todos los seres comprendidos en la primera de estas comparaciones vuelan, son bípedos, y tienen alas, plumas y pico; y para los de la segun-

da, las resultantes de ser, aquellos artefactos, vehículos de locomoción y tener ruedas. Si ampliáramos aún más cotejando pájaros con mariposas y carruajes con barcos, reduciríanse las semejanzas á las determinadas por las propiedades comunes de tener alas y volar los primeros, y de ser medios de transporte los segundos; y si por último diéramos entrada en el primer grupo á globos y cometas, sólo subsistiría la analogía única de apoyarse en el aire.

Dedúcese de aquí ser mucho más difícil determinar en qué discrepan seres, fenómenos y acciones, que sorprender en ellos concordancias: máxime si tratándose de series homogéneas, cual las establecidas por la sinonimia, sólo difieren en menudencias los individuos de ellas.

Y es lógico; pues siendo el mundo físico y moral vario en grado eminente, es la semejanza lo normal, y extraordinaria la similitud, resultando, por tanto, más visible que aquélla. Además, numerosísimas por lo común las diferencias entre dos ó más términos de comparación, córrese riesgo de descarrarse al intentar marcarlas, y el peligro, mayor, de recoger por fruto incompletas consecuencias de escasa utilidad por su particularismo. Por el contrario, el corto número de semejanzas, tanto más fáciles de reducir, en cuantía y extensión, á medida que crece el de elementos comparados, facilita notablemente la tarea, con la ventaja de ofrecer norma fija para llegar á descubrir un vínculo de enlace entre todos los seres, acciones ú objetos del grupo, examinado, ó sea, concretándonos á los estudios que emprendemos, seguridad de puntualizar rigurosamente el concepto á que responde la sinonimia de las palabras estudiadas, descubriendo la *idea* que de lazo les sirve.

De otro modo sería la clasificación, sobre arbitraria, abrumadoramente penosa de establecer.

Pero dirá cualquiera: ¡Si justamente es esto lo contrario de lo que se propone toda investigación sinonímica! Certísimo; y, sin embargo, el rodeo es necesario.

Porque el conocimiento de *esa idea*, de *esa síntesis*, en donde caben todos los vocablos examinados, descarta el riesgo de prolijidad en el análisis, y el más temible de asentar el carácter de aquéllos, cual sobre silla coja, en inconexas é incompletas pesquisas; pues teniendo á la vista la idea á que responde la relación de sinonimia, no habremos menester sino descubrir en cada palabra otra, ó á lo sumo otras dos ideas, que en ella predominen con superior intensidad á la alcanzada por las demás por ellas sugeridas. Bastando esto, porque sin más hondos análisis, tales ideas puntualizarán las modificaciones por ellas introducidas en la fundamental de la sinonimia: medio seguro, lógico y racional para saber cuándo ha de echarse mano de una ú otra voz para imprimir en la frase diversas modalidades del pensamiento.

Con tal método investigador gánase, además, la ventaja de dar á las consecuencias mayor generalidad, sin limitarse á almacenar afirmaciones sueltas relativas á meras particularidades.

Pero donde decimos general no se entienda absoluto; pues sobre no ser el idioma ciencia exacta, sino antes bien, un arte, las anomalías hijas del uso serán las excepciones confirmatorias de las reglas.

En pro de este sistema milita aún otra ventaja de mayor entidad; pues ya que sea imposible llegar á disponer en ningún tiempo de un diccionario completo de sinónimos, tendremos á lo menos un procedimiento general de investigación sinonímica, tan constante y sencillo que quienquiera, y sin otra herramienta que el sentido común, sea capaz de aplicarlo.

Dicho esto, veámoslo funcionar en el primer ejercicio que hemos de resolver, examinándolo en esta primera aplicación con mayor prolijidad que en las sucesivas.

ABALANZAR-SE.—ACHOCAR.—ARROJAR-SE.—BOLEAR.—BOTAR.—
DESGALGAR-SE.—DESPEÑAR-SE.—DESPEDIR.—DISPARAR-SE.—
LANZAR-SE.—PRECIPITAR-SE.—PROYECTAR.—TIRAR-SE

Visto en sí y por sí solo cada uno de estos verbos, sugiere ideas diversas que corresponden á diferentes significaciones, muy variadas á veces, advertidas en ellos. Considerados dos á dos, pero ciñéndonos á los aspectos comunes que presenten en cuanto expresivos de acepciones que siendo semejantes de uno á otro traigan á la mente pensamientos análogos, irán reduciéndose en número aquellas diferencias y concretándose las acciones en que convienen cada par de verbos; pues con las no concordantes desaparecerán circunstancias que, al no concurrir en las comunes, podremos llamar secundarias de la relación de sinonimia, por disconformes con las ideas á la par despertadas por los dos, únicas tenidas ahora en cuenta. Pero aun ocurrirá á veces duda ó anfibología respecto al hecho á que dichas palabras se refieran cuando sean adecuadas juntamente no á uno, sino á varios.

Así, con *arrojar*, vienen al pensamiento las ideas de impulsión, traslación, caída, choque, expulsión, ascensión, violencia, alejamiento, repulsión y otras muchas; *despedir* equivale ocasionalmente á impulsar, expeler, repeler; á movimiento instantáneo, desdén, despedida, ó á exhalar, irradiar, etc., etc. Mas si ahora examinamos las significaciones comunes á *despedir* y *arrojar*, ya no cabrá admitir la de choque ni la de caída, propias tan sólo del segundo; ni exhalar, irradiar ni despedirse, particulares del primero. Descartando acepciones, habrémonos aproximado á una idea elemental y sencilla; pero aun este lazo de unión tendrá muchos repliegues, será muy complicado; aún subsistirá indeterminación dependiente de poderse tomar los dos vocablos para expresión de fenómenos de impulsión, traslación, expulsión, re-

pulsión, alejamiento, tal vez algún otro, que no responden á una sola y misma idea. Caminamos hacia la idea sintética perseguida, pero nos queda mucho para llegar á ella.

Incluyamos á *abalanzar* en la comparación, y buscando en tal verbo ideas comunes con *arrojar* y *despedir*, desde luego podemos excluir de ellas las de repulsión, expulsión y alejamiento que en aquél no se hallan; las de urgencia, pasión y presteza no advertidas en los otros; restándonos tan sólo las de impulsión y traslación, que aun pareciendo dos cosas distintas, en realidad responden á *una idea*. En efecto: apurando el raciocinio, vemos en la traslación un hecho, un movimiento; en la impulsión una fuerza, una causa; y viviendo las fuerzas, y viviendo las causas con vida propia, de la que es un reflejo la prestada por ellas al fenómeno; siendo filosóficamente fuerzas y causas mucho más grandes y más nobles que los efectos; siendo la fuerza *una* y varios hasta el infinito los hechos por ella producidos, resulta que al buscar *la idea* que sintetiza *ese algo* idéntico en los verbos examinados y hallar las dos de impulso y movimiento, podemos afirmar con rigurosa lógica que ambas se condensan en *una sola idea*: la de impulsión.

Llegados á este punto, convendrá ver si además de los examinados existen en el idioma otros verbos que más ó menos directamente respondan á esa misma idea: así hallamos *achocar*, *bolear*, *botar*, *despedir*, *disparar*, *lanzar*, *tirar*, *proyectar*, *precipitar*, que además de otras varias en cada uno, diversas de uno á otro, envuelven todos el mismo pensamiento de un empuje inicial rápido engendrador de traslación, cual vínculo de enlace entre ellos y los anteriores.

En tal concepto, y sólo en él, son sinónimas las palabras citadas.

¿Y no cabrían en esta relación de sinonimia otros vocablos tales como *empujar*, *impeler*, *apretar*, por ejemplo (amén de otros)? Desde luego, si para idea fundamental de relación eligiéramos la de empuje no calificado; pero no después de ya

puntualizada, cual lo hemos hecho, su cualidad de rápido y pasajero, de fuerza que obra un instante y cesa en sus esfuerzos. Pero extender así la sinonimia sería establecerla con excesiva vaguedad, dando entrada en ella á voces en muy crecido número, con el inconveniente de hacer confuso y por demás alambicado el análisis que á esta inicial síntesis debe seguir, como medio de formar juicio acerca de cuál ó cuáles entre las ideas distintas de la fundamental la califican especialmente en cada verbo de los considerados, imprimiéndole carácter distintivo y haciéndole más ó menos apto para expresar pensamientos influídos por esta ó aquella idea.

Mas siendo importantísimo fijar á *macha martillo* el concepto de la sinonimia, convendrá concretarlo, á ser posible, mediante una de las mismas palabras comparadas, tomada por término de referencia común á todas, eligiendo para ello la que, más claramente que otra alguna, refleje aquel concepto, hallándose á la par desprovista ó á lo menos escasa de acepciones extrañas á la idea en él encerrada.

La que mejores condiciones reúne para ello es *lanzar*, pues enunciada *sola* y desligada de toda frase en donde entrar pueda, no hace pensar en otra cosa sino en la acción que *lanzamiento* en su sentido recto expresa.

Así, de ocurrir en el cotejo de *arrojar* y *tirar*, por ejemplo, que la acepción de desprenderse de algo inútil, en ambos verbos contingente, viniera á complicar este estudio, dificultándolo con elementos á él extraños, bastaría advertir que en tal sentido no son dichas palabras sinónimas de *lanzar*, para caer en la cuenta de que nos habíamos descarriado, saliéndonos de la sinonimia propuesta.

Y esto, dicho de *arrojar* y *tirar*, entiéndese asimismo de *precipitarse* y *dispararse*, *arrojar* y *botar*, *arrojar* y *despedir*, etc., etc.

En suma, que el patrón ó faro que hemos menester siempre, cual norma ó guía, será *lanzar* en la ocasión presente.

Pasemos al análisis de los vocablos.

El que la idea primeramente despertada por *lanzar* sea la de fuerza, depende en primer término de no poder sin ésta ser lanzado nada; y en segundo, de que no teniendo tal verbo sino secundaria y contingentemente otras acepciones, ninguna extraña á la indicada viene á distraernos de ella; de aquí que siendo el vocablo más adecuado para expresar en abstracto la acción considerada, sólo revelará el objeto, intención, término y circunstancias de ella, mediante otras palabras, agregadas, que la complementen.

Así en las locuciones «se *lanz*ó, *abalanz*ó ó *arroj*ó á la brecha», y prescindiendo de la idea de lucha que el sustantivo hace nacer, indica el primer verbo el propósito firme de llegar á la brecha, la energía que lleva en sí la fuerza rectamente dirigida á un fin; el segundo, presteza, hija de urgencia engendradora de instintivo impulso; en tanto la tercera frase, algo más vaga y no tan enérgica cual las anteriores, refleja meramente un hecho, influído, si acaso, por el sentido figurado á veces visto en *arrojarse á*, de arrostrar peligros (1).

ARROJAR. —De las palabras que estudiamos es *tirar* la más varia en acepciones ajenas á la relación de sinonimia; pero *arrojar* las ofrece más diversas *dentro de ella*, y, por tanto, si *lanzar* lleva al discurso preponderantemente la idea de fuerza origen del fenómeno, predomina en *arrojar* el hecho, y á veces el objeto, con preferencia á la causa, siendo entre los vocablos considerados el más flexible para adaptarse á diversas particularidades de la acción, mediante complementos adicionales.

«Tanto arreció la tempestad, que *arrojaron* el cargamento al mar»: resalta aquí principalmente el hecho, no la fuerza que

(1) Si no obstante considerar esta acepción de *arrojarse*, prescindimos de la frase «*precipitarse á la brecha*», es porque, aun así modificada, subsiste en *arrojarse á la brecha* la idea por lanzarse expresada, mientras que *precipitarse* sería en este caso *ir más de prisa que antes*, habiendo desaparecido la acepción de *lanzar*.

lo realiza; sin necesidad de puntualizarlo, claro aparece el objeto de aligerar el barco para que no se hunda.

En «perseguido de enemigos, *se arrojó* desde el adarve al foso», queda completamente oscurecido el esfuerzo necesario en el salto, ante la importancia del suceso de que se da noticia: elípticamente déjase entender que, á riesgo de estrellarse, y como único evento de salvar la vida, *se arrojó* al foso.

TIRAR.—En este verbo, visto á la luz de la presente relación de sinonimia, suelen influir preponderantemente ideas de golpe ó daño, ó la de desprenderse de algo inútil ó inservible.

Efectivamente: *se tiran* pedradas, cuchilladas, cantazos; no se lanzan, arrojan, despiden... sino piedras, cantos, etc.; «*se tiran* piedras contra el propio tejado», «*se tira* á dar»; de algunos dice la gente «que *se tiran* á matar»; para ahuyentar á ladradores canes no se lanzan ni arrojan ni despiden cantos, *se tiran*; *tiramos* al blanco para que contra él choquen los proyectiles.

Así, «Juan *tiró* á Pedro el libro que en la mano tenía», lo interpretará cualquiera coligiendo que *contra* él lo *lanzó*; diciendo *lo arrojó* pudiera haber duda de si lo hizo para que Pedro lo cogiera.

«*Se tiró* al mar» hace pensar en un suicidio; «*se arrojó* al mar», «*se lanzó* al mar», son frases más anficológicas por prestarse á expresar más variados fines.

De otra parte, al encender un cigarro *tiro*, *por ya inservible*, la cerilla, no la *arrojo*; si distraído me llevo á la boca la lumbre del tabaco, rápido lo *arrojo*, y acaso *lance* una interjección; al acabarlo *tiro* la colilla, que *para nada vale: anda tirado* lo que tiene valer ó precio escaso; al arreglar mi mesa de despacho *tiro* los papeles inútiles; é incendiada la casa, por la ventana *arrojo* legajos de importantes documentos para *evitar* su destrucción.

Si me arguyeran que los dos mil ejemplares de una obra ti-

rados al imprimirla no son para el autor inútiles, acudiría á *lanzar*, guía en esta discusión, viendo en seguida lo impertinente del reparo, porque *tirar* en la acepción de labor tipográfica no cabe dentro de la presente sinonimia.

De intento se han echado por delante en este estudio los verbos que por su mayor diversidad de significados oponen superior dificultad á la clasificación analítica; pues después de ellos serán pequeñas las que presenten los demás.

ABALANZAR-SE.—De pasada se ha visto ya esta acción influida especialmente por las ideas de urgencia en el móvil y presteza en la ejecución.

Aunque empleado *abalanzar* en otros tiempos por escritores de nota como verbo activo, no es de hoy la repugnancia, cada día mayor, á usarlo en forma distinta de la reflexiva.

Nadie dirá que *abalanzó* una piedra al tejado, ni una pelota á lo alto, ni venablos á un corzo; mas sí que el león *se abalanza* á la presa, el hijo á los brazos del padre.

Y nada implica en contra de lo dicho pueda, por ejemplo, decirse «en cuanto el niño vió los dulces, á ellos *abalanzó* ambas manos»; pues siendo éstas miembros de la persona que en acción pone el verbo, aun cuando no gramaticalmente, úsase reflexivamente en sentido filosófico, porque equivale aquella frase á esta otra: «*se abalanzó* á cogerlos con ambas manos».

ACHOCAR.—Anticuado de hecho (aun cuando no en el Diccionario), vale tanto como «arrojar ó tirar con violencia á una persona contra la pared ú otra cosa dura». Significado tan puntual no da origen á dudas en su empleo, y es verdaderamente lamentable vaya perdiéndose vocablo de tan clara acepción, expresivo sentido y corte tan castizo como éste.

BOLEAR.—Tomado por lanzar, no creo sea hoy necesario ni usado; en el sentido de *arrojar* bolas á quien más lejos, ó en el que tiene en el juego de billar, hartó evidente es cuándo ha de ocurrir su empleo.

BOTAR, por arrojar fuera con violencia, cual lo define el Diccionario, tiene acepción harto precisa para exigir aclaraciones.

DESPEDIR trae á la mente el hecho de desprenderse el objeto impulsado del agente impulsor, el instante en que aquél se realiza, y la idea de velocidad máxima en dicho instante.

Conviene, pues, para expresar acciones instantáneas, violentas, mecánicas, ó mejor dicho físicas, más bien que morales, siquier por extensión úsese á veces translativamente, para las provocadas por causas pasionales, cuando se quiere imprimir gran vigor al lenguaje.

Si *abalanzar* disuena en forma activa, repugna *despedir* haciendo oficios de verbo reflexivo (1). Presteza y velocidad son ideas de la propia índole influídas por los caracteres moral y físico esenciales respectivamente en *abalanzarse* y *despedir*; y de esta y la anterior observación dedúcese que dichos verbos se complementan gramatical y filosóficamente, siendo tal vez entre los estudiados los unidos por más estrecha sinonimia.

«El arco *lanza*, *despide* ó *arroja* flechas». Ahondando en estas tres frases, parece advertirse en la primera fuerza en el arco utilizada al arrojar las flechas; en la segunda se las ve partir; en la tercera partir, volar y caer, ó clavarse en el blanco.

La frase metafórica «*despedido* como una flecha» no quiere decir *lanzado* como una flecha, sino *con la velocidad de una flecha*.

DISPARAR-SE.—Las personas no *disparan* los objetos que *lanzan*: los *disparan* las máquinas, mediante mecanismo apropiado ó explosión producida en el interior de ellas, siendo, á su vez, las máquinas, por las personas *disparadas*.

Así, yo *disparo* una catapulta, un fusil, un cañón; la cata-

(1) Claro es que se habla en la acepción considerada de lanzar.

E. M.—Noviembre 1904.

pulta dispara piedras; los cañones, granadas (no obuses, como, hablando en castizo francés, va diciendo en España casi todo el mundo); el fusil, balas; el soldado *dispara* las armas; las armas *disparan* tiros.

Las armas *se disparan* al zafarse el disparador fortuitamente; las máquinas movidas por fuerzas destinadas á comunicarles marcha regulada *se disparan* cuando, rotas accidentalmente las leyes de su movimiento, acelérase éste en términos peligrosos; en sentido figurado, *se dispara* quien, arrebatado por pasiones violentas, pierde el juicio al extremo de olvidar el valor de las palabras y ser irresponsable de sus actos; entre las frases metafóricas «salir *disparado*» y «salir despedido», como expresión de que alguien echa á correr muy de prisa, parece más acertada la segunda.

En suma: *disparar* hace esencialmente referencia á la causa que en acción pone la fuerza que produce el lanzamiento.

PROYECTAR, que equivale á lanzar con violencia hacia adelante, lleva en sí la idea muy principal de dirección rectilínea.

De empleo muy restringido y casi siempre técnico, no dará en general lugar á dudas.

PRECIPITAR-SE.—Responde á la idea de *precipicio*; es arrojar desde muy alto ó dejarse caer *por la acción de la gravedad*.

Con ser el impulso, lo que abajo haya, y el daño, circunstancias concomitantes en la acción, quedan (salvo el relieve que puedan darles otras palabras) relegadas por este verbo á lugar secundario, al lado de la *altura* de la caída, preponderante asimismo sobre la de choque, según lo prueba el hecho de que, tan pronto como desaparezca de *precipitar* la idea de altura, esta palabra no significa ya arrojar, sino apresurar.

DESPEÑAR, DESGALGAR.—Subordinados de *precipitar*, los separan de éste y entre sí las circunstancias en que la caída se

verifica, dependientes de diferencia existente entre *precipicio*, *despeñadero* y *desgalgadero*.

El precipicio es corte, risco, tajo, cuyo declive se halla cercano á la vertical, casi cantil, tomando esta palabra, por extensión, fuera del sentido marino que le da el Diccionario: por el borde del precipicio se puede andar, á riesgo de caer; no así por el terreno intermedio entre lo alto y el fondo.

Despeñadero y *desgalgadero* son cuevas tan agrias y escabrosas que por ellas se hace difícilísima la marcha, y sobre todo la bajada; pero que usando precauciones especiales, y agarrándose con pies y manos, pueden recorrerse: lugares por los cuales saltan y triscan á sus anchas las cabras, las cuales ruedan ó se enriscan en los *precipicios*.

La pendiente del *despeñadero* es resbaladiza, está erizada de peñascos; á quien andando intenta bajar por ella le parece que el suelo se levanta tras de él para empujarle en las espaldas, el peso de su cuerpo le obliga á correr para no perder el equilibrio, y la velocidad extremada de la carrera, un obstáculo en ella, ó la falta de terreno bajo sus pies, le hacen *despeñarse*.

En el *desgalgadero* el suelo es movedizo, sin firmeza, como compuesto de guijarros y cantos sueltos, de *galgas* (véase esta voz en el Diccionario de la Academia, y *desgalgadero* en el de Almirante), que ruedan al sentar el pie en ellas.

Quien pierde pie bordeando un *precipicio* cae de una vez; va rebotando de roca en roca el *despeñado*; rodando cuesta abajo, entre cantos y piedras, el *desgalgado*.

Quien quiera suicidarse buscará un *precipicio*, no un *despeñadero* ni un *desgalgadero*, pues en aquél casi tendrá certeza de matarse, mientras que en éstos puede muy bien herirse ó magullarse solamente.

Quien *se precipita* de una altura, salta; quien *se desgalga* ó *se despeña*, suele hacerlo contra su voluntad, y obedece, no á un impulso instantáneo, sino á la acción prolongada de la gravedad deficientemente contrarrestada.

De aquí que *desgalgar* y *despeñar* no quepan en la sinonimia que consideramos sino en su forma activa, mas no en la reflexiva, que se incluirá en la de empuje prolongado.

*
* *

Resulta, en consecuencia, de cuanto hemos dicho, que todos estos verbos expresan movimientos de traslación provocados por fuerzas que, tan pronto como dan el impulso, cesan de actuar.

Pero esta acción común á todos, este fenómeno, puede considerarse en diversas fases y distintos momentos de su realización; preocuparnos en su origen, término ú objeto; interesarnos atendiendo al móvil, causa ó particularidades que lo caractericen, ó á sus consecuencias; y así una ú otra de las palabras analizadas será más ó menos apta para expresarlo con arreglo á las necesidades del discurso, sirviéndonos de regla para elegirla en cada caso la de buscar una influída por idea en consonancia con la manera como el pensamiento se elabora en nuestra mente.

Sintetizando, hemos visto que dichas ideas son:

En *abalanzar-se*, urgencia, presteza, pasión.

En *achocar*, golpe contra algo duro, atontamiento.

En *arrojar-se*, la de traslación más propiamente que en ningún otro de estos verbos, en tanto no esté muy restrictivamente puntualizada; siendo éste, con raras excepciones, el más flexible para expresarlas todas.—Eventualmente, despier-ta por sí solo la idea de riesgo, ó indica el objeto de la acción sin necesidad de complementos.

En *bolear*, entretenimiento.

En *botar*, expulsión violenta.

En *despedir*, transición instantánea de reposo á movimiento; separación del objeto y el agente; velocidad. Se refiere á hechos físicos análogos á los morales que abalanzarse expresa.

En *disparar-se*, acción mecánica, explosión, ó, en general, rotura de equilibrio, arrebato ciego.

En *lanzar-se*, fuerza impulsiva, decisión.

En *precipitar-se*, gran altura, caída rápida.

En *desgalgar*, caída prolongada rodando.

En *despeñar*, caída prolongada y choques sucesivos.

En *proyectar*, dirección y fuerza originada por explosión ó expansión.

En *tirar-se*, daño, acción ofensiva, inutilidad.

*
* *

Ejercicios:

Al *disparar* el fusil, la bala, *despedida* por la fuerza expansiva de los gases en la explosión desarrollada, es *proyectada* á gran distancia.

Arroja las armas para correr mejor.

Arrojando las armas, á luchar se *abalanzan* brazo á brazo.

Se *lanza* á toda empresa (no hay dificultad que le detenga).

Se *arroja* á toda empresa (ningún riesgo le asusta).

Arrojar á lo alto, frase bien clara en su sentido recto.

Tirar á lo alto, puede indicar intento de dañar á los que están arriba.

Sale la piedra *despedida*, no tirada ni arrojada por la honda.

Arrojar la cara importa, que el espejo no hay de qué.

Precipitáronle de la torre abajo.

Al voltear la campana fué enganchado por ella y *despedido* fuera de la torre.

Furioso desatina, y loco se *dispara* en cuanto le hablan de eso.

Contra el peñasco lo *achocaron* (lo arrojaron contra él, dejándole atontado).

Tirar en balde.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BLANCO

Pruébese á cambiar de verbos en los ejemplos anteriores, y se obtendrán, ó frases con diverso sentido, ó huera de él, corroborando esto lo ya sabido, que en la mayor parte de los casos no hay sinónimos, sino tan sólo relaciones de sinonimia.

En corroboración de lo dicho, á continuación se insertan varias frases de nuestros clásicos, entresacadas de otras muchas que se han consultado para el presente estudio.

—«No aguardó el enemigo á que los españoles llegasen á lo alto, sino que al punto que los vió se *abalanzó* á ellos».—
OVALLE.

—«*Abalanzarse* á las ocasiones».—DONADO HABLADOR.

—«Pudo uno de los cautivos salirse fuera y *lanzarse* al mar».—B. L. ARGENSOLA.

—«Para alzarse con la fortaleza *lanzando* á los portugueses de ella».—B. L. DE ARGENSOLA.

—«*Arrojárselo* á los ojos como pella de yeso».—LANUZA.

—«Se hicieron zanjias para *arrojarlos* allí como en tiempo de contagio».—QUINTANA.

—«Se *arrojó* al agua peleando y ganó la otra ribera».—SOLÍS.

—«*Arrojaron* los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas y quedaron en pelota».—CERVANTES.

—«A todo se *arrojó*, á todo se aventuró».—ROA.

—«Fuí, pero con gran cuidado de no *arrojarme* á cosa que no fuere muy bien pensada».—ESPINEL.

—«A éste *tiró* uñas abajo un golpe terrible de pobreza».—TEJADA.

—«*Tiraron* hacia él una rociada de arcabuzazos».—COLOMA.

—«Era tanta la presteza con que *despedían* los dardos de las manos».—MONCADA.

—«Y á vueltas de esto, flechas peligrosas los enemigos *arcos despedían*».—ERCILLA.

—«Dos turcos borrachos que en el bergantín venían *dispararon* las escopetas».—CERVANTES.

—«Había indios pedreros que revolvían y *disparaban* las hondas».—SOLÍS.

—«Los otros perecieron ahogados ó *despeñados* por aquellas breñas».—MÁRMOL.

—«*Despeñarse* de una peña en otra».—NIEREMBERG.

—«...me dejaba *despeñar* de un vicio en otro».—RIVADENEYRA.

—«Miren con qué viveza aquel otro se viene *precipitado* del muro».—MARTÍNEZ DE LA PARRA.

*
* *

Al terminar este primer estudio, un tanto largo por haberme servido para explicar con algún detalle el funcionamiento del método general de investigación sinonímica, he de salir al encuentro de la objeción, que acaso alguien suscite, sin fundamento serio, de ser largo en demasía, pues basta observar que además del carácter de los doce verbos que lo encabezan queda fijo también *dentro de la relación de sinonimia* estudiada el de los vocablos *achocadura, arrojamiento, arrojadizo, boleo, botador, desgalgadero, despeñadero, despeño, despeñadizo, despeñamiento, disparador, disparadero, disparadamente, lanzador, lanzamiento, precipicio, precipitadero, precipitoso, proyectante, proyectil y proyección*: es decir, el de treinta y tres palabras, aun no contando las formas activa y reflexiva de cada verbo sino por una sola acepción.

J. DE ELOLA

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

El discurso leído este año en el acto de la apertura de Tribunales por el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Sánchez de Toca, me ha producido bastante mejor impresión que la mayoría de los correspondientes á los años anteriores. Y, sin embargo, antes de comenzar su lectura, temía que iba á suceder de otra manera. Tales cosas habían dicho de él los periódicos en general, que sospechaba habría de encontrarme con un trabajo desdichadísimo, más hueco, si cabe, y es haber, que los debidos á otros predecesores del actual ministro. Pero no ha sido así. Aun cuando no me parece, ni con mucho, una obra maestra de doctrina ni estilo, no es tampoco lo que, con gran apasionamiento por lo visto, ha dicho una parte de la Prensa; y, desde luego, yo, por lo menos, lo encuentro superior á los discursos que en ocasión análoga se han solido leer en el Tribunal Supremo los días 15 de Setiembre de todos los años. Si no les aventajara en otras cosas, lo que bien se puede discutir, creo yo que hay siquiera una en que gana indudablemente á los más de ellos.

Como he tenido ocasión de decirlo más de una vez en este mismo sitio, al ocuparme de los que anualmente se van publicando, los discursos de apertura de los Tribunales tienen casi siempre el aspecto de escritos hechos meramente para salir del paso y dar cumplimiento á una ineludible (y muy rutinaria é inútil) obligación legal. Por tal motivo suelen ser trabajos fríos y sin alma, como cuanto se hace por compromiso pu-

ramente exterior, para ir tirando y conservando el puesto. En cambio, el discurso del Sr. Sánchez de Toca no es así. El vigor y el caluroso entusiasmo que en los demás falta ordinariamente, abunda en todas sus páginas. Se ve que el autor lo ha hecho con interés, cariño y complacencia. Dice de verdad lo que siente.

Además de esto, contiene una porción de afirmaciones, que á los ojos de muchas gentes pasarán por atrevimientos, y que para mí son grandemente simpáticas. Al revés de lo que creen muchos, yo considero que los organismos oficiales, y en especial los superiores, deben hallarse animados de espíritu reformista, para lo que se hace preciso que conozcan, sientan y confiesen los defectos y vacíos de las instituciones actuales. Cuando todo lo presente se encuentra bien, no hace falta cambiarlo. Y es un triste signo el que los poderes públicos, cabalmente aquellos órganos que tienen por misión directa y específica guiar, impulsar y abrir nuevos caminos á la actividad colectiva, se muestren satisfechos del *statu quo* y no se crean obligados á sustituirlo. Cuando se es conservador de esta manera, los conservadores son en el poder un gran peligro y una gran amenaza.

En la disertación del ministro de Gracia y Justicia hay una porción de tesis que, para una multitud de personas de las que presumen de timoratas y bien avenidas con el orden donde halla campo apropiado el cultivo de sus intereses, sonarán probablemente á graves imprudencias, al menos por el lugar y la ocasión en que fueron leídas y por la fuente de donde dimanar.

Son, entre otras, las siguientes, que copio á la letra por la gravedad que entrañan y porque merecen ser exactamente divulgadas y conocidas: «Es sobrado notorio el general *pavor* de la ciudadanía ante las actuaciones curiales. Basta tener ojos y oídos, para ver y entender que este temor de cada cual á comparecer como justiciable ante los estrados, temor extendido á veces en forma de terrores pánicos colectivos, procede de tre-

menda inseguridad del derecho que experimenta la ciudadanía ante el azar de los enjuiciamientos, así en el orden civil como en el criminal». Si esto lo hubiera dicho ó escrito otra persona, y no el propio jefe supremo de la justicia y su administración en nuestro país, habría muchísimos individuos que lo tomarían por exageraciones injustificadas. Prosigamos: «Huyen las gentes, por el espanto de ruina, ante lo complicado y costoso de los procedimientos; poseídas de invencible incertidumbre ó desamparo, huyen antes que entregar á la tramitación de autos los derechos más sagrados, presintiendo riesgo inminente de que la misma sentencia de más favorables pronunciamientos resulte en definitiva causándoles mayores daños que la propia lesión que había de remediar». En lo que toca al ingreso y ascenso en los escalafones judiciales, dice el Sr. Sánchez de Toca—y por su posición debe de saber bien lo que dice—que «las buscas de valedores, las servidumbres de la clientela, con su *prestación subterránea de favores y servicios recíprocos*, resultan el resorte más eficaz y la vía más expedita para satisfacciones de la ambición». De otro lado, se advierte el «extraño fenómeno de una antinomia general entre los rótulos de las instituciones, tanto del derecho público como del privado, y las realidades de lo que vivimos»; ó, lo que es igual, que si en la apariencia vivimos jurídica y constitucionalmente, de hecho no es así, como ya lo han hecho notar otras veces algunos de nuestros hombres más importantes, aun cuando no como ahora en documento cuasi oficial.

Todo el párrafo de donde se hallan tomadas las palabras que acabo de transcribir, y que lleva el título *Estado presente de nuestra administración de justicia*, interesa mucho por las verdades que dice y lo sinceramente que las dice. Raras veces hablan con tanta claridad los ministros ni otros funcionarios oficiales.

Compónese el discurso de dos partes distintas que, si bien ligadas íntimamente en unidad fundamental orgánica dentro de la mente de su autor, y hasta en la composición y estruc-

tura externa de la obra, pueden perfectamente ser consideradas aparte, con independencia la una de la otra. Desde la primera página del trabajo se echa de ver esta dualidad. Cuando el ministro habla brevemente, con sobriedad no acostumbrada, del tema que se propone tratar, dice que el acto de la apertura de los Tribunales ha sido considerado siempre como el más propicio para el estudio de «aquellas cuestiones de derecho, legislación ó jurisprudencia que interesen y apremien más vivamente á la vida jurídica de la nación. Y añade: «Bien notorio es que á la hora presente no hay, para nuestra vida jurídica, interés de mayor gravedad y trascendencia, y que deba preocuparnos tan honda y vivamente, como la *inmediata ejecución de fundamentales reformas en el régimen de nuestra administración de justicia*». La obligada consecuencia de tales premisas era, por lo tanto, que el discurso correspondiente habría de versar sobre las mentadas reformas. Pero aún no ha concluído con esto la exposición del tema ó asunto á tratar. A renglón seguido de lo anterior, en el mismo párrafo, y como para completarlo, escribe el autor del discurso: «Y bien notorio resulta también que, con ser de tanta importancia y complejidad los problemas de técnica jurídica que entrañan estas reformas, envuelven, además, otros *aspectos del orden moral* todavía más trascendentales, entre los que se destaca el de *restituir á su mayor plenitud la función ética y educadora de los Tribunales de justicia para la formación de la conciencia nacional*.

He aquí, pues, un tema doble ó, si se prefiere mejor, un doble aspecto del mismo tema. El Sr. Sánchez de Toca se ocupa así, en su discurso, de hacer observaciones, *primeramente* de orden técnico, y *luego* de orden moral más trascendental, respecto á la «*inmediata ejecución de fundamentales reformas en el régimen de nuestra administración de justicia, á fin de cumplir de este modo los preceptos de aquella ley de Bases, acordada con feliz armonía en el Parlamento, como parte integrante del programa de gobierno fijado en nuestro primer*

presupuesto de reconstitución nacional después de dolorosos desastres».

Próximamente una mitad del discurso se halla consagrada á cada una de las dos partes referidas, desarrollándose en la primera lo tocante á la necesidad de las reformas jurídicas, á la prelación que debe darse en éstas á la reforma de la ley orgánica y de las procesales sobre la de las leyes sustantivas, á lo imposible que es seguir sosteniendo el *statu quo* de nuestro sistema judicial y métodos de enjuiciamiento, á la pintura del estado presente de nuestra administración de justicia, á las rectificaciones que es necesario hacer en los ordenamientos legales, á la independencia judicial y á la inamovilidad, inspección y ascensos en la Magistratura; y figurando en la segunda los siguientes epígrafes: *Los factores de opinión en las renovaciones de los organismos de la administración de justicia; Del poder de conciencia en los Tribunales de justicia para formar el sentido ético nacional; Amparos de justicia para los aprecios y respetos del honor en la sociedad contemporánea; Espíritu nuevo en las funciones del ministerio fiscal.*

El contraste en la manera con que el autor trata estas dos partes de su discurso es bien marcado. Cuando habla de las reformas técnicas, ó digamos marcadamente legislativas, es claro y concreto, no habiendo dificultad alguna en entenderlo y comprender lo que dice y pretende. Son, sin duda, discutibles buena parte de las aseveraciones que hace; pero se sabe bien lo que las mismas significan.

No pasa igual con las de la segunda parte, demasiado vagas y enigmáticas por lo regular. Al leerla, se pregunta uno no pocas veces qué es lo que su autor busca. Yo supongo que le ocurre una cosa bastante frecuente, que es sentir el malestar que nos rodea en punto á la administración de justicia, desear encontrarle remedio, y no dar con él. Es una situación de espíritu por que atraviesan casi siempre los reformadores. Censuran con certeza los vicios presentes, que conocen bien y ponen bien de relieve; se indignan ante ellos; pero cuando se ven

obligados á trazar planes terapéuticos, no suelen hacer más sino cernerse en oscuras vaguedades. Por eso se pide muy á menudo un programa claro, preciso y detallado á los censores y críticos de lo actual que quisieran acabar con ello; y como no son capaces de ofrecerlo, se desconfía á menudo de los mismos. Las gentes, para renunciar á una cosa que les sirve, bien ó mal, pero que al cabo les sirve, necesitan tocar con las manos las ventajas del orden nuevo que debe sustituir al que quiere hacerse desaparecer. Y es algo difícil presentárselas en tal forma. Los mismos preconizadores del ideal suelen rendir culto á una deidad que presienten más bien que perciben, que ó no se representan de ninguna manera, ó, de representársela de alguna, la columbran lejos, de contornos indecisos y variables, nada definidos. Y claro está que, teniendo tal estructura y carácter sus concepciones, no pueden hablar de ellas y ofrecérselas á los demás de otro modo. No sabiendo bien ellos mismos lo que pretenden, ¿cómo han de saberlo y aceptarlo como bueno los otros, que lo miran desde fuera, sin reproducir el proceso interno de que las manifestaciones de que se trata son un resultado?

A mi parecer, bastante de esto ha ocurrido con el discurso del Sr. Sánchez de Toca. De las censuras que contra él ha formulado la Prensa (testimonio apasionado esta vez, como otras muchas), quizá la más fundada de todas sea la de la oscuridad del trabajo, censura que, repito, apenas puede aplicarse sino á la segunda parte de las dos mencionadas.

Está, en efecto, dicha parte inspirada acaso en un pensamiento fundamental aceptable, que consiste en admitir en el seno del Estado otras fuerzas jurídicas fuera de las oficiales, tan poderosas ó más que éstas, y las cuales se deben hacer valer dentro del mismo. No pocas de las tesis que va el Sr. Sánchez de Toca sentando al dar desarrollo á este pensamiento capital son también admisibles, y miradas en sí, con independenciamiento del conjunto á que pertenecen y desgranadas de él, perfectamente claras. Sin embargo, por grande que sea la atención que se

ponga en la lectura de las páginas en que el autor expone sus ideas, no consigue uno ver con la precisión y la transparencia apetecibles cuáles sean éstas. Se dice, por ejemplo, que «la más perfecta institución de tribunales es impotente para la buena administración de justicia, si en su ejercicio no es templada y vigorizada por una fuerza moral inmanente en la sociedad»; y no hay, al parecer, reparo ninguno que oponer á esto. Pero ¿de dónde proviene esta fuerza? ¿Dónde debemos buscarla? ¿Cómo la engendraremos é impulsaremos cuando no exista ú obre débil ó pasivamente? Por un lado, el Sr. Sánchez de Toca reconoce que «el juez no puede sustraer su ministerio á ser también *instrumento de la conciencia pública*, tal como resulta elaborada y concretada por la acción refleja de los factores sociales en los senos recónditos de la vida social. *Lo mismo que los demás hombres, está él sometido á las presiones de la opinión*. En medio de ese ambiente moral nace, vive y crece; bajo la presión de esa atmósfera que, como el aire, todo lo comprime y penetra, se forman en su razón y en su conciencia los hábitos morales é intelectuales para el respeto ó el menosprecio ó la indiferencia de toda cosa». Pero, por otro lado, el propio ministro quiere que los tribunales de justicia sean los que formen el sentido ético nacional cuando este sentido falte; los que restituyan á la sociedad, cuando la hubiere perdido, aquella fuerza moral inmanente de que se ha hecho mención, y sin la cual la más perfecta institución de tribunales es impotente para una buena administración de justicia.

Yo encuentro esto algo tautológico é incomprensible. Si el juez es instrumento y resultado de la opinión, cuyo influjo opresor sufre, lo mismo que todos los demás hombres, difícilmente podrá bastarse él solo para dar origen á una opinión vigorosa y sana, cuando ésta no exista, ó sea para formar, según el autor dice, el sentido ético nacional; y mucho menos podrá hacerlo en la hipótesis que el Sr. Sánchez de Toca presenta, que es en los casos «de grandes conculcaciones colectivas del orden moral, producto de estados amorales del espíri-

tu público, cuando no cabe personalizar la responsabilidad en nadie por efecto de la ausencia de espíritu ético; cuando la opinión colectiva, por general extravío en la manera de comprender y de sentir las ideas del deber y del derecho y el amor á lo justo, allana las vías del mal y pone obstáculos á la justicia». En estos casos, más bien, según lo advierte el propio ministro, «cuando las almas no alientan los sentimientos que dan vida á la ley (y entre esas almas están también—añado yo—las de los jueces), los mejores códigos resultan letra muerta, que no se vivifica á pesar del esfuerzo enérgico, pero solitario, de algunos jueces».

Mas, aun pasando por encima de esta dificultad y suponiéndola vencida, quedan otras que el Sr. Sánchez de Toca no salva en su trabajo. Quiere él, á lo que parece, que los Tribunales ejerzan, para la formación del sentido ético nacional, un poder de conciencia no definido en las leyes, no ligado por vínculos legales, «cuya esfera de acción se extiende amplísima por los confines de lo suprallegal», y cuyo objeto sea «suplir las deficiencias de la opinión en la multitud, traerla á mejor conciencia del derecho, y formar, guiar, educar y gobernar las corrientes del espíritu en la vida social conforme á sus verdaderas necesidades, desconocidas por ella misma». Tal propósito me parece bien, en principio; y al decir en principio quiero salvar los riesgos que la aspiración supone todavía hoy en todas partes, y mucho más en nuestro país, donde la administración de justicia se halla en el estado deplorable que en su discurso nos pinta el ministro.

Pero suponiendo que los jueces y magistrados fuesen de otro modo que los demás hombres con quienes conviven, y que no salieran de igual cantera que éstos, preciso se haría (á lo menos dentro de las organizaciones políticas en que vivimos, sembradas de recelos y desconfianzas en todo poder discrecional), que se trazaran, siquiera en sus líneas generales, los límites dentro de los cuales hubiera de ejercerse tan importante facultad. En este punto, yo no sé en qué consista el pensa-

miento del ministro. Los párrafos de su discurso consagrados á esta cuestión no contienen indicaciones á propósito para orientar suficientemente á los lectores. Son confusos. Se encarece en ellos repetida é insistentemente la importancia del aludido poder de conciencia de los Tribunales, pero no se dice nada acerca de la índole de este poder, cuándo y cómo debiera ejercerse, fuerza y alcance de sus decisiones. Por causa de este silencio y esta oscuridad, no sabiendo uno á qué atenerse respecto al asunto, cada cual atribuye al Sr. Sánchez de Toca distintos propósitos. No ha faltado quien «aclare» á su modo el «enigma», diciendo, por cierto en una revista profesional (1), que lo que el ministro pretende es nada menos que resucitar el Tribunal del Santo Oficio. Es muy probable que no sea así, entre otras razones, porque la actual situación de las cosas no lo consiente; pero tampoco podría nadie, con el discurso en la mano, fundar, creo yo, una negativa absoluta.

A veces se inclina uno á creer que el señor ministro no ha pensado introducir aquí innovación alguna. Según él, «el inmenso poder de conciencia de que gozan los organismos de la administración de justicia lo tienen por ley de su propio instituto, y no se halla expresado literalmente por texto escrito de ley alguna»; por otra parte, su ejercicio «sólo puede ser regulado por la soberanía directa de la misma prudencia», y puesto en actividad por «medios de otra naturaleza y alcance que los propios y peculiares de la prueba tasada y de los formularios del procedimiento en la órbita jurídica»; y claro es que, siendo así, el poder de referencia no es cosa nueva, sino que les corresponde á los juzgadores ya hoy y de siempre, y en las palabras del Sr. Sánchez de Toca consagradas á este asunto no habrá sino la expresión de un deseo más ó menos platónico para que los Tribunales de justicia hagan mayor uso de aquel

(1) *Revista de los Tribunales*, números de 17 y 24 de Setiembre de 1904: *Nota jurídica de la semana*, por D. Francisco J. J. Benlloch, página 620.

poder de que ya disponen, y utilicen los elementos que las modernas circunstancias sociales colocan en sus manos, nunca tan eficientes como ahora, para formar la conciencia pública. De manera que no habría razón para sentir alarma de ninguna especie, pues los organismos judiciales españoles, compuestos mañana por las mismas personas que ahora lo están, seguirán igual marcha que hasta aquí han venido siguiendo, y su sistema de funcionar no experimentará graves alteraciones en un futuro inmediato. De todas suertes, no hay otro remedio sino confesar que la poca claridad empleada por el ministro en esta parte de su disertación es muy abonada para toda clase de sospechas y suposiciones, no siempre inocentes, y hasta para invenciones erróneas y aun maliciosas.

Aparte de esto, y de otros reparos de menor importancia que pudiera ponerle, yo encuentro el discurso de apertura de Tribunales de este año bastante aceptable, lo cual me ha sucedido poquísimas veces. Empezó por interesarme y parecerme bien lo que se afirma desde las primeras líneas; es á saber: que «la apertura de los Tribunales, por la misma solemnidad con que la ley la realza, es el acto más propicio para tratar aquellas cuestiones de derecho, legislación ó jurisprudencia que interesen y apremien más vivamente la vida jurídica de la nación»; aseveración que parece hecha para desmentir el contrario juicio, que con monótona repetición han venido estampando en sus discursos de apertura la mayoría de los que los han leído en años anteriores. Ya otras veces, en esta misma Revista y con ocasión análoga á la presente, he dicho cuanto me parecía oportuno tocante al particular.

Es también el discurso aludido bastante sustancioso, más que lo han sido la mayoría de sus antecesores. Se halla sembrado de conceptos acertados, á mi parecer, en cuya enumeración y examen me detendría gustoso si el lugar y el momento me lo consintieran. Quiero recordar por lo menos alguno, más saliente é importante que los demás. Así, v. gr., siempre es muy digno de nota encontrarse con un ministro — y de la

Justicia precisamente — poco legalista, en una época de supersticioso culto á la ley, sobre todo por parte de los poderes públicos y demás órganos oficiales. Ahora bien: el Sr. Sánchez de Toca es de esos ministros, á juzgar por lo que en su discurso dice. No una ni dos, sino muchas veces, alude en él á la dualidad representada por el Estado total y el Estado oficial, considerando que este último ha de hallarse subordinado al primero, y no al revés. En algunas ocasiones emplea estos mismos términos, y en otras los reemplaza con los equivalentes de lo legal y lo suprallegal, la ley y la conciencia social ú opinión pública, fuerzas jurídicas concretadas y sistematizadas en los órganos del poder público, y fuerzas difundidas por todo el conjunto del estado social, etc., etc. Pero de cualquier modo que las denomine, la idea que el autor tiene, á lo que parece, arraigadísima, por lo que se la encuentra flotando y traspirando por todas las páginas del escrito, es la de la gran superioridad de la conciencia pública sobre las leyes, del ambiente social sobre los depositarios específicos del poder encargados de formar éstas y obligar á que se cumplan. No es un escéptico que haya perdido completamente la confianza en la virtud de las leyes; pero concede á éstas una eficacia limitadísima en comparación con la que atribuye á los resortes extralegales y morales. La verdadera fuente de la vida jurídica está, para el Sr. Sánchez de Toca, en estos últimos principalmente, y casi de una manera exclusiva; y yo creo que no va descaminado. Donde las gentes se limitan á cumplir seca y fríamente las leyes, sin espíritu y amor de justicia, sin voluntad desprovista de toda otra sanción que la de la conciencia, sin un ambiente moral, en suma, donde las leyes tengan su base y sus raíces hondas, la vida jurídica no puede menos de ser enteca, artificiosa é insegura. Ese es el pensamiento capital del actual ministro de Gracia y Justicia en España, y, por serlo, carga en la cuenta de nuestro estado social general la culpa de los males que sufrimos en materia de administración de justicia, en vez de echársela, según es uso entre espíritus

menos sagaces, únicamente á las leyes y á los que las publican y ejecutan. «En todos estos daños (es decir, en la deplorable desconfianza y miedo con que entre nosotros se mira á la administración de justicia), *el conjunto del estado social* — dice expresamente el ministro—tiene sin duda *participación mucho mayor* que la deficiencia de las leyes procesales y las orgánicas del poder judicial». Por eso, á juicio del Sr. Sánchez de Toca, «para el remedio de estos daños, lo más preferente y enérgico del tratamiento debe aplicarse á la reforma de las malas prácticas arraigadas en el estado social».

¿No es á la reforma de estas malas prácticas á lo que el autor ha querido referirse al pedir la utilización del que llama «poder de conciencia de los Tribunales de justicia para formar el sentido ético nacional», que tan debilitado anda? Yo creo que sí, y por eso me parece que es necesario abarcar la totalidad del discurso y enlazar unas partes del mismo con otras para penetrarse enteramente del pensamiento y las aspiraciones del ministro. Me confirma en esta interpretación el párrafo último del discurso, dedicado al *Espíritu nuevo en las funciones del ministerio fiscal*, pues al decir del Sr. Sánchez de Toca, «á él, con efecto, por la propia iniciativa de su función al ejercitar en justicia las acciones de su ministerio, incumbe el cometido de llevar en primer término ante los veredictos de los enjuiciamientos el superior sentido ético del poder de conciencia en los Tribunales de justicia». Para tal fin, entre otras cosas, y para que en armonía con el mismo el ministerio público se transforme en representante y «órgano de los más humildes y menesterosos, de aquellos misérrimos casi soterrados en el fondo del estado social como masa inerte y *caput mortuum* inorgánico destituido de propia energía», es para lo que pide la «honda renovación en las funciones del ministerio fiscal» y la ampliación de sus atribuciones.

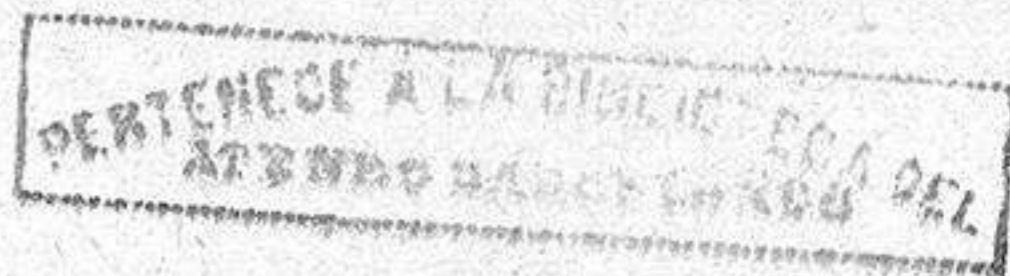
Otras proposiciones hay en el discurso de que tratamos dignas de meditada consideración. Yo suscribo de buena gana aquella en que el Sr. Sánchez de Toca aboga por que cultive-

mos y desarrollemos el que denomina «núcleo orgánico de vida jurídica, atesorado en nuestro patrimonio nacional, para obras de patria mayor»; con lo que se alude marcadamente á la comunidad, no sólo de idioma, sino también de instituciones y sentido jurídico entre España y las naciones americanas, hijuelas suyas, como germen de futuros destinos. Innecesario parece insistir sobre lo certero de tal punto de vista, ahora, sobre todo, que tan vivas andan las corrientes de inteligencia y aproximación entre los países ibero-americanos.

Suscribo igualmente la idea expresada por el Sr. Sánchez de Toca, cuando menos dos veces, de hacer que los juzgadores en lo criminal dejen de ser «personajes pasivos y mudos, sin facultad para emitir juicio mientras el fiscal no acuse. La dignidad de los Tribunales es incompatible con una legalidad procesal que rinde á discreción de los acusadores el permiso para el fallo, hasta en procedimiento ya concluso para sentencia. Es también incompatible con los prestigios de la ley el que en las prácticas de los enjuiciamientos se reprodujeran casos de verse el magistrado, á la hora del fallo, en trance de advertir solemnemente que por los hechos resultantes del sumario y por las pruebas en el juicio oral, había lugar á la condenación del procesado, pero que impidiéndolo el fiscal por retirar la acusación, satisfacía su conciencia declarando que absolvía sólo porque el fiscal no le permitía entrar en el juicio y condenar al que creía merecedor de castigo... Así continuará siendo típico de nuestra administración de justicia que el personaje revestido de todos los aparatos presidenciales, alta señoría bajo el dosel de estrado, ante quien todos extreman acatamientos y á la cual escribanos, procuradores y letrados dirigen sus súplicas con frases humildes, resulte sin embargo, de hecho, el sujeto más pasivo de la actuación judicial». A mí también me parece urgente una modificación sustancial en este punto, aun cuando no por las razones externas y de aparato y prestigio que el ministro alega, sino por otras que creo más fundamentales, y que ahora, por exigencias de espacio, me veo

constreñido á omitir. De todas suertes, tengo por muy justo lo que el ministro dice sobre el particular, como igualmente creo acertadas varias otras aserciones que en el discurso hallo, y de las cuales me veo de la propia manera obligado á hacer gracia á los lectores, para dar cuanto antes por concluído este artículo.

*
*
*



La Memoria elevada al Gobierno por el Sr. Maluquer y Viladot, fiscal del Tribunal Supremo, es bastante voluminosa, pero contiene pocas novedades. Verdad es que hay que tener en cuenta, como disculpa, la índole de estos trabajos, los cuales tienen que resultar por fuerza monótonos. En un año no son muchas las alteraciones que pueden ocurrir en la administración de justicia, pues tan corto período de tiempo apenas representa un instante en la vida de instituciones seculares, como la de que se habla. En materia de cambios legislativos, se procede aquí muy parsimoniosamente, á veces quizá demasiado; y en cuanto al personal de juzgadores, poco es lo que de año en año puede renovarse. Los que sí se renuevan con harta frecuencia son los fiscales del Supremo: cada año suele haber uno distinto; y esto, claro es, va también en perjuicio del valor de las respectivas Memorias, supuesto que, al escribirlas, con dificultad pueden hallarse bien enterados sus autores del estado de la administración de justicia en el país y de los defectos que en ella se notan. Más aún: estos trabajos no pueden ser originales y variados, ni siquiera en su forma ó vestidura exterior; todos tienen que adaptarse al mismo modelo, en cuanto á los puntos que tratan y al orden de tratarlos; el patrón para ello es el que dió una circular de la misma Fiscalía del Supremo, fecha 30 de Julio de 1895. Todos estos particulares son de tener en cuenta, pues no es lo mismo escribir *ad libitum*, que tenerlo que hacer con pie forzado y al tenor de reglas precisas.

Pero, echando por delante las anteriores advertencias, no

puedo menos de decir que la obra del Sr. Maluquer me ha parecido pobre de sustancia. Aun dentro de los límites en que forzosamente tienen que moverse los que ocupen su puesto, me parece á mí que puede hacerse más y quizá de otro modo que como él lo ha hecho. Al cabo, los límites dichos son ligaduras exteriores; pero quien ha de moverse en el terreno que ellas dejen libre es el espíritu propio. Y este espíritu se moverá por sí mismo y conforme á su naturaleza y energías: vigorosa ó entecamente, según el caudal y empuje de las que disponga. Nunca he logrado persuadirme de que podamos culpar de la pobreza y endeblez de nuestras obras sino á nosotros mismos, cuando menos principalmente, á nuestra falta de condiciones para hacerlas bien.

La propia Memoria de referencia prueba bien esto último. Hay en ella dos capítulos, si así puedo llamarlos, que resaltan sobre los demás que forman el contenido de la misma, y en los que se ve claramente que el Sr. Maluquer ha empleado su trabajo personal con abundancia, al revés de lo que pasa con los restantes. Aludo á los que se refieren á la *Estadística* y á la *Jurisdicción contencioso-administrativa*, que hasta son más largos que los demás, singularmente el último. Este solo se lleva casi la mitad de las páginas que componen el cuerpo de la Memoria, debiendo por otro lado advertirse que ni siquiera había obligación de tocar tal materia, como lo reconoce explícitamente el señor fiscal, quien añade, por eso, que su conducta sobre el asunto, al separarse de la que otros fiscales han seguido, guardando silencio sobre él, ni «ha de ser motivo de censura para nadie, ni tampoco entraña precedente obligado para sus sucesores». La grandísima amplitud con que el Sr. Maluquer trata el tema éste de la jurisdicción contencioso-administrativa, y el hecho de tratarlo con dominio verdadero del mismo, constituyendo en cierto modo su disertación acerca de la materia un tratado histórico-expositivo de la doctrina y la legislación española respecto del particular, son motivos suficientes para inferir, creo yo, que no

nos encontramos enfrente de una improvisación prematura, sino, muy por el contrario, en presencia de una labor de antemano preparada y madurada, á la que ha dado forma y expresión externas aprovechando la coyuntura que al efecto se le ofrecía.

Algo análogo me parece á mí que debieran ser siempre estos trabajos en todas sus partes: desahogos, por decirlo así, de espíritus henchidos, cuyas observaciones tocante á la administración de justicia en su país, y á las reformas posibles y más urgentes en la misma, representaran el producto de largos estudios y reflexiones anteriores, sedimentado en juicios firmes y sólidos. Mientras así no suceda—y parece que no llevamos camino de ello,—las Memorias de los fiscales del Supremo tendrán un valor sumamente relativo, como todo trabajo de ocasión é improvisado.

P. DORADO

AMIGOS Y ENEMIGOS DEL LIBRO

Si por varias razones se cree el hombre el sér más perfecto de la creación, por otros cuantos motivos es lógico afirmar que el libro es la creación más importante del hombre.

Casi tan antiguo como su nobilísima madre la escritura, fué engendrado por el deseo innato en todo sér racional de proclamar sus sentimientos, sus invenciones y progresos, y de transmitirlos á los descendientes. Más que la risa y el raciocinio, el libro nos distingue del resto de los animales, que puede que discurren, que seguramente hablan, que cantan, aman, fabrican sus moradas, y hasta llegaron á fumar...; pero no escriben ni leen.

Ya lo dijo Voltaire en estas ó parecidas palabras: «Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros: la Biblia, el Alcorán, los Vedas, las obras de Confucio y de Zoroastro; y el alma y el cuerpo, la salud, la libertad y la hacienda, se supeditan y dependen de aquellas grandes obras, de las de Hipócrates y sus sucesores y de los Códigos civiles y penales.

Cualquiera que sea la profesión á que nos dediquemos, nos es imposible prescindir, según los casos y las personas, de los registros parroquiales y municipales, de la cartilla, del devocionario, de muy varias obras de ciencias y letras, y de *libros Mayores* y de *cuentas corrientes*, hasta que somos despedidos de este mundo leyéndonos el oficio de difuntos.

Desde las versículas de las catedrales, entre nubes de incienso, hasta debajo de catrecillos en los puestos de las ferias, cubierto del polvo del arroyo; en todas partes y á todas horas, proclama el libro su supremacía en las cinco partes del mundo civilizado, y tengo para mí que de la cultura de cualquier población, chica ó grande, da más cabal idea un solo puesto de libros bien abastecido, que un bosque de chimeneas de fábricas.

Sabidísimo es que el libro, como el hombre, se compone de espíritu y materia; que tiene alma y cuerpo. En éste principalmente pienso ocuparme, y en tal sentido entiendo por libro volumen formado de muchas ó pocas hojas, de cualquier tamaño y materia escriptoria, manuscritas ó impresas, rica ó pobremente y con ó sin ilustraciones gráficas, unidas aquéllas entre sí, con portada y bajo cubierta de papel, ó sin ella. La encuadernación, propiamente dicha, constituye el traje del libro, y también el único arte del que puede decirse con exactitud que le embellece en ocasiones, ya que — como hemos de ver más adelante—figura en primer término entre sus más encarnizados enemigos.

Tratándose de libros, más que de otra cosa alguna, puede aplicarse al hombre y á la mujer aquello de «dime con quién andas y te diré quién eres». Es muy cierta, pues, esta fórmula del Dr. Gregoire: «La maison de l'esprit est, généralement, l'esprit de la maison»; y si «on peut le considerer comme le moteur le plus puissant de la civilisation» (1), claro está que donde los libros escasean tanto como las peluconas, no hay que buscar gran movimiento, ni vida exuberante, ni riqueza verdadera. Así como al tratarse del culto que rinde á la mujer amada su novio ó pretendiente, por ideal y respetuoso que sea aquél, entran por mucho en la cuenta las condiciones y partes físicas de la novia; así también advierto yo ahora, al ir metiéndome en harina, lo difícil que va á serme deslindar los

(1) Labessade (León Félix de), pág. 33.

campos, no obstante haber prometido ocuparme principalmente en el cuerpo del libro, dejando para otra ocasión el tratar más despacio del alma. Claro está, en efecto, que hasta la más miserable polilla que barrena por dos ó tres partes un riquísimo volumen de las obras de Aristóteles, al par que destruye el papel ó la vitela, convierte también en polvo, para quien las ignora, las sublimes ideas del filósofo. Y, por el contrario, el más ignorante bibliómano, el mismo que pudo inspirar la célebre sátira de Luciano de Samosata, presta indirectamente un gran servicio á la cultura universal, adquiriendo el libro, vistiéndole con lujo y preservándole luego en el estante de todo mal, aunque al realizar todo esto no proceda impulsado, ni mucho menos, por el noble afán de instruirse, sino pura y simplemente por constituir con el tomo un número más de la colección. Otro lector vendrá después que se aprovechará del espíritu de la obra, bebiendo su substancia nutritiva, é importándole ó no la forma del vaso contingente de la esencia. Pocos, poquísimos son los *verdaderos bibliófilos* que aman el libro en alma y cuerpo, por lo que dice, por su rareza en el mercado y por la buena ropa con que aparece vestido. Si á este propósito se preguntara á D. Francisco Rodríguez Marín: «Después de las de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, ¿con qué gran pérdida nacional cree usted que se cerró la lista de nuestro inmenso despojo?», me atrevo á asegurar que el ilustre escritor sevillano respondería inmediatamente: «Con la venta de la magnífica biblioteca del marqués de Xerez de los Caballeros».

¿Quién es capaz de poner precio al aire, al agua y á la luz, tres cosas que el más humilde mortal derrocha todos los días? Lo mucho que valen estos dones del cielo sólo se aprecia, como la salud y la libertad, cuando se pierden. Por análogas razones, en los grandes centros de población, dotados de bibliotecas públicas, el libro es mucho menos apreciado que en la aldea, por lo mismo que, de balde, se le encuentra en la ciudad dispuesto á rendir sus frutos al primero que llega.

Ningún otro amigo verdadero nos aguarda á todas horas, con los brazos abiertos y sin impacientarse jamás. El libro es como caballo ensillado de día y de noche, que no tasca el freno, que espera al jinete, que le deja cabalgar á su antojo y le soporta y le conduce luego hasta el fin de la jornada, sin tropiezos, ya sea aquél *caballero*, ya *caballería*.

Entre las cosas humanas, el libro es siempre el mismo en su esencia, presencia y potencia, con tal que conserve íntegra la forma. Ni se esconde, ni disimula, ni trueca, ni baraja las verdades que contiene; para él no hay estaciones más ó menos propicias, ni horas intempestivas. Á todas luces se entrega humilde y generoso, y se deja mimar ó hacer añicos sin proferir una queja y sin exigirnos, antes de libar sus mieles ó saturarnos de veneno, preparación alguna; es el único instrumento que no necesita temple ni afinación. Para cultivar sus amores y saborear sus frutos, el rústico y el erudito, el niño y el viejo, no han menester ni piernas, ni olfato, ni paladar... ni tan siquiera vista: les basta un dedo ó el oído. Palpando los caracteres de la impresión, ó con sólo escuchar, es dado hasta á los ciegos y sordomudos instruirse, deleitarse y comunicar con todo el mundo, por medio del libro. El hombre, ingrato por naturaleza, lo mismo con él que con la mujer, no obstante deberles las satisfacciones y las enseñanzas más grandes de la vida, suele abandonarlos con la misma indiferencia con que arroja al suelo la colilla, siquiera sea ésta del más rico habano.

Al democratizarse con el progreso, perdió el libro muchas de sus buenas condiciones materiales: de joya pasó á ser casi artículo de primera necesidad. El mal papel, la impresión adocenada, las tintas ordinarias y las encuadernaciones criminales han hecho degenerar la raza, y, desde la cuna, la mayor parte de los libros modernos de poco precio—y también casi todos los lujosos—traen ya sus días muy contados.

Si á principios del siglo xx—que tal vez se apellide el del automovilismo—el libro puede considerarse aún como impor-

tante motor del progreso, la prensa periódica es en cierto modo la correa de transmisión.

Pues bien: precisamente en los diarios, y sobre todo en las revistas *con monos*, habrá tal vez que señalar el enemigo capital del libro. *La Revue* abrió el año pasado amplia información sobre este asunto, entre libreros y editores; y como resumen de sus averiguaciones, concluye: «Que le journal, grâce aux ressources fournies par la publicité, dont le rôle s'accroît sans cesse dans notre nécessité moderne, fasse au livre une concurrence chaque jour plus meurtrière, en offrant au public, à un prix dérisoire et sous les signatures les plus illustres, des articles, des feuilletons, à la lecture desquels tous les moments de loisir suffisent à peine: point de remède! Il y a là un phénomène social inéluctable» (1). El Sr. León-Félix de Labessade es del mismo parecer (2) y también ha escrito á propósito de «La Crise du Livre» M. Henri Bailliére. Ignoro su opinión, y no me atrevo á dar la mía, que en este punto se aparta algo de la de D. Juan Valera. Cree el tesorero de la lengua castellana que la prensa periódica, al menos en España, no es adversa, indirectamente, á la producción y á la venta de los libros. De todas suertes están éstos *en crisis* en el mundo entero, y conviene señalar por dónde puede *venirles la muerte tan callando*, porque es un hecho que si á la prensa periódica se considera, ó puede considerársela, enemiga del libro *per se*, debe de serlo también *per accidens*, ya que pocas veces se ocupa en él con verdadero amor y en sitio preferente. El libro nace á menudo de limosna en la revista ó en el folletín del diario.

Muchos autores les piden amparo y en las columnas de los papeles públicos dan á luz la obra que luego adquiere vida independiente—aunque casi siempre efímera—en tirada aparte.

Dice un viejo adagio que «no hay peor cuña que la de la

(1) *La Revue* (Ancienne «Revue des Revues»), La Crise du Livre en France, n. 3, 1.^{er} Nov.^e 1903.

(2) *L'amour du Livre*. París, 1904, pág. 35.

misma madera», y otro que «en casa del herrero, asador de palo». Como anillo al dedo pueden aplicarse ambos refranes al comercio de librería en España: véanse en esta misma Revista las justas observaciones del Sr. Atienza y Medrano y las noticias de *Hispanus* como corolario (1). La siguiente anécdota dará de ello más cabal idea que cuantas otras consideraciones pudiéramos copiar ó aducir por cuenta propia, en prueba de la verdad que encierra nuestra vulgarísima observación. El autor de la *Biblioteca científica española del siglo XVI* publicó años hace otra obra, á propósito de algo así como la dominación española en Italia; hubo de leer el libro un poeta y novelista muy famoso, y de recomendarle á cierto académico de la Historia que se colgó del cuello, poco antes de morir, el toisón de oro. Curioso este señorón por conocer la obra, de la que le había hecho grandes elogios el poeta, fué el mismo día á casa de cierto librero de esta corte, que pasa por tener—como el memorialista de la zarzuela *su mijita de ortografía para las ocasiones*—puntas y ribetes de bibliógrafo y bibliófilo. El académico pidió el libro, y el librero le respondió textualmente, sin abandonar su taburete detrás del pupitre...—¿Y para qué quiere usted *leer eso*, señor don César? ¡Si no trae nada nuevo!...—Y el académico no compró la obra por dar más crédito al librero que al poeta.

Desde que ando á vueltas con ellos, por razón de mi oficio, los libros en rústica me parecen huevos en fáfara, y un absurdo imponer al lector el uso de la plegadera, especie de puñal de Albacete, por lo que toca á la integridad y buen aspecto del volumen ó cuerpo. Todo libro debería salir de la imprenta ú oficina editorial vestido, y la encuadernación constituir parte integrante del volumen mismo, como la portada ó el índice. Luego, el lector que quisiera emperejilarle, podría vestirle desde la vulgar y poco artística pasta española moderna,

(1) LA ESPAÑA MODERNA. 1.º de Septiembre de 1904. *Lecturas Americanas*.

hasta el cuero de Levante, de mucho grano, ó el del propio autor de la obra si le fuese dado realizar tan estupendo capricho satisfecho por el Sr. Edmundo Leroy, abogado de Valenciennes. Hizo éste encuadernar con dos pedazos de la piel de Delille un ejemplar que le había dedicado el poeta de su traducción de las *Geórgicas*.

Los encuadernadores de todas las épocas y naciones, desde que se inició la aparición del libro en rústica, han contribuído en general á hacer odiosa su lectura, dificultando que se abra con facilidad y que pueda sostenerse en una sola mano; aumentando, sin fundamento casi siempre, en un doble el precio de las obras baratas, y ofreciendo por el exagerado empleo de engrudos farináceos apetitosa golosina á las polillas: por fin, con la truculenta cuchilla estropearon millares de magníficas obras de la antigüedad, metiéndose en la caja del texto y mutilando toda suerte de ilustraciones gráficas. Particularmente en España, el mal gusto é ignorancia de los encuadernadores suele ser omnímodo, por haber aquí pocos lectores y eruditos aficionados á aquel arte. Y echemos no un velo, sí una de aquellas cubiertas embreadas con que se protege la carga de las plataformas en los trenes de mercancías—no conozco tela más espesa—sobre los incalificables despojos cometidos en el mundo de los libros por ciertos coleccionistas de encuadernaciones, mejor dicho, *de tapas*, puesto que aquéllas dejan de serlo desde el momento que se arrancan del libro que vistieron, y se convierten en traje deshecho por las costuras. Aunque el consuelo sea de tontos, conviene advertir que *el sabio* español á quien aludo tiene ó tuvo predecesores en el extranjero. Por haber constituído precisamente una lucrativa industria con la destrucción de libros de toda especie—exceptuando los devocionarios—para aprovecharse de las vestimentas, llegó á hacerse célebre en París cierto inicuo baratillero llamado Quillet, quien confesaba orgulloso haber desollado más de 50.000 volúmenes. *El sabio*, nuestro compatriota, no hizo sino repetir las hazañas de otro que tal francés — M. De-

rousseau, —cuya venta de *cubiertas* se verificó en Montreuil-sur-Mer en Mayo de 1860. *El papel*—es decir, la obra, el libro despellejado ó en cueros ó sin cuero—de los más espléndidos infolios, ¡fué vendido por este coleccionista á la guarnición de Montreuil para hacer cartuchos! (1).

En nada reparan tampoco bastantes aficionados á estampas, portadas, frontispicios, cabeceras, colofones y otros adornos del libro.

Más de cien volúmenes en folio se custodian hoy en el *British Museum*, formados por Juan Bagford con portadas que fué arrancando de obras preciosas. Y véase cómo el libro, á semejanza del sándalo y del incienso, que perfuman el hacha y el ascua que los abate y consume—según observaron varios publicistas del pasado y de hogaño,—otorga á sus verdugos el codiciadísimo privilegio de la inmortalidad. Por sólo poseer una buena biblioteca se hicieron famosas bastantes medianías á quienes estorbaba lo negro; por encuadernar sus libros lujosamente, por comerciar con ellos, ¿qué más?, hasta por quemarlos, han pasado á la posteridad bastantes nombres.

Los fumadores poco cuidadosos, los que toman rapé, los que herborizan y secan luego flores y hierbas entre las hojas del primer volumen que les viene á las manos, los que no limpian ni los estantes ni los tomos, los que los limpian malamente, los fabricantes de zambombas, los tenderos de comestibles ordinarios, las cocineras y amas de casa poco escrupulosas que buscan pergaminos y papeles para cubrir orzas de manteca y potes de confitura, el agua y la humedad, la grasa, las yemas de los dedos sucios mojados en saliva para volver las hojas, los ratones, las cucarachas, el fuego y la luz del gas—entre otros muchos hombres, mujeres, plantas, insectos y elementos naturales—forman el formidable ejército de enemigos dispuestos siempre á destruir impresos y manuscritos. La civilización fué concluyendo con algunos otros que no he

(1) Cim (A.): *Un Bibliothèque*, pág. 346.

mentado. A la electricidad y á la producción baratísima de cintas-metros se debe la muerte de las velas de esperma, que solían apagar con los libros los lectores en la cama, y que los sastres y zapateros hayan dejado de construir tiras para tomar medidas y contrafuertes para el calzado femenino con las hojas de los códices, sin perdonar los enriquecidos con iluminaciones de toda especie.

En Santa María de Huerta me refirió hace tiempo el párroco que había conocido á uno de aquellos *artistas* que tomaba medidas con un *metro* ó *vara* formado con tiras de pergaminos arrancados de los manuscritos más notables de aquel rico monasterio, viéndose claramente en tal medida fragmentos de preciosas miniaturas. También este caso tiene precedentes entre nuestros cultos vecinos de las orillas del Sena, en donde el ramo de zapatería, en beneficio de las señoras, inmoló dos millones ó más de volúmenes *para aprovechar* los pergaminos y badanas de las cubiertas.

En ninguna parte se encuentra el libro más seguro que en la biblioteca pública, bajo la custodia de los que por su deber y ministerio han de mirar por él como el buen pastor por sus ovejas. Y aun en estos grandes estuches no está segura la joya, pues á más de que en ellos tienen libre entrada la mayor parte de los enemigos que llevo catalogados, es punto menos que imposible también verse libre de los que en casi todas las bibliotecas viven como en su propia casa sin pagar alquiler y comiendo de gorra y á dos carrillos. Al ocuparse en estos abominables seres que se filtran á través de los muros, sí que puede decirse con gran exactitud que no hay enemigo pequeño. No lo son, en efecto, con serlo por su tamaño, *el anobium pertinax*, *el eruditus* (sic), *el œcofora pseudo-spretella* y las muchas otras especies de gusanos y polillas que viven en el libro y del libro, como en sentido más noble los individuos del benemérito Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que Dios guarde.

Poco galante y menos justo se muestra el Sr. Labessade,

considerando á la mujer, por serlo, enemiga del libro. Ni la menor cultura que tiene en general —y no ciertamente por su culpa,—ni sus protestás, siempre motivadas contra el desorden que introducen en el buen gobierno de la casa los eruditos y publicistas de toda especie, tiempos y países; justifican, á mi modo de ver, la acusación de aquel escritor, fundada, casi en absoluto, en calumnias que propalaron muchos publicistas, que á más de no cuidarse de instruir á sus señoras mujeres, para tiranizarlas fácilmente, acuden siempre tarde y refunfuñando al décimo aviso de: «fulano, la sopa está en la mesa».

Tampoco estamos conformes en que «le livre purifie ce qu'il tuche», afirmación traída por los cabellos para disculpar y enaltecer á la Du Barry y á otras *favoritas*, que tuvieron el capricho de reunir bibliotecas notables, como hubiesen podido coleccionar botes de perfumería, á ser de moda, y popularizarlas tanto como aquello. Ni refregándoles uno por uno todos los volúmenes que componían y componen las bibliotecas de Alejandría, del Museo Británico y la Nacional de París, me parece que se conseguiría *purificar* á ciertas señoras que todos conocemos; el crisol ó la colada tienen que ser otros. Nuestros vecinos padecen de muy antiguo del incurable achaque de hablar del mundo entero circunscribiéndole á Francia. «C'est tout le xviii^e siècle», decreta el Sr. Labessade porque se le antoja, después de discurrir demasiado *latamente* á propósito de cuatro pamplinas. Con todo ello, paréceme que da pruebas de ser un enamorado del libro algo empalagoso y superficial, á la manera de esos conquistadores que desgastan el empedrado público persiguiendo á las mujeres que van solas, hasta encerrarlas, y... luego no se atreven á pasar del portal. De muy antiguo viene repitiéndose el axioma: «es más fácil quedarse con un libro que con su contenido»; esto por lo que respecta al espíritu, pues por lo que hace á la materia, son los libros vehículo de muchas y graves enfermedades, y á propósito de ello se publicaron en España y en el extranjero diver-

esos trabajos. El préstamo de aquéllos tiene, pues, entre otros muchos, este peligro más: es expuestísimo el trato con libros que anduvieron en muchas manos, como el de las mujeres que tienen comercio con todo el mundo. El préstamo, en todos sentidos, es grande enemigo del libro; y así como «el duelo del vivo», al decir de Quevedo, «comienza en el almirez del boticario», así también, desde el instante en que el volumen sale del poder de su legítimo dueño, puede ya darse por perdido. «¿Por qué no presta usted jamás ni el más insignificante folleto de su biblioteca?», preguntaron á cierto bibliófilo, hombre sumamente liberal.—«¡Pues precisamente porque la he formado con libros que me prestaron!»

Entre nosotros—soy testigo de varios casos—se llega á solicitar del amigo, y aun del librero, el préstamo de diccionarios de consulta diaria, como lo son el de la Lengua y los de Bouillet ó Larousse.

Por fin tiene el libro un enemigo novísimo, el automóvil, expresión genuina del apresuramiento en que vivimos, que más se compadece con *el diario* que con *el volumen*, por folleto que sea: ¡cualquiera lee de viaje ó de paseo en aquellos coches petroleros! Los eléctricos urbanos son la excepción, y en ellos sí puede hacerse, con más comodidad aún—por lo que atañe á velocidad y movimiento—que en las antiguas *galeras aceleradas*.

Una no insignificante bibliografía, exclusiva de amigos y enemigos del libro, pudiera formarse, como observa muy bien el Polybiblion de Agosto último (1), de volúmenes, folletos y artículos de revistas y diarios que, con más ó menos variantes ó ampliaciones, tratan del asunto. Y por no perder nosotros la costumbre, como apéndice del presente artículo damos una nota, sin verdaderas condiciones científicas de bibliografía, comprensiva de algunas obras de aquella especie.

Pocos fueron y pocos son los espíritus elegidos que han

(1) Pág. 183, part. litt.

rendido verdadero culto al libro, en comparación con las muchas almas de cántaro que lo despreciaron sin parar mientes en él ó, lo que es peor, después de sacarle el jugo. Alejandro de Macedonia y Ahmed-ben-Ali Cumi, constructores respectivamente de una suntuosa caja para guardar *La Ilíada* y del Mihrab de Córdoba, como estuche de un Alcorán que había pertenecido al califa Omar; tienen pocos imitadores. En cambio la abominable raza de los Amrú se multiplica tanto como los mosquitos en los pantanos, y no habrá quien la aniquile mientras el mundo exista. Después de todo, puede que sea un bien para la cultura: quizás convendría de cuando en cuando un expurgo y quema como la de la biblioteca del hidalgo manchego. Se nos antoja, sin embargo, que nadie había de oponerse á que en las escuelas de instrucción primaria, así como se dan, ó deben darse, á los niños nociones de urbanidad, y convendría enseñárseles, al par que el manejo del fusil, el de los cubiertos en la mesa; aprendiesen también someramente cómo se construye el libro y cómo hay que vestirle y tratarle, ya que, por desgracia, entre nosotros no es camarada, sino persona de mucho cumplido. Dígalo si no la triste estadística que el Doctor Thebussem hace, á propósito de los lectores que tiene el *Quijote* en España, en una crónica reciente dirigida al Sr. Viscarti, de Milán, y que lleva por título *Admiraciones y Estadísticas*.

Y con esto doy aquí punto, temerosísimo de que los libros y el lector, parodiando á Narciso Serra cuando se quejaba de Camprodón, exclamen:

Navas, nos has deshojado
con este artículo huero;
pudo ser vaso esmaltado
y resultó vil puchero.

EL CONDE DE LAS NAVAS

Madrid, 17 de Septiembre de 1904.



NOTA DE CUARENTA Y TRES IMPRESOS, QUE TRATAN EXCLUSIVAMENTE DE LOS AMIGOS Y ENEMIGOS DEL LIBRO (1)

- ALAMBERT (D').—*Observations sur les insectes qui rongent les livres.*
 —*ALKAN.—*Les livres et leurs ennemis.* París, 1883.
 —*ANNUAIRE DU BIBLIOPHILE, *du bibliothécaire et de l'archiviste*, par LOUIS LACOUR. París, 1860, 63, 8.º
 —BIBLIOPHILE FRANÇAIS (LE).—*Gazette illustrée des amateurs de livres...* 1868-73.
 —BIBLIOPHILE ILLUSTRÉ (LE), *texte et gravures*, par TH. BERJEAN.
 —BIBLIOPHILIA (LA).—Periódico que se publica en Italia. 1904.
 —BIBLIOMANIE (DE LA).—La Haya, 1761, 8.º
 —BIBLIOPHILIE (LA).—Periódico. París, 1882.
 —*BLADES (VILLIAM).—*Les livres et leurs ennemis* (traducción del inglés). París, 1883.
 —*BOLLIOD-MERMET.—*De la bibliomanie.* El Haya, 1765; 2.ª ed., 1865.
 —BRUNET (JAQ. CHARLES).—*Manuel du libraire et de l'amateur de livres...* (París, 1820), 4 en 8.º
 —BRUNET (JACQUES CHARLES).—*Manuel du libraire et de l'amateur de livres...* (París, 1860-65), 6 en 8.º
 —*BULLETTIN DU BIBLIOPHILE ET DU BIBLIOTHÉCAIRE, *revue mensuelle.* París, 1834.
 —BURY (RICHARD DE).—*Philobiblion. Excellent traité sur l'amour des livres...* (1856), 8.º
 —COHEN (HENRY).—*Guide de l'amateur de livres à vignettes.* París, 1880.
 —*COURRIER DES BIBLIOTHÈQUES *et des amateurs de livres* (mensual). París. Fundado en 1901.
 —CHEVREMONT (F. MARAT).—*Index du Bibliophile et de l'amateur de peintures, gravures, etc.* París, 1876.
 —DESCHAMPS (P.) ET BRUNET (G.).—*Manuel du libraire et de l'amateur de livres.*—SUPPLEMENT. París, 1778-1880, 2 en 8.º
 —*FERTINAULT (F.).—*Les amoureux du livre* (sonetos de un bibliófilo). París, 1877.
 —HAULBERT (C.).—*Les insectes ennemis des livres (leurs mœurs; moyens de les détruire).* París.
 —INSECTOS ENEMIGOS DE LOS LIBROS (LOS). — LA ESPAÑA MODERNA, 1.º Abril 1904.
 —JANIN (JULES).—*L'amour des livres.* París, 1866.

(1) Los artículos señalados con * están extractados del precioso libro de ALBERT CIM *Un Bibliothèque* (París, 1902), obra premiada por la Academia Francesa, y que ha merecido con justicia que E. C. Gandot la llame POEMA en el juicio crítico que le dedicó en el *Polybiblion*, part. litt. (Noviembre 1902), pág. 452.

-
- LABESSADE (LEÓN-FÉLIX DE).—*L'amour du livre*. Paris, MCMIV.
- LACROIX (PAUL).—*Les amateurs de vieux livres*. Paris, 1880.
- *LE PETIT (JULES).—*L'art d'aimer les livres et de les connaître*. Paris, 1884.
- *LIVRE DU BIBLIOPHILE (LE).—*Obra atribuida á M. A. Lemerre*. Paris, 1874.
- MAILLARD (F.).—*Les passionnés du livre*. Paris.
- *MOURAVIT (GUSTAVE).—*Le livre et la Petite Bibliothèque d'amateur*. Paris, 1870.
- *MULSANT (ÉTIENNE).—*Les ennemis des livres*. Lyon, 1879.
- NODIER.—*Bulletin du Bibliophile*.
- *NORDIER (CHARLES).—*L'amateur de livres...* Paris.
- *PIOT.—*Cabinet de l'amateur*.
- *PEIGNOT (GABRIEL).—*Manuel du bibliophile*. Dijon et Paris, 1823.
- *QUETIN BOUCHART (ERNEST).—*Les femmes bibliophiles de France*. Paris, 1886.
- ROBIDA (A.).—*Contes pour les Bibliophiles*. Paris, 1895.
- ROUVEIRE (C.).—*Connaissances nécessaires à un bibliophile*.
- SIEURIN (J.).—*Manuel de l'amateur d'illustrations*. Paris, 1815.
- *TECHNER (JACQUES-JOSEPH).—*Histoire de la bibliophilie*. Paris, 1861-64.
- *TENANT DE LATOUR.—*Memoires d'un bibliophile*. Paris, 1861.
- UZANNE (OCTAVE).—*Caprice d'un bibliophile*. Paris, 1878.
- UZANNE (O.).—*Dictionnaire bibliophilosophique, typologique, etc.* Paris, 1896.
- VICAIRE (G.).—*Manuel de l'amateur de livres du XIX^e siècle*. Paris, 1891-93.
- YRE-PLESSIS (R.).—*Petit Essai de biblio-therapeutique ou l'art de soigner et restaurer les livres vieux ou malades*. Paris, 1900.

RELACIONES HISPANOAMERICANAS

LA GUERRA DEL PACÍFICO

III

La guerra entre España y las Repúblicas de Chile, Perú, Bolivia y el Ecuador terminó, como queda consignado, por virtud de la retirada de las aguas del Pacífico de la escuadra que mandaba el almirante Méndez Núñez. Mejor dicho, en Mayo de 1866, después del glorioso pero estéril combate del Callao, que sólo sirvió para evidenciar una vez más el heroísmo de la Marina española, cesaron las hostilidades, pero continuó lo que hubo de llamarse «estado de guerra técnica», verdadera guerra de Gabinete, que se prolongó durante cinco años, en cuyo plazo surgieron multitud de incidentes, estudiados también desde el punto de vista del derecho internacional, que complicaron la cuestión, haciendo más y más difícil el restablecimiento de las relaciones.

Incurrimos entonces en un error semejante al cometido cuando se emanciparon los Estados americanos. En 1825, en vez de imitar la conducta de Inglaterra, que se apresuró á tratar con sus antiguas colonias, logrando así conservar el mercado y fomentar su comercio, dilatamos el reconocimiento, lo hicimos depender de condiciones que, aun siendo justas, dificultaban la negociación, y dimos lugar á que otros pueblos se

aprovechasen de las circunstancias, con grave daño del comercio español.

En 1866, cuando era ya hora de conocer la enorme torpeza en que habíamos incurrido al lanzarnos á la aventura del Pacífico, que no tuvo sólido fundamento, ni podía tener finalidad, en vez de apresurarnos á poner remedio al mal, procurando siquiera atenuar sus consecuencias, persistimos en el error, lo agrandamos, y cometimos una nueva equivocación, colaborando en la obra política de los Estados Unidos, y contribuyendo así á que éstos afirmasen su influencia en la América española. ¿Por qué, en vez de aceptar primero la ingerencia del Gabinete de Washington, y de solicitar después, que solicitud debió existir, los buenos oficios de los Gobiernos de París y de Londres, no procuramos entendernos directamente con los aliados para poner fin rápidamente al estado de guerra? Es indudable que no pudo haber otra razón que la que bastantes años más tarde, en 1898, hizo que solicitásemos la mediación de Francia para tratar con los Estados Unidos, y que fuésemos á negociar en París en vez de negociar en Washington. Semejante error nos ha costado ahora el tener que aceptar el tratado de 10 de Diciembre de 1898, como nos costó antes cinco años de incomunicación y algunos más de tirantez de relaciones, sufriendo por ello graves perjuicios.

Concretándonos al desenlace de la guerra del Pacífico, importa hacer notar que ya antes del combate del Callao hubo un cambio de impresiones entre los Gabinetes de Washington y de Madrid, reiterando éste la seguridad de que no aspiraba á conquista, adquisición de territorio ni influencia alguna exclusiva en las Repúblicas de la América del Sur, y mostrándose dispuesto á acoger cualquiera sugestión que los Estados Unidos juzgasen oportuno hacer para facilitar el restablecimiento de la paz.

En virtud de esto, Mr. Seward dirigió una nota al encargado de Negocios de Chile en 19 de Abril de 1866, preguntándole si se hallaba autorizado y preparado para manifestar cuál

sería el ánimo del Gobierno chileno sobre ese particular, y para hablar de este asunto á nombre de los aliados Perú, Bolivia y Ecuador, y añadiendo que no era el ánimo del presidente de los Estados Unidos proponer ni aceptar el cargo de árbitro, ni indicar á las partes beligerantes términos definitivos y condiciones de reconciliación, sino meramente sugerirles alguna forma ó modo de negociación entre ellas mismas, en la esperanza de que, habiendo dado principio á tales negociaciones, las partes de por sí las llevarían á un favorable y feliz término.

Con fecha 24 de Mayo, es decir, cuando la escuadra española había emprendido su viaje de regreso, dió traslado de dicha nota al secretario de Relaciones exteriores del Perú el plenipotenciario de los Estados Unidos, contestando el Gobierno de Lima que oiría las indicaciones del presidente de la República Norteamericana y se pondría de acuerdo con los aliados.

Meses después, no habiendo hecho nada nuevo en ese sentido los Estados Unidos, recibieron orden los ministros y agentes de Inglaterra y Francia cerca de las Repúblicas aliadas de preguntar á los respectivos Gobiernos si estaban dispuestos á aceptar los buenos oficios de dichas dos potencias para poner fin á la guerra con España. Cumplida la orden el 27 de Septiembre, la respuesta del Perú, dada el mismo día (1), si bien fué satisfactoria en la forma, nada resolvía en el fondo. El Gobierno peruano acogió con reconocimiento las indicaciones de Francia é Inglaterra; pero añadió en su contestación que «la alianza que el Perú tiene con las Repúblicas de Bolivia, Chile y el Ecuador lo ponen en la necesidad de no poder adoptar por sí solo una determinación definitiva, que debe ser el resultado del acuerdo que se celebre entre los cuatro Gobier-

(1) Nota del secretario de Relaciones exteriores del Perú á los encargados de Negocios de Francia y de la Gran Bretaña; fecha, Lima, 27 de Septiembre de 1866.

nos aliados. No puede decir que acepta los buenos oficios, porque los otros Gobiernos aliados pueden tener motivos poderosos para la no aceptación que convenzan al mismo Gobierno peruano, y tampoco puede rehusarlos por una razón análoga en sentido inverso. Para dar, pues, una contestación definitiva es indispensable que el Gobierno peruano consulte, ante todo, á los Gobiernos de la Paz, Santiago y Quito».

Chile mostróse desde luego más propicio que el Perú, aceptando, aunque con ciertas reservas, los buenos oficios de las dos potencias, y se preparó á formular, de acuerdo con los aliados, unas bases para que, tomándolas en consideración Francia é Inglaterra al propio tiempo que las que debía presentar España, conciliasen los intereses recíprocos de los beligerantes; y aunque el Gobierno chileno cambió de actitud, anunciando que su respuesta definitiva sería negativa, los representantes francés é inglés propusieron se concertase una tregua indefinida, á fin de dar lugar á que, calmados los espíritus, pudieran ajustarse con serenidad las bases de un arreglo pacífico. La tregua no debía ser un convenio de los beligerantes entre sí, sino de los beligerantes con los Gobiernos mediadores (1).

Ni la tregua fué aceptada, ni lo fueron tampoco unas bases de arreglo definitivo propuestas por aquellos ministros francés é inglés, bases que por cierto eran mucho más favorables para España que para las Repúblicas.

Así las cosas, habiendo adoptado el 17 de Diciembre la Cámara de Representantes de los Estados Unidos una resolución recomendando al Poder ejecutivo ofreciese los oficios amistosos del Gobierno norteamericano para promover la paz y la armonía en Sud-América (2), el plenipotenciario de dicha Re-

(1) Protocolo de una conferencia celebrada el 1.º de Enero de 1867 entre el ministro de Relaciones exteriores de Chile y los encargados de Negocios de Francia é Inglaterra.

(2) Además de España y las Repúblicas aliadas, hallábanse entonces en guerra: de un lado, Paraguay y el Brasil; y de otro, Uruguay y la Argentina.

pública en Lima formuló la proposición de que se celebrase en Washington el 1.º de Abril una conferencia de los representantes de España, Chile, Perú, Ecuador y Bolivia, para tratar todas las cuestiones pendientes y convenir los términos de una paz permanente, debiendo existir un armisticio durante la celebración de aquélla. La conferencia sería presidida por un delegado del presidente de la Unión, que no tendría voto, ni asumiría obligación alguna en nombre de los Estados Unidos (1). Las Repúblicas respondieron, como anteriormente, que se pondrían de acuerdo y contestarían, como al fin lo hicieron; pero Chile formuló reservas que prejuzgaban cuestiones importantes, sobre las que versaba una parte esencial de sus diferencias con España, y que ésta no podía aceptar como condición previa (2).

La respuesta de los aliados no fué comunicada á España, por error del departamento de Estado, hasta el 28 de Noviembre de 1867, y el 10 de Diciembre inmediato contestó el ministro de Estado español diciendo que su Gobierno quedaba instruído oficialmente de la respuesta de Chile, que ya conocía por otros conductos, á los buenos oficios interpuestos por los Estados Unidos; que esa respuesta envolvía la repulsa de las bases propuestas, porque España no podía consentir en las reservas de Chile y en las condiciones fijadas por éste, sin reconocer que no había tenido derecho ni justicia en los motivos que la llevaron á hacer la guerra, ni las hostilidades que había empleado; que la repulsa de Chile desligaba á España de todo compromiso respecto de los Estados Unidos y la dejaba en libertad de obrar como creyese conveniente; pero que, no obstante eso, animado del deseo de arribar á la paz, y en obsequio á la amistosa interposición de dicho Gobierno, no cambiaría la situación actual de las cosas, á fin de que el Gobierno de Washington pu-

(1) Nota del plenipotenciario de los Estados Unidos al secretario de Estado del Perú; fecha, Lima, 8 de Enero de 1867.

(2) Este juicio fué formulado por Mr. Seward en la conferencia de 10 de Enero de 1868, de que se habla en el texto más adelante.

diese continuar sus gestiones conciliadoras, salvo que acontecimientos agresivos, imprevistos, lo obligasen á obrar de otra manera.

Una de las dificultades con que se había tropezado para la reunión de la conferencia en Washington estribaba en la facultad que se reservaba el Gobierno de los Estados Unidos de designar el árbitro en caso de disidencia entre los plenipotenciarios, porque «la falta de un Estado hábil en América para llenar esa delicada misión, salvo que fuesen los mismos Estados Unidos, y la índole y tendencia de la política europea que serían más pronunciadas, como en el caso de Méjico, cuando estuviere de por medio una nación de ese Continente, una antigua monarquía en contraposición de pueblos antagonistas de aquel régimen por sus formas políticas, mal conocidos y peor juzgados, menos por sus propios defectos que por las preocupaciones y vulgares errores que sobre ellos circulan fuera de nuestro Continente, justifican en mucho el recelo que se abriga de dejar indeterminado el nombramiento de ese juez inapelable» (1).

No desistieron por esto los Estados Unidos de continuar sus gestiones. El 9 de Enero de 1868 celebró Mr. Seward una conferencia con el representante del Perú en Washington, en la que lamentó no se hubiese tenido plena confianza en su acción oficiosa y en la reserva que hacía de designar el árbitro, como medio de salvar las contradicciones que habrían surgido si de antemano se hubiese propuesto; se dolió de que las opiniones y sentimientos reinantes en aquella época hubiesen malogrado una coyuntura tanto más propicia á la paz cuanto que España la aceptó sin vacilación ni limitación alguna, y expuso su propósito de dirigirse de nuevo á los beligerantes para reanudar las negociaciones. Así lo hizo, en efecto, por despacho circular de 27 de Marzo de 1868, encargando Mr. Seward

(1) Despacho del ministro del Perú en Washington al secretario de Estado del Perú; fecha, 10 de Enero de 1868.

á los representantes de los Estados Unidos en España, Perú, Chile, Bolivia y el Ecuador, sugiriesen á los respectivos Gobiernos la idea de suscribir un armisticio, y, caso de ser aceptada, agregasen cuán conveniente era nombrasen plenipotenciarios que, reunidos en Washington, ajustasen una paz definitiva.

Chile había expresado ya su opinión al tener noticia de aquella conferencia. En su concepto, de todas las proposiciones presentadas hasta entonces (las de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos), la de ajustar una tregua indefinida era la más conforme á los intereses de los aliados. «Dejando ella á salvo—decía—las cuestiones de derecho, comprometidas en la guerra y cuya solución favorable á nuestra causa no nos sería posible obtener por ahora, tiene la ventaja de no imponernos compromiso alguno gravoso ni ligarnos á contingencias tan delicadas como las que envolvía la mediación propuesta por los Estados Unidos. Por otra parte—añadía,—ella bastaría para dar al comercio toda la confianza necesaria, desde que quedase estipulado que la tregua no podía romperse sin aviso anticipado de algún tiempo considerable, y desde que á ese pacto podía agregarse alguna cláusula especial para dejar á los beligerantes en la libertad de comerciar en toda clase de artículos, aun de los considerados como contrabando de guerra. Los antecedentes que se tienen sobre los propósitos pacíficos del Gobierno español dejan presumir que no sería difícil su aquiescencia para suscribir un pacto sobre esas ú otras bases semejantes. Podría decirse que en el hecho semejante pacto equivaldría á la paz. Enhorabuena; que el tiempo se encargue de convertir esa tregua en paz definitiva, si así lo quieren los beligerantes en el porvenir; pero aquella paz de hecho sancionada por la tregua no envolvería, como la otra, un olvido oficial ni una absolución de los atentados del enemigo desde la reivindicación de las Chinchas hasta el bombardeo de Valparaíso» (1).

(1) Despacho del ministro de Relaciones exteriores de Chile al de igual clase del Perú; fecha, Santiago, 22 de Marzo de 1868.

Desde un punto de vista español podría tacharse de intranigente esta actitud; pero procediendo imparcialmente y teniendo en cuenta los antecedentes del conflicto á que se quería poner término, hay que convenir en que el pensamiento del Gobierno chileno era, indudablemente, el más práctico, el que mejor podía conducir á que en un plazo más ó menos largo se reanudasen las relaciones, primero, y se concertase después la paz entre España y las Repúblicas aliadas. Comunicado á los Estados Unidos (1), éstos lo pusieron en conocimiento del Gabinete de Madrid; pero cuando llegó esa proposición á noticia del ministro de Estado había tenido lugar un importante cambio en la Península, el que entrañó la revolución de Septiembre de 1868, que puso fin al reinado de la Casa de Borbón, obligando á D.^a Isabel II á pasar la frontera y refugiarse en Francia.

Así como el Ministerio Narváez mostrábase sumamente propicio á restablecer las relaciones con las Repúblicas, el Gobierno provisional (2), incurriendo en un grave error, juzgó que al saber la caída de D.^a Isabel II se facilitaría por los aliados el ajustar una paz definitiva, y no se mostró propicio á aceptar una tregua. «Mientras no sea conocido—decía el señor Lorenzana—el efecto que, con relación á nuestras cuestiones en el Pacífico, produzca la transformación política que se ha obrado en España, el Gobierno provisional considera que ofrece una segura muestra de sus generosos deseos y de los nobles sentimientos que abriga hacia las Repúblicas aliadas, adelantándose á manifestar que aceptará desde luego una paz sin condiciones que, ofrecida por un mediador tan imparcial como el Gobierno de los Estados Unidos, dejaría á salvo las

(1) Nota del ministro de Relaciones exteriores de Chile al representante de los Estados Unidos; fecha, Santiago, 16 de Junio.

(2) Sabido es que al triunfar la revolución, después de la batalla del Puente de Alcolea, se constituyó un Gobierno provisional bajo la presidencia del general Serrano, en cuyo Gobierno desempeñó la cartera de Estado el ilustre periodista D. Juan Álvarez de Lorenzana.

susceptibilidades que la iniciativa en proponerla pudiera despertar en cualquiera de las partes interesadas» (1).

Poco afortunado en esto el primer ministro de Estado de la Revolución, lo estuvo más al rechazar la indicación formulada por Mr. Seward al plenipotenciario español en Washington, dirigida á que España, tomando ocasión de las desgracias que por entonces affigían á sus adversarios, declarase que daba por terminada la contienda, salvo sucesos futuros que afectasen á su dignidad (2); y estuvo más acertado porque, además de no saberse si esa iniciativa de España sería lealmente correspondida por las Repúblicas aliadas, «la proclamación de la paz de nuestra parte sólo—como decía muy bien el Sr. Lorenzana,—sobre el gravísimo inconveniente de ofrecer el peligro de un desaire que lastimase el decoro de la nación, tendría también el de no constituir, mientras no fuese secundada por las Repúblicas, un verdadero estado de paz, ni siquiera una situación clara y terminante».

Lograron, sin embargo, las gestiones de los Estados Unidos que los representantes de las cuatro Repúblicas aliadas se reuniesen en Lima, en Septiembre de 1868, para discutir y acordar la respuesta que debían dar á la nota de Mr. Seward. Prevalecieron en la conferencia tendencias pacíficas; pero en tanto que Bolivia, el Ecuador y el Perú se mostraron dispuestos á concertar un arreglo definitivo, Chile insistió en que el acuerdo debía limitarse á ajustar una tregua indefinida. La solución no agradó al Gabinete de Madrid, el cual, si bien creyó que la actitud de Chile podía tener por causa el resentimiento, todavía no calmado, por el bombardeo de Valparaíso, estimó también que no faltaban razones para atribuir esa insistencia «al propósito de ganar tiempo y adquirir facilidades para allegar elementos de fuerza que pudieran utilizarse con

(1) Despacho del ministro de Estado al plenipotenciario de España en Washington; fecha, Madrid, 28 de Octubre de 1868.

(2) Despacho del plenipotenciario de España en Washington al ministro de Estado; fecha, 25 de Septiembre.

mayor expedición y celeridad en un estado de tregua que en un estado de paz» (1). Acaso fuese infundado este recelo; pero el hecho es que, como consecuencia de tal hipótesis, reiteró el Sr. Lorenzana la idea de que la tregua crearía un estado de cosas entre España y Chile poco en armonía con los deseos de paz general que abrigaba el Gobierno español, y contrario á los verdaderos intereses de ambos países. «La tregua—dijo—es una suspensión de hostilidades que deja en pie y subsistentes todas las cuestiones que motivaron la guerra; de modo que, sin necesidad de nuevas causas ó razones, puede cualquiera de los beligerantes reasumir la actitud bélica rompiendo la tregua, ya porque su término haya expirado, ó ya porque, siendo indefinido, le convenga obrar así. De aquí la necesidad de que los contendientes se mantengan en situación de combate, y, por consiguiente, la permanencia del estado de guerra en lo que tiene de oneroso para las naciones, aun suspendidas las hostilidades, pues falta la declaración de paz que respectivamente asegure á las dos partes contra el peligro de verse acometidas». «Una tregua—añadía—para dar espacio á negociaciones de paz se comprende, y es lo conforme á las prácticas internacionales; pero hacerla indefinida, omitiendo esas negociaciones, equivaldría á dejar sin término ni límite la ocasión de lamentables conflictos, tanto más de temer, cuanto que no cabe considerar muy pacíficas las miras de quien rechaza la paz y quiere encerrarse en las condiciones de una tregua».

Injusta era para Chile esta última suposición, y sólo puede explicarse que el Sr. Lorenzana abrigase esos temores por desconocimiento de los propósitos de dicha República, pues aquélla no rechazaba la paz: la quería, la deseaba, pero creía al propio tiempo que no podía hacerse sin mengua de su dignidad, por las condiciones que seguramente había de imponer España.

(1) Despacho del ministro de Estado de España á su plenipotenciario en Washington; fecha, Madrid, 25 de Noviembre de 1868.

En lo que tenía razón sobrada el Sr. Lorenzana era en el concepto que formaba del armisticio ó tregua, de su fin y de su alcance. Su criterio era en ese extremo completamente conforme con el derecho internacional. Pero siendo el mejor, era el menos práctico; y así sucedió que la opinión de Chile se impuso á las otras Repúblicas, y el 2 de Enero de 1869 firmaron los plenipotenciarios de los cuatro aliados un Protocolo en el cual consignaron las bases del armisticio que debía celebrarse con España.

Concertadas las Repúblicas, era preciso obtener la conformidad del Gobierno español, y habiendo dejado el Ministerio el Sr. Álvarez de Lorenzana (1), y siendo evidente que sin pasar por el trámite del armisticio no podría llegarse á la paz, se aceptó aquel medio, con lo cual pudieron comenzar en Washington el 29 de Octubre de 1870 las conferencias de los plenipotenciarios de las Repúblicas para redactar el proyecto de artículos de armisticio.

En la conferencia preliminar celebrada en dicho día tomaron parte, además del secretario de Estado de la República Norteamericana, Mr. Hamilton Fish, el plenipotenciario de España, D. Mauricio López Robert; el del Perú, D. Manuel Freyre; el de Chile, D. Joaquín Godoy, y el del Ecuador, don Antonio Flores. Estos tres últimos manifestaron que, según las instrucciones que tenían, les estaba vedado todo procedimiento mientras no se hallasen reunidos los cuatro representantes de las Repúblicas aliadas, por lo cual se veían precisados á aguardar la llegada del plenipotenciario de Bolivia. Nada, pues, pudo hacerse por entonces; pero en vista de la noticia comunicada á la secretaría de Estado de Washington por el ministro norteamericano en La Paz, de haberse nombrado para representar á Bolivia al plenipotenciario del Perú,

(1) El Sr. Lorenzana desempeñó la cartera de Estado desde el 8 de Octubre de 1868 hasta el 18 de Junio de 1869, en que fué sustituido por D. Manuel Silvela.

Sr. Freyre, y suponiendo que con esto había desaparecido la dificultad que impidió la prosecución de las conferencias, circuló Mr. Fish otra convocatoria para el 11 de Abril de 1871.

Reunidos en este día los plenipotenciarios, el Sr. Freyre manifestó que, aunque había recibido los plenos poderes del Gobierno de Bolivia, no haría uso de ellos sin obtener previamente la venia del suyo; pero que no tenía inconveniente en suscribir *ad referendum*, en nombre de la República boliviana, la estipulación de un armisticio con España, no sólo por considerarse suficientemente autorizado para adoptar este arbitrio que ponía en camino de solución el conflicto pendiente, sino también porque estando fijadas en el Protocolo de 2 de Enero de 1859 las bases para el armisticio, con el concurso de todos los aliados, era imposible que fuera desaprobado por el Gobierno boliviano, si el que pactase estuviese ajustado á las mismas condiciones. Ante esto comenzó á discutirse el proyecto de artículos que los aliados llevaban redactado, y el mismo día 11 quedó aprobado, firmándose al siguiente.

Pactábase en dichos artículos un armisticio entre España y las Repúblicas aliadas, de duración indefinida, y que no podría ser roto por ninguno de los beligerantes sino después de haber notificado expresa y explícitamente al otro, por conducto del Gobierno de los Estados Unidos, su intención de renovar las hostilidades. Se declaraba libre el comercio con los neutrales de los artículos considerados de lícito comercio en estado de paz, y se fijaban plazos para la ratificación y canje, pero consignando que esos plazos no obstarían á la continuación de las conferencias destinadas á negociar la paz.

«A primera vista—escribía el plenipotenciario del Perú, Sr. Freyre, dando cuenta de este resultado (1)—se convencerá V. I. de que este pacto abraza todas las condiciones fijadas

(1) Despacho del ministro plenipotenciario del Perú al ministro de Relaciones exteriores de dicha República; fecha, Washington, 12 de Abril de 1871.

en el Protocolo de 2 de Enero de 1869, y que en consecuencia con los objetos que entonces se tuvieron en mira, hemos alcanzado las ventajas siguientes: primera, que el desahucio del armisticio deba preceder por lo menos tres años á la renovación de las hostilidades; segunda, que la notificación se haga en este caso por conducto de los Estados Unidos; tercera, que durante el armisticio puedan obtenerse libremente de los neutrales todos los artículos de lícito comercio en el estado de paz; y cuarta, que el último plazo para el canje de las ratificaciones sea ilimitado. No he vacilado en calificar de ventajosas estas estipulaciones, porque todas ellas favorecen exclusivamente á las Repúblicas aliadas.—La prolongación del plazo del desahucio para la renovación de las hostilidades daría la oportunidad de discutir y arreglar con más calma las diferencias que motivaron el rompimiento; y el que la notificación se haga por conducto del Gobierno de los Estados Unidos evitaría toda cuestión sobre la fecha en que se verificó y prestaría facilidades para que el Gobierno mediador, que está interesado en la tregua, emplease los medios que se encuentran á su alcance á fin de impedir que se rompa.—Pudiendo durante el armisticio negociarse con los neutrales todos los artículos de lícito comercio en el estado de paz, tendríamos tiempo y medios más que suficientes para armarnos y prepararnos á la defensa, si por algún evento tuviera que renovarse nuestra contienda».

Continuaron las conferencias, aunque con carácter confidencial, y en la celebrada el 24 de Enero de 1872 se hizo una aclaración que limitaba el alcance del Protocolo; esa aclaración, pedida por el ministro de Chile y aceptada por los demás plenipotenciarios, consistió en afirmar que el armisticio «no importó, en modo alguno, el restablecimiento de relaciones comerciales entre España y las expresadas Repúblicas». Orillado esto, surgió bien pronto un obstáculo que permitió comprender serían infructuosos cuantos esfuerzos se hicieran para llegar á un acuerdo definitivo. Todos los plenipotenciarios se

mostraron animados de los mejores deseos; todos proclamaron la necesidad de la paz; pero el de Chile, que no fué, por cierto, el menos expresivo, puso una condición: la de que España otorgase á la República chilena reparaciones por el bombardeo de Valparaíso. «Apenas necesito decir, porque es notorio —manifestó el Sr. Godoy,—que ese hecho ejecutado por las fuerzas navales de España contra una plaza exclusivamente comercial y completamente indefensa, infirió á la dignidad y á los intereses de Chile ofensas cuyo olvido incondicional no sería compatible con el decoro ni con el derecho de la nación ofendida. La naturaleza de los actos de reparación—añadió—se halla bastante bien determinada por la de las ofensas inferidas, y bajo tal norma haré su especificación si el señor ministro de España puede hacerme saber que su Gobierno se allana al justo desagravio que el de Chile requiere como condición para el ajuste de la paz». El ministro español declaró que no podía aceptar la discusión sobre esa base; y aunque los demás representantes hicieron esfuerzos para que se llegase á un arreglo, siendo esto imposible y no estando dispuestas las otras Repúblicas á tratar entonces separadamente de Chile, se consignaron en un Protocolo (1).

En dicho documento, el secretario de Estado de la Unión hizo constar lo siguiente: «Que no sólo veía contrariada su esperanza, sino que deploraba que las diferencias entre España y Chile pareciesen de tan difícil conciliación. Los Estados Unidos esperaban, en vista de las grandes mudanzas que habían tenido lugar en el Poder Ejecutivo de España, después del acto de que Chile se queja, que S. M. el soberano actual de España no se consideraría moralmente responsable del acto severo de su predecesor en el ataque contra Valparaíso, sino que satisfaría la sensibilidad natural de Chile, expresando

(1) Protocolo de la conferencia celebrada en el Departamento de Estado en Washington, el 24 de Enero de 1872. (Colección de Tratados del Perú. Edición oficial, tomo sexto.)

el pesar de que el Gobierno de Isabel II no hubiese ofrecido á Chile satisfactorias explicaciones á ese respecto. Es de presumir también, en las actuales circunstancias, que habiendo las Repúblicas aliadas del Pacífico aceptado incondicionalmente la mediación de los Estados Unidos, después de las conferencias de Lima, cuyo Protocolo está datado el 1.º de Septiembre de 1868; habiendo ajustado bajo dicha mediación un armisticio con su adversario, y habiendo hecho un esfuerzo sincero, aunque hasta aquí desafortunadamente infructuoso, para concluir colectivamente una paz definitiva, pueden ahora tomar en seria consideración la conveniencia de celebrar separadamente tratados con España. Si en cualquiera tiempo existiere tal disposición y se creyesen útiles al efecto los buenos oficios de los Estados Unidos, se harán de buen grado, siempre que fueren deseados».

Tal resultado parecía alejar indefinidamente toda esperanza de paz definitiva; pero poco después, y, si no con las cuatro Repúblicas, con una de ellas, pudo creerse llegado el momento de la deseada reconciliación.

En efecto: por decreto de 13 de Junio de 1872, el Gobierno del Perú ordenó á su representante en Washington que aceptase los buenos oficios del Gabinete norteamericano para celebrar por separado la paz con España, ajustando un «pacto incondicional en que se declarase que, por primera vez, el Perú y España entraban en relaciones de paz por medio de un Tratado público, pero sin hacerse mención en él ni de reconocimiento, ni de independencia, ni de deuda». Freyre, que seguía siendo representante del Gabinete de Lima cerca del de la Unión, se puso de acuerdo con Mr. Fish, y ambos celebraron varias conferencias con el plenipotenciario español, el almirante Polo de Bernabé, con el cual concertaron un proyecto de Tratado, en cuyo artículo único se expresaba que «habrá entre S. E. el presidente del Perú y S. M. el rey de España, y entre sus respectivos ciudadanos, súbditos, Estados y dominios, una paz cristiana, duradera é inviolable, y una amistad perfecta y

sincera, que estrecharán en adelante por todos los medios que al efecto emplean las naciones civilizadas».

A punto de firmarse este Tratado, que rompía la alianza entre las Repúblicas, tuvo lugar un cambio radical en la Administración del Perú, y el nuevo Gobierno, por decreto de 6 de Septiembre, derogó el de 13 de Junio, y ordenó á su representante en Washington que suspendiese todo procedimiento hasta que, una vez sometido el asunto al Congreso, se adoptase una resolución definitiva.

El decreto de 13 de Junio y las negociaciones con España, que fueron su consecuencia, no habían sido comunicados á las otras Repúblicas; así es, que cuando tuvieron conocimiento de la derogación de aquél, no vacilaron en congratularse de esto, confesando el mal efecto que les había producido la inteligencia del Perú con España, y sobre todo la reserva del Gobierno de Lima (1).

Por todo esto podía considerarse indefinidamente aplazado el establecimiento de una paz definitiva, lo cual era tanto más lamentable cuanto que el armisticio de 1871, según se hizo constar, como hemos dicho, á petición del representante chileno, no implicaba el restablecimiento de relaciones comerciales. Sin embargo, era evidente que la unión entre las Repúblicas se había quebrantado, y que el Perú deseaba la paz, no teniendo—y menos aún los tenían Bolivia y Ecuador—los resentimientos que Chile; por lo cual cabía abrigar la esperanza de que cualquier rozamiento que surgiese entre los aliados facilitaría la inteligencia individual de éstos con España; y en efecto, así sucedió, porque incidentes provocados por la explotación del salitre y la cuestión de la frontera chileno-boliviana dieron lugar á la guerra entre ambos países, guerra que se extendió al Perú por virtud de la alianza ofensiva y defensiva entre éste y Bolivia (1879).

(1) Nota del ministro de Relaciones exteriores de Chile al plenipotenciario del Perú en Santiago; fecha, 27 de Septiembre de 1872.

Antes del rompimiento entre Chile y el Perú existían ya negociaciones puramente confidenciales para ajustar un Tratado de paz hispanoperuano, negociaciones que una vez verificado aquél tomaron un carácter oficial, firmándose en París, el 14 de Agosto de 1879, por el embajador de España, marqués de Molins, y el plenipotenciario del Perú cerca de la República francesa, Sr. Goyeneche, un Tratado de paz y amistad limitado á restablecer la representación diplomática y consular y á otorgarse en todo, recíprocamente, el trato más favorable. Unida Bolivia al Perú, las negociaciones con aquélla se siguieron y se ultimaron por parte de España casi al propio tiempo, pues el Tratado de paz y amistad hispanoboliviano lleva fecha de 21 de Agosto de 1879. En éste se restableció en todo su vigor el celebrado en 21 de Julio de 1847, ratificado en 12 de Febrero de 1861.

Chile también deseaba la paz: lo revelaba el lenguaje de sus periódicos y lo decían sin rebozo, en el terreno confidencial, sus diplomáticos; pero el Gobierno de Santiago seguía empeñado en exigir una reparación por el bombardeo de Valparaíso, y pretendía, como límite de sus concesiones, que en el preámbulo del Tratado se desaprobase ese hecho, y que entregando España una suma no mayor de cien mil duros, Chile devolvería la goleta *Covadonga*. Tales condiciones no podían ser aceptadas, y no lo fueron, manifestando el Gabinete de Madrid que únicamente se prestaría á ajustar un Tratado de paz análogo al celebrado con las otras Repúblicas del Sur.

Difícil parecía que se pudiese llegar á un acuerdo sustentando tan opuestos criterios; y sin embargo, no tardó en lograrse ese feliz resultado, contribuyendo á ello no poco la amistosa é imparcial conducta observada por España en la guerra existente entre las Repúblicas. Chile cambió por completo, y ya en Marzo de 1881 se mostró dispuesto, por medio de su representante en París (1), á negociar las bases de un

(1) Era entonces ministro plenipotenciario de Chile cerca de la República francesa el distinguido diplomático Sr. Blest Gana.

Tratado de comercio y navegación, á abrir desde luego los puertos chilenos á la bandera española, y á concertar un *modus vivendi* más ventajoso que el armisticio de Washington. Entabláronse entonces negociaciones en París, que no dieron el resultado que se esperaba, por lo cual hubieron de trasladarse á Lima (1). Un incidente con el cual no cabía contar facilitó el desenlace.

Con motivo de una visita realizada por varios españoles residentes en el Perú al sitio en que habían sido enterrados, en la isla de San Lorenzo, los individuos de la escuadra española muertos en los años de 1865 y 1866 durante el bloqueo ó á consecuencia del combate del Callao, el presidente de la Sociedad de Beneficencia española concibió la idea de trasladar dichos restos al Cementerio general de Lima. Acogida favorablemente la idea por el representante de España, Sr. Vallés, pidió instrucciones al Gobierno acerca de si debía tomar parte en la manifestación que se proyectaba. El ministro de Estado contestó (2) que para realizar ese pensamiento era indispensable, además de obtener el permiso de las autoridades peruanas, lograr la conformidad del general chileno, añadiendo que si éste se asociaba al acto caritativo y generoso de que se trataba enviando un piquete de honor, esto daría lugar á que el Gobierno de S. M. enviase inmediatamente un buque de guerra á Valparaíso á saludar al pabellón chileno. La idea fué aceptada por Chile: el Gobierno español envió la fragata de hélice *Navas de Tolosa*, la cual llegó á Valparaíso el 3 de Febrero de 1883, saludó á la plaza, siéndole devuelto inmediatamente el saludo y haciéndose á la fragata un recibimiento entusiasta.

El resultado se tocó bien pronto, pues el 12 de Junio de

(1) Hay que tener en cuenta que en la guerra sostenida por Chile contra el Perú y Bolivia, el ejército chileno logró apoderarse de Lima.

(2) Telegrama del ministro de Estado al encargado de Negocios de España en Lima; fecha, 3 de Junio de 1882.

1883 se firmó en Lima el Tratado de paz y amistad entre España y Chile.

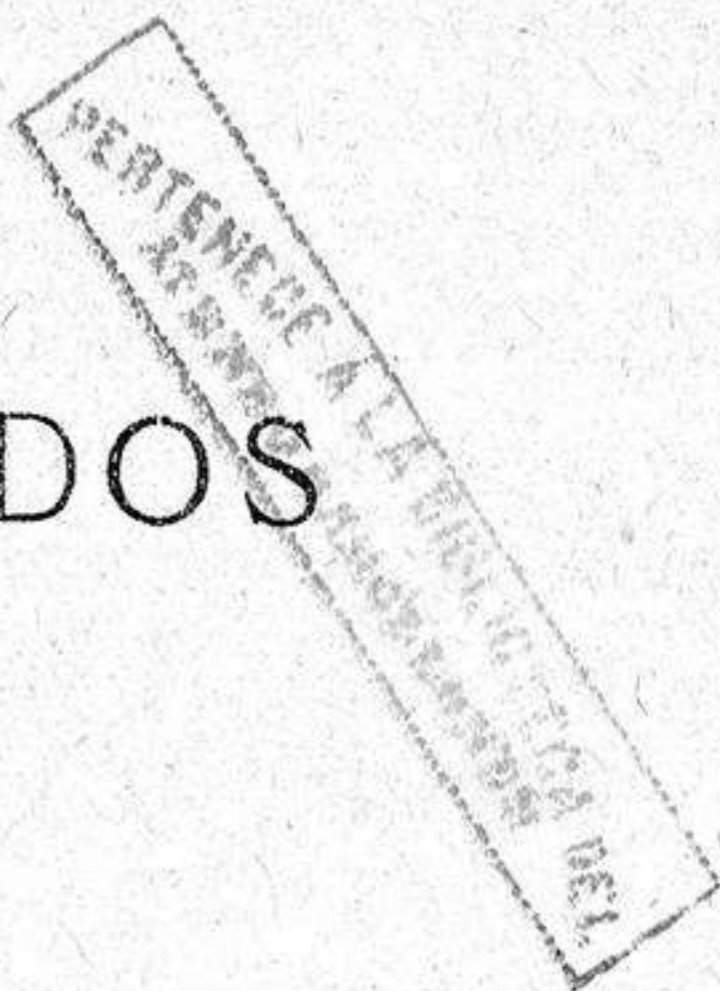
Aún tardó año y medio en lograrse el restablecimiento de relaciones con el Ecuador, porque á ello se opusieron: primero, la pretensión del Gobierno de Quito de que el Tratado que había de ajustarse tuviese por base el reconocimiento de la legalidad existente antes de la guerra, esto es, el pacto de 15 de Mayo de 1861; y segundo, el estado interior de la República.

En cuanto á lo primero, la dificultad estribaba en que el art. 2.º del Tratado de 1861 establecía el trato de la nación más favorecida para los súbditos, buques mercantes y productos manufacturados, lo cual estaba prohibido por el art. 4.º de la ley de 6 de Julio de 1882; y respecto de lo segundo, como la revolución que había estallado en el Ecuador tomaba cada día más vuelos, hasta que al fin triunfó, y, constituido un nuevo Gobierno, se inauguró la administración de D. José María Plácido Caamaño, no fué posible negociar seriamente; pero al fin se dominaron ambas dificultades, y el 28 de Enero de 1885 se firmó el Tratado de paz y amistad entre España y el Ecuador.

De este modo quedaron restablecidas las relaciones con las Repúblicas del Pacífico. La guerra del 66 nos costó cerca de veinte años de incomunicación, al cabo de los cuales sólo conseguimos establecer acuerdos imperfectos; porque sobre lo principal, que era el comercio, nada positivo se hizo.

JERÓNIMO BÉCKER

RECUERDOS



En Marín (Pontevedra) escribí el artículo anterior.

En Madrid, provincia de ídem, voy á dictar este artículo.

Y es el caso que ya no me acuerdo de lo que entonces dije, y temo repetir lo ya dicho.

Fenómeno misterioso es este de la memoria.

Me olvido por la noche de lo que hice por la mañana; nunca recuerdo los días ni las horas de las infinitas juntas y reuniones, que me solicitan y me molestan.

Lo próximo se borra con lastimosa facilidad.

Lo lejano lo veo bañado en luz vivísima.

Si repito algo de lo que dije, que el lector me lo perdone.

Recorría Marsella en todos sentidos, de día en pleno sol, y de noche recorría también sus calles principales, viendo en la sombra sus cafés, llenos de resplandores y de gente.

Y yo, encantado, admirado y en mis glorias, como el que navega en un río de vida y de luz,... sin marearse.

Todo y todos me eran simpáticos. Pasaba un individuo cualquiera, y decía yo para mí: «ése debe de ser un matemático, uno de los grandes matemáticos que posee la Francia». Pasaba otro, y me imaginaba que era uno de los *escritores franceses* cuyas obras yo con tanto deleite saboreaba. El de más allá tenía cara de militar: «algún descendiente ilustre de los prodigiosos soldados de las guerras de la República y del Imperio», suponía yo, y casi le saludaba con respeto.

Mucho me extrañaba que no saliesen de cualquiera de aquellos cafés tan resplandecientes Cauchy ó Dumas á saludarme: «¡hola! ¿usted por aquí?»

Claro es que jamás sospecharon, ni el inmortal matemático, ni el fecundo, interesantísimo é ilustre novelista, que yo existiese sobre la superficie de la tierra; pero ¿qué importa? El sol no conoce á todos los que le miran y viven de su luz, como se ha dicho hace mucho tiempo, y yo repito porque viene al caso y porque las alabanzas á los muertos nunca pueden ser adulaciones.

A los muertos se les puede alabar impunemente, sin que padezca la dignidad propia.

Alabar ó mostrar simpatía á los vivos ya es distinto: hay que andar con mucho pulso; y aunque se sientan simpatías, y aun admiraciones, hay que moderarlas.

Pero con los muertos no hay peligro.

Un cadáver ¿qué nos puede dar? Huesos, despojos, ceniza, silencio, ni siquiera gratitud.

Yo no conocía en Marsella á nadie, ni nadie me conocía; con todo eso, me figuraba que todos los marselleses, y todo francés, mejor dicho, era amigo mío.

He vivido siempre, y aunque cumplí los setenta y dos, y camino rápidamente hacia los setenta y tres, aun hoy mismo vivo, *en perpetuo drama interior ó comedia*, según los casos.

No hay una circunstancia en mi vida, circunstancia grande ó pequeña, en que no forje para mi uso interno un drama íntimo, que todo el mundo ignora, y que yo aplaudo ó silbo con imparcialidad suprema.

Es una costumbre, un vicio de mi cerebro, una manera de ser.

¿Tengo una alegría? pues un drama. ¿Tengo una tristeza? pues otro drama. Y en todos soy yo el protagonista, gallardo, heroico ó vencedor.

Yo creo que desde los cinco años empecé á componer estas pequeñas obras dramáticas en el escenario de mi propia ima-

ginación y para uso de mi propia persona, sin más espectador que mi conciencia, infantil al principio, reflexiva después.

Me parece que en estos *Recuerdos* he contado ya varios: recordaré uno de los primeros, y, si ya lo referí, será una *reprise*; tanto mejor: es que alcanzó gran éxito.

Tendría yo unos once años, á lo sumo, y estaba en la clase de Latín.

En el banco que yo ocupaba se inició no sé qué movimiento de indisciplina, que irritó al profesor, D. Santiago Soriano, y con voz terrible fulminó esta sentencia: «¡todos los de ese banco, de rodillas!»

Y tuve que arrodillarme. ¡Qué rabia y qué vergüenza!

Era la primera vez que me imponían castigo tan humillante; y fué la última, porque mis padres habían prohibido terminantemente que me castigasen. A mí no me ha castigado nunca nadie, lo digo con noble orgullo y con honrada altivez, ni de grande ni de chico, y como no se den mucha prisa, acabaré mi existencia sin haber sufrido más castigo directo y oficial que este que voy refiriendo: el de la *clase de Latín*, aquel movimiento único y degradante de aplicar las dos rodillas en el suelo.

¡Una tempestad de ira, de rabia, de ansias de venganza, se desató en el interior de mi pequeño cuerpo!

¡De rodillas! ¡De rodillas, y por culpa ajena!

Por culpa ajena, repito, porque yo he sido siempre dócil, obediente y subordinado.

Subordinado en la escuela, en la carrera, en la política. Siempre he respetado á mis maestros y á mis jefes, ya se llamasen D. Santiago Soriano (el profesor de Latín), ya D. Manuel Ruiz Zorrilla ó D. Cristino Martos, los jefes de los radicales y de los demócratas de antaño.

Pues, siguiendo el hilo de mis recuerdos, diré que el rato que estuve de rodillas lo pasé tragándome lágrimas y forjando en mi cerebro un drama terrible de venganzas tremendas. No venganzas estudiantiles, sino venganzas heroicas, caballerescas.

Yo me figuraba que venía á la escuela á caballo, cubierto de una resplandeciente armadura, como había leído en varias novelas que llevaban los héroes novelescos; porque desde los ocho años leía novelas de todos los géneros y escuelas, principalmente caballerescas: leía, por ejemplo, el *Gonzalo de Córdoba*, de Florián.

Llegaba, digo, á la puerta de la escuela, y retaba á singular combate al profesor; y, como es natural, le vencía, obligándole á ponerse de rodillas.

Todo esto *en serio*, y llorando bajito.

Pues por ridícula que sea esta costumbre, no la he perdido: todavía al pie de los torreones feudales de mi fantasía visto acerada armadura y he reñido más de una batalla con más de un crítico de teatros. ¡Pobre sér humano! ¡siempre niño!

*
* *
*

Más de una historia, novela ó drama, forjé yo al recorrer las calles de Marsella.

Por lo menos, me figuré que al salir de Francia iba á quedar amigo de media docena de matemáticos, otros tantos novelistas y dramaturgos, y algún soldado que otro del Imperio ó de la República; porque sépase que en mi interior siempre he tenido aficiones guerreras, y aun he ganado de memoria algunas batallas tan gloriosas como las de Napoleón.

Claro es que ni hablé ni vi á ningún hombre ilustre de Francia, y que mis relaciones no pasaron de los mozos de la fonda, los camareros de los restaurants y algún peluquero que otro, con los que, dicho sea de paso, apenas podía entenderme cuando iba á afeitarme.

Ni en todo el viaje trabé amistad con ningún francés, ni casi me tropecé, cosa extraña, con ningún español.

Únicamente en Marsella vino á visitarme el duque de Frías, con quien había hecho conocimiento en el vapor durante la travesía.

Era un joven aristócrata, elegante, simpático, de mucha cultura y muy amable. Se enteró, porque yo se lo dije, como se lo había dicho al francés de las perforadoras, del objeto de mi viaje, y por eso vino á traerme una *carta de recomendación* para el general Menabres, de quien era amigo, y que podía servirme eficazmente, como me sirvió, para facilitarme la visita y el estudio del túnel de los Alpes.

Estos son los únicos recuerdos que conservo de aquel puerto admirable y de aquella riquísima ciudad francesa.

Diré, por si les interesa á los filósofos y en general á los aficionados á los problemas de la Psicofísica, que la *forma de mis recuerdos* es en su mayor parte plástica, mejor dijera geométrica. Tienen mis recuerdos en cierto modo el aspecto de una serie de fotografías sin colores ó de colores muy vagos y más ó menos borrosos. Son pruebas fotográficas que se quedan en mi cerebro y que puedo consultar al cabo de muchísimos años, treinta ó cuarenta á sesenta; así conservo en mis celdillas cerebrales clichés de mi niñez, desde los tres años de edad, cuando iba á Murcia desde Madrid en galera no acelerada.

Veo, por ejemplo, el interior de la galera; á lo lejos unos hombres, y á mi madre asustándose mucho y diciendo: «Son ladrones, no hay duda, son ladrones», y sacando el bolsillo para darles espontáneamente el dinero que llevaba, y que no nos hicieran daño; afortunadamente no eran ladrones, ó por lo menos lo disimularon. Serían acaso ladrones que viajaban de incógnito. En todas las clases sociales hay gente modesta.

Así, toda mi vida pasada se compone de una serie de cuadros que conservo y que puedo consultar en cualquier instante.

A tales representaciones pictóricas se unen recuerdos acústicos. También recuerdo muchas frases, muchas palabras de las personas con quienes los sucesos de la vida me han puesto en comunicación.

En suma: que yo llevo en mi masa cerebral como docu-

mentación de mis recuerdos una serie riquísima, aunque insustancial por tratarse de nimiedades, de planchas fotográficas y de cilindros de no sé qué misterioso fonógrafo. Sí; yo oigo la voz de mis profesores, de mis compañeros, de mis amigos, de los oradores y de los actores.

¡La voz de Castelar, la voz de Martos, todavía las oigo!

Y mi álbum fotográfico todavía pasa ante mí, y todavía resuena mi fonógrafo.

De Marsella no conservo cilindros fonográficos: sólo un confuso rumor.

Vistas, sí conservo.

La visión un tanto vaga, entre vaga y precisa, de una calle muy ancha y muy animada: la Cannevière. Mucha gente, obreros, burgueses, damas elegantes, carruajes de lujo, grandes carros de enormes ruedas tirados por caballos colosales como no había visto ninguno semejante, las notas vivas de uniformes militares, las notas simpáticas de los marinos. Y alrededor de esta calle, otras muchas estrechas, alguna con dos filas de tiendas. Y al fin el puerto, cuajado de toda clase de embarcaciones, verdadero bosque de mástiles y chimeneas.

Como punto saliente, sólo veo la estatua de Napoleón III ante la Bolsa.

Me fijé mucho en ella, es decir, en la estatua del emperador, porque el emperador me era muy simpático. ¡Qué remedio, si me era muy simpático! Él nunca lo supo, y fué lástima, porque supongo que mi simpatía le hubiera consolado grandemente en el desastre de Sedán.

Me era simpático, á pesar de sus aficiones socialistas y de su golpe de Estado.

Me era simpático, pero no lo decía, pues tales simpatías hubieran escandalizado á mis amigos los economistas.

Me sucedía lo que al joven andaluz que ya he citado otras veces á propósito de las discusiones religiosas del Ateneo.

Decía este notable ateneísta en una mesa del café Suizo: «Yo soy panteísta, pero no lo digo *por mi mamá*».

Pues á mi vez recuerdo que yo creía que Napoleón III era un hombre de talento y de sentimientos nobles; pero no lo decía por los economistas.

*
* *

Pasé dos días incompletos en Marsella, y al tercero salimos en el tren de París mi mujer y yo, y los alumnos de la Escuela. ¡Qué viaje tan delicioso!

Ahora viajo con muchas más comodidades, pero entonces viajaba con mucha más alegría.

Me preparaba á pasar la noche en vela, porque yo jamás he podido dormir sentado.

He esperado sentado muchas veces, pero no he dormido ninguna. Para dormir necesito la horizontal.

El velar me molesta; pero en este viaje no me molestó, que la alegría espantaba el sueño, y las ilusiones del porvenir sustituían con ventaja á los ensueños más deleitables, un porvenir de risueños y vagos contornos.

Iba á París: dentro de algunas horas entraría en la ciudad prodigiosa, en la primera ciudad del mundo, y podría comparar la realidad con la imagen que me había formado de la gran metrópoli, á fuerza de leer novelas francesas.

Y al volver á España escribiría otro drama, y éste sí que iba á ser una obra maestra.

Y, además, escribiría una Memoria de Matemáticas sobre algo que me parecía de cierta novedad, y que luego resultó que no lo era.

Además, tenía el proyecto de escribir una Economía Política en forma matemática. Tampoco llegué á escribirla nunca; pero otros la han escrito, por ejemplo, Walrras y Jevons.

En suma: que yo viajaba entre alegrías y esperanzas, y admirando los paisajes, que hasta que llegó la noche desfilaban iluminados por la viva luz de un día de verano, á uno y otro lado del tren.

Yo había viajado algo por España: conocía la hermosa

huerta de Murcia, como que en su centro me había criado, y mil veces, desde la elevada torre, había recorrido el horizonte de verdura y las lejanas sierras pintadas de encarnado por grandes manchas de pimientos.

Conocía Alicante y muchos de sus pueblos, y la hermosísima huerta de Valencia.

Había hecho más de un viaje por las faldas de Sierra Nevada, y desde lo alto de la Alhambra había contemplado su prodigiosa y legendaria vega, cantada por Zorrilla.

Por último, había estado varias veces en las Provincias Vascongadas.

De suerte que llevaba en mi memoria paisajes admirables de mi patria, que valen tanto y más que lo que puedan valer los de otras tierras.

Yo, sin pecar de patriotero, creo que en España hay bellezas naturales de primer orden, y mujeres hermosísimas y hombres de talento; y creo, además, que hemos tenido una cocina grandemente gloriosa.

Sólo una nación verdaderamente grande ha podido crear, en el orden culinario, platos como los que ha tenido nuestra cocina, de la que aún quedan restos apetitosos que proclaman un pasado de glorias y hazañas. Los espartanos eran unos bárbaros que jamás tuvieron cocina: Atenas y Roma la tuvieron, pero no como España.

Me parece que me voy distraiendo de la idea principal.

Decía, ó quería decir, que á pesar de que había visto en España valles espléndidos y montañas soberbias, las crestas pirenaicas, el austero Guadarrama, los sublimes picos de Sierra Nevada, los cortes gigantescos de las Alpujarras, así y todo, admiraba en la tierra francesa, que por primera vez recorría, sus ríos, pintorescos y abundantes; su verdura espléndida, que se perdía en el horizonte; las ondulaciones de sus colinas, y el perpetuo jardín que iba atravesando la locomotora.

Aquello no era grandioso, pero era bellísimo, era simpáti-

co, eran pliegues sin fin de un manto verde. El verde es el color de la alegría: por eso se dice «darse un verde».

Era aquélla una nota nueva para mí, con matices nuevos; y estas diferencias de matices yo las aprecio al punto, y gozo al sentir los contrastes que existen entre el espectáculo presente y otros espectáculos análogos que mi memoria almacenó en una serie de años.

*
* *

El viaje llegó á su término, y aunque no era corto, no se me hizo largo: al fin llegamos á París.

El París de la realidad correspondía fielmente á la imagen que yo me había forjado con la lectura de novelas francesas.

Era un París admirable; pero ni era superior ni era inferior al que yo tenía dibujado en los moldes de mi fantasía.

Fuimos á parar, mi mujer y yo, al mejor hotel que entonces existía en la gran villa, es decir, al más grandioso y más ensalzado en toda clase de anuncios y de guías.

Al gran hotel del Louvre, con su magnífico patio, que la última vez que estuve en París me pareció viejo, pesado y hasta mezquino, pero que la primera vez casi se presentó á mi vista con proporciones monumentales.

Allí tomamos habitación en el último piso; pero en cuartos cómodos y elegantes, con un balcón corrido, que se tendía paralelamente al palacio del Louvre y á la línea de las Tullerías.

Aquella vista me era simpática. Enfrente, en la enorme masa de los dos edificios, al fin de su perspectiva, estaba el palacio del emperador Napoleón y de la emperatriz Eugenia; y yo, asomado á la barandilla del hotel, pensaba, con infantil orgullo, que el emperador y la emperatriz y mi mujer y yo vivíamos frente por frente, *casi éramos vecinos*; privilegio singular que atribuía yo, ya que no á mi mérito, á mi buena suerte.

Y la cosa es clara y hasta matemática: ellos y nosotros vivíamos *en la misma calle*, en la calle de Rivoli.

E. M.—Noviembre 1904.

Ellos *en una acera*, nosotros *en otra*; pues esto era ser vecinos, y si se hubieran corrido al Louvre, hasta hubiéramos podido, á uso de Andalucía, tender un cordel de balcón á balcón con su canastilla volante.

Tantas y tales tonterías, indignas de un profesor de la Escuela, pero naturales en un futuro autor dramático, revoloteaban por mi imaginación; y con esa terquedad de mi cerebro de forjar dramas, comedias y escenas á propósito de toda clase de acontecimientos, ya me figuraba que iba á asomarse la emperatriz Eugenia al balcón de enfrente, y que iba á decirme: «¿Usted por aquí? ¡Cómo me complace ver á un español!»

Hay que advertir que yo no conocía ni de vista á la simpática y hermosísima emperatriz; pero no importa: era española, y la fama repetía que era muy hermosa y muy simpática. Y para forjar historias y escenas estaba yo.

*
* *

No cometeré la torpeza de describir al París de entonces, que era ya muy parecido al París de hoy, porque el emperador Napoleón, con sus grandes iniciativas, con su espíritu de soñador y de artista y con sus tendencias socialistas, había reformado el viejo París tradicional, cruzándolo de soberbios boulevares, que son y serán la admiración del mundo, más por su anchura, su línea inmensa, por la luz que los inunda y por la vida que por ellos circula, que por el mérito artístico de la mayor parte de sus edificios.

Pero ¿es que por ventura, y digan lo que quieran los arqueólogos y los historiadores, hubo boulevares semejantes en ninguna ciudad, ni de Egipto, ni del Imperio babilónico, ni en Atenas ni en Roma?

Yo estoy seguro que todas estas grandes poblaciones se componían de calles sucias, estrechas, retorcidas y enmarañadas.

Edificios aislados, monumentos grandiosos, templos de piedra, calles de esfinges, masas de arcilla, ladrillos esmaltados, pórticos, columnatas, templos, arcos de triunfo esparcidos por unos y otros Imperios, por unas y otras Repúblicas; pero como notas excepcionales en una masa vulgar, pobre, sin higiene y sin belleza.

Esto es lo que yo me figuro, y no es fácil que nadie me convenza de lo contrario, porque se necesitan todos los progresos de la civilización, todos los triunfos de la política, todas las transformaciones del Derecho, para construir un boulevard á la moderna y las grandes ciudades de la burguesía y del capital.

Apunto la idea; que por lo demás, para ser desarrollada convenientemente y para poderla revestir de pruebas, necesitaría no unas cuantas cuartillas, sino todo un libro.

En París me detuve pocos días: los puramente precisos para recoger una impresión general.

Siempre, en coche ó á pie, recorriendo plazas y boulevares, el viejo París de la tradición y de las novelas ó el París nuevo del emperador, que con su voluntad soberana, y ayudado por un hombre de extraordinaria actividad é inteligencia, había hecho brotar de entre ruinas.

Visitando febrilmente museos y teatros, recorriendo en todos sentidos el Bois de Boulogne, con las indispensables excursiones á Versailles, Saint-Cloud y Saint Germain, así pasé unos cuantos días, no muchos, pero bien aprovechados.

Todo á paso de carga: mirar, ver, adherir la imagen á la memoria, y después otra imagen y otra, y así sin descanso, cuajando el tiempo de recuerdos.

Me encontraba en el mismo caso que aquel inglés que con su familia fué á visitar París, y que se presentó una mañana en casa de Víctor Hugo, como visita obligada de que más tarde daría cuenta en Inglaterra.

Salió majestuoso y amable el gran poeta á recibir el debido homenaje de admiración, y el inglés le manifestó como

pudo, en el francés convencional que usan la mayor parte de aquellos insulares, que no había querido pasar por París sin conocer á una de las glorias de la Francia y del mundo civilizado.

—Entendámonos—agregó:—una gloria literaria; que como hombre político, me parece M. Víctor Hugo abominable.

Protestó el ardiente republicano, y picado en lo vivo quiso entrar en algunas explicaciones; pero el flemático inglés, porque es sabido que los ingleses son fríos y flemáticos, le cortó la palabra en seco, y poniéndose en pie, en cuyo movimiento ascensional le imitaron su esposa, sus tres hijas y sus dos hijos, dijo consultando el reloj:—Perdone usted; no puedo detenerme más; tengo contados los minutos;—y volviéndose á su esbelta familia, agregó, recordando sin duda el programa del día:—*A las dos, M. Víctor Hugo; á las tres, el elefante blanco.*

Hizo una reverencia, con toda la dignidad británica, y salió erguido y solemne con la procesión de su familia, dejando al inmortal autor de *Nuestra Señora de París*, de *Los Miserables*, de *La Leyenda de los siglos* y del *Hernani*, inmóvil y asombrado, como gigante á quien abofetea un pigmeo.

Yo no visité á M. Víctor Hugo: soy tímido en casos semejantes, y admiro desde lejos las grandes montañas y los grandes monumentos; acercarme á ellos me parece gran osadía.

Debo advertir, sin embargo, que tampoco visité al elefante blanco, que sin duda ya no estaba en París.

Pero visité, en cambio, el Jardín de plantas, que es, como si dijéramos, la Casa de fieras.

*
* *

Satisfecha la primera curiosidad, y recogida una primera impresión *de totalidad*, por decirlo así, volví á mis deberes profesionales, y empecé á recorrer oficinas y ministerios, buscando noticias y preguntando en una y otra parte sobre la gran obra de la perforación de los Alpes; porque ha de saber-

se que yo no traía de España ni recomendaciones, ni datos, ni plan de ningún género. Iba á la gracia de Dios.

Habíanme dado en la Escuela un oficio para estudiar, en compañía de tres alumnos de la Escuela, el túnel de los Alpes, y nada más.

Un oficio, unos cuantos miles de francos para gastos de la Comisión, librados provisionalmente, y nada más: «allá va usted, y compóngaselas como pueda».

Debo declarar, al venir á este punto, que soy muy torpe para casos como el caso de que se trata.

Siempre me han infundido gran respeto, y casi temor, las oficinas de la Administración pública.

Un portero de ministerio me parecía entonces, y me siguió pareciendo hasta que yo nombré esta clase de funcionarios, algo así como un Júpiter olímpico. Con sus galones y su seriedad, siempre he creído que decían al simple mortal que á ellos se aproximaba: «y tú ¿quién eres, y á qué vienes aquí á molestarme?»

Y si esto me sucedía en España, juzgue el lector de lo que me sucedería en París.

Así es que mis gestiones adelantaban poquísimo: no conseguía ver á ningún jefe, nadie me decía en qué oficina radicaba el dichoso túnel; y cansado y aburrido, concluí por desconfiar de mis propias fuerzas, y acudí, aunque de mala gana y con mucho recelo, á la Embajada española.

No vi al embajador, ni á tanto llegaron mis pretensiones; que un embajador, para mí, era por entonces un sér encumbra-do en lo más excelso del Olimpo.

Y me sucedió con los embajadores lo que con los porteros de los ministerios: que no les perdí el miedo, ó si se quiere el respeto, hasta que contribuí á nombrarlos.

Sin embargo, en la Embajada me recibieron cortésmente, me ayudaron en mis investigaciones y se despejó el horizonte, es decir, se ennegreció del todo; porque al fin supe que el Gobierno italiano se había hecho cargo del asunto, que en París

no existían ni planos, ni proyectos, ni estudios, ni radicaba en Francia la dirección de la gran obra; que para visitarla era preciso que me trasladase á Turín, y que el Gobierno piemontés me concediera una autorización á fin de visitar los trabajos, los cuales estaban á cargo de tres ingenieros: Grandí, Gratoní y Somellier.

En suma, era inútil mi presencia en París.

No fué inútil para mi recreo, pero lo fué para mi comisión, aunque no ciertamente por culpa mía, ni por falta de celo, que celo me sobraba, aunque el éxito fuese desdichado.

Me preparé, pues, para ir á Italia, pasando los Alpes como Aníbal y como Napoleón, no por las entrañas de la masa gigantesca, que esto ni Napoleón ni Aníbal, con todo su poder, lo consiguieron, sino subiendo al lomo de la montaña en diligencia, y bajando ó cayendo al otro lado en las risueñas llanuras de Italia, según la frase estereotipada.

Pero antes de abandonar á París me ocurrió una idea, una gran idea.

«Dios sabe cuándo volveré á salir de España—me decía á mí mismo,—cuándo tendré otra comisión, cuándo volverán á perforar de nuevo los Alpes y cuándo se inventarán otras perforadoras, á no ser que mi improvisado amigo del vapor de las Mensajerías imperiales realice su proyecto de las perforadoras de doble acción; y pensando esto, concebí una idea atrevida.

Paseaba yo por los boulevares, mirando por la séptima ú octava vez los mismos escaparates de las mismas tiendas, porque ésta siempre ha sido una ocupación que me ha entretenido mucho; y revolviendo mi proyecto, y mirando, sin ver, una tienda de joyas, me quedé inmóvil, hasta que mi mujer me sacó de mi abstracción diciéndome:

—¿Qué es lo que miras?

—No miro nada.

—Pues ¿en qué piensas?

—Tengo una idea, una idea atrevidísima (todas mis ideas atrevidas han sido de este calibre).

—¿Y qué idea es esa?

—Hacer una escapatoria á Londres antes de ir á Italia. Es cuestión de tres ó cuatro días, y de muy poco dinero. Esto no forma parte de la comisión, y claro es que corren de mi cuenta los gastos.

Pero asomarnos á Londres, ver lo más notable, visitar el Palacio de Cristal, bien vale la pena de que retrasemos unos cuantos días el viaje á Italia.

Y dicho y hecho. Allí, en pleno boulevard, ante una joyería, quedó resuelto que iríamos á Londres; y al día siguiente salimos, y á las pocas horas atravesábamos el Estrecho.

¡Estrecho! Ancho como un demonio, y más revuelto que el golfo de Lyon, y con sendos mareos para mi mujer y para mí, más formidables que los del viaje de Valencia á Marsella.

Pero éste merece artículo aparte.

A nuevo mareo, nuevo artículo.

Así como así, en las últimas revistas científicas que he leído menudea el problema del mareo. De suerte que esta materia es un recuerdo y es una actualidad.

JOSÉ ECHEGARAY

ESTUDIO AISLADO DE LAS PALABRAS

I

El examen aislado de las palabras es en Gramática, hasta cierto punto, lo análogo del vano intento que pudiera asaltar á alguno de aprender Arquitectura estudiando exclusivamente los ladrillos.

Evidenciémoslo.

Todos ó casi todos los preceptistas coinciden en decir que la ANALOGÍA es la parte de la Gramática que enseña el valor de las palabras *consideradas aisladamente*, con todos sus accidentes y propiedades, y en dividir las partes de la oración en diez categorías, á saber: *artículo, nombre sustantivo, nombre adjetivo, pronombre, verbo, participio, adverbio, preposición, conjunción é interjección*.

Esta clasificación supone que cada palabra, CONSIDERADA AISLADAMENTE, tiene un valor propio y exclusivamente suyo; lo cual no resulta de un estudio detenido del lenguaje, toda vez que no hay en absoluto *partes de la oración*, por más que siempre haya partes en cada oración, pues no existe palabra ninguna que no pueda tener, y *tenga*, muchos y muy distintos oficios en la inmensa diversidad de las diferentes cláusulas y oraciones. De análoga manera, en las sociedades humanas los mismos hombres desempeñan diferentes profesiones, cargos ó dignidades.

En ningún discurso hay verdaderamente y en esencia *sus-*

tantivos, pronombres, participios, etc., sino nominativos, acusativos y dativos, casos que unas mismas palabras pueden constituir:

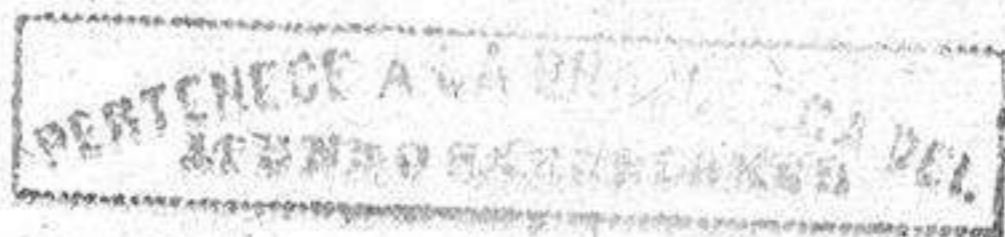
El perro mordió al lobo,
el lobo mordió al perro.

La misma palabra, que en una de estas dos cláusulas es nominativo, resulta acusativo en la otra.

Et sic de céteris.

Y quien fije bien en esto la atención, habrá de adquirir el pleno conocimiento de no ser una extraña paradoja, sino una realidad palmaria, el hecho de no haber en absoluto *partes de la oración*; y no por su *estructura gramatical*, sino por su *oficio* en cada cláusula.

II



Importantísimo es el estudio de las palabras cuando se las examina con el objeto de descubrir y fijar todas sus acepciones, para catalogarlas en los Diccionarios; ¡estudio interminable que requiere el empleo de las más altas facultades del espíritu, erudición esmerada, sagacidad penetrante y perspicacia propia sólo de hombres superiores!

De no menos importancia es el estudio de los vocablos cuando se analiza fonológicamente su evolución y se examinan con el objeto grandioso de vislumbrar las costumbres y las creencias de las primitivas edades de la historia y con el fin de descifrar los enigmas de las supersticiones y los mitos.

Sólo un ejemplo bastará para indicar la utilidad de la ciencia de las palabras y evidenciar costumbres primitivas. El vocablo «HIJA», en sánscrito, viene de una raíz que significa «ORDEÑAR». Y, así, la denominación de

ordeñadora,

dada á la *hija* en la primitiva familia ariana, representa nada menos que un idilio de la vida pastoral de los primitivos Arias;

pues la ocupación en que una muchacha podía ser más útil á una familia nómada era la de proporcionarle leche y cuidar del ganado. Y el nombre de «LECHERITA», á la par que encierra una gran poesía cariñosa y delicada, demuestra que los Arias primitivos eran pueblos de pastores.

Pero estos estudios, que requieren las especialidades de los lexicógrafos y de los filósofos, no son de ineludible é inmediata necesidad para el gramático.

Al gramático, en rigor, sólo interesa, por una parte, el exacto conocimiento de los inmensos tesoros que las generaciones pasadas le han legado en los elementos del lenguaje; y, por otra, y *especialísimamente*, la COMBINACIÓN de las palabras, ordenadas SISTEMÁTICAMENTE con un fin elocutivo.

Y, así, la explicación de ese SISTEMA es, y tiene que ser, el objeto ESENCIAL de la Gramática.

III

No se habla con palabras, por más que sin ellas sería imposible darnos á entender.

Se habla con su COMBINACIÓN.

Análogamente,

Sin sonidos no hay música,
pero con sólo sonidos no hay música.

La música no consiste en los sonidos, sino en su adecuada *combinación*. Un chiquirritín dando manotadas sobre las teclas de un piano, hace huir á quien tiene educados los oídos. Hay, ciertamente, sonidos, pero no música; porque falta la artística *combinación* musical de esos sonidos.

Las *condiciones de un objeto* no son el objeto mismo. Sin papel, sin tipos de imprenta, sin tintas grasas, sin prensas..., no hay periódicos. Pero el periódico está en la serie de artícu-

los, consideraciones, sueltos, noticias, anuncios, etc., que, á plazos fijos, dan á luz las redacciones periodísticas.

Sin materiales no hay casas,
pero con sólo materiales no hay casas tampoco;

los ladrillos, las vigas, los hierros, los cristales, etc., solos ó aislados, no constituyen habitación ninguna; sino la forma obtenida con esos materiales en su conveniente *combinación y conjunto*. El arte de construir edificios se estudia en la Arquitectura, no en la alfarería donde se fabrican los ladrillos y las tejas.

Todo en el mundo es *combinación*. No hay estructura sin combinación: ni aun los cristales de los *cuerpos simples*.

No existe bóveda sin piedra. Pero piedras talladas de cualquier manera y colocadas de cualquier modo, no son bóveda. La bóveda consiste en la *combinación* científica de piedras talladas al efecto.

El barco navega por la forma dada al casco, no por los materiales que constituyen el casco: *madera, hierro, acero*.

El globo aerostático sube á lo alto de la atmósfera por la geométrica construcción de sus husos esféricos.

Sin las nueve cifras y el cero de la numeración común, no podemos escribir ningún guarismo en la Aritmética vulgar; pero el número escrito está en el SISTEMA INVISIBLE de las COMBINACIONES de las cifras, no en los trazos visibles de esas cifras.

Y, si toda estructura depende de un SISTEMA de combinaciones, ¿habría de ser una excepción única en el mundo el SISTEMA DEL HABLAR?

En el sentido, pues, de los ejemplos anteriores, es preciso proclamar que

sin palabras no se habla,

pero que

con palabras sólo, no se habla.

Se habla con el SISTEMA ELOCUTIVO de la COMBINACIÓN de las palabras. ¡Estudio colosal, porque cada lengua tiene su SISTEMA ELOCUTIVO, y no se conoce bien uno sin el conocimiento ó la noción siquiera de algunos, ó, más bien, de muchos otros!

IV

Si, pues, en la *combinación* de las palabras reside la esencia del hablar, claro es que el *valor de las palabras* no está ni puede estar en el estudio AISLADO de ninguna.

Cerca, lejos

son adverbios, si se atiende á las ideas que representan de *proximidad* ó distancia, cuando circunscriben el significado de un verbo:

vive *cerca*,
no está *lejos*.

Pero ya esas mismas voces son sustantivos, cuando dan lugar á un *caso* de la declinación en una cláusula, ó bien en una oración:

son admirables los CERCAS y los LEJOS de ese cuadro	(Nom.)
¿no admiras esos CERCAS y esos LEJOS?	(Ac.)
hablamos de esos CERCAS y esos LEJOS	(Abl.)
digo que son admirables esos CERCAS y esos LEJOS	(Nom.)

Rosa náutica

significa

brújula

por el conjunto de las palabras; pero no por ninguno de los dos componentes.

Rosa,

como voz *aislada*, no significa *brújula*; *náutica* tampoco, *aisladamente*, tiene tal significado. Pero ya esas dos voces, combinadas

rosa-náutica,

significan lo mismo que

brújula;

es decir, un objeto que sirve para marcar el rumbo de la nave, y que nada tiene que ver con las rosas, ni con la estructura de los barcos.

Cuando se dice

el rey *profeta*,

profeta no hace oficio de sustantivo, sino de determinante de *rey*; y si dijéramos

el profeta *rey*,

entonces *rey* sería la voz determinante y *profeta* la voz determinada. Ambas expresiones

profeta rey, y
rey profeta,

designan al Autor de los Salmos; pero ninguna de las dos *aisladas* indica al monarca de Judea DAVID. La designación de DAVID es sólo propiedad del conjunto de las dos.

El estudio *aislado* de las voces no puede explicar el significado de conjuntos, tales como:

papa-rey,
rey-papa,
niño-rey,
rey-niño,
monja-alférez,
gata-mujer,
papel-moneda,
algodón-pólvora,
presupuesto-verdad,
lengua-madre,
barco-pezu,
buque-fantasma,
sombbrero-hongo,
cólera-morbo, etc.

y tántas, tantísimas otras; de entre las cuales deben traerse ahora al recuerdo las expresiones desatinadas, pero de uso tan usual y corriente, que apenas pueden ser sustituidas por otras más racionales; tales como:

sangre azul,
gramática parda,
premio gordo,
terno seco,
perra grande,
perro chico,
el sueldo pelado,
á palo seco,
á garrotazo limpio,
gente de pergaminos,
política de campanario,
creer en Dios á puño cerrado, etc.,

cuyo significado está en el conjunto y no en los vocablos aislados que lo forman.

V

Y, si el sentido de estas frases está en el conjunto de sus términos todos, ¿á qué entrar en el estudio *aislado* de ninguno?

Recuérdese también, no como un hecho elocutivo, sino con el fin de adquirir la convicción de ser imposible el estudio AISLADO de las palabras, que hay palabras y hasta reuniones de palabras que no tienen por sí solas sentido completo, y que, por tanto, son palabras á medias:

muy,
semejante á,
parecido á,
mayor que,
menor que,
igual á.

Ninguno de estos vocablos ó conjunto de vocablos tiene sentido elocutivo AISLADAMENTE y sin la compañía de otros

que se les junten convenientemente; y, del CONJUNTO, y no de ninguno de los *componentes* AISLADO, depende la cláusula en que entren.

Este objeto es muy,
este líquido es igual,

son expresiones que nada significan.

No se olviden los vocablos que no pueden construirse sin preposición determinada, ó acaso sin dos preposiciones:

el Ministro accede Á tu petición,
lo han agraciado CON una gran cruz,
depende DE su familia,
incurrió EN grave falta,
inconsecuente PARA CON los amigos,
se le resbaló DE ENTRE las manos, etc., etc.

Analizar una palabra sin otra es tarea enteramente inútil:

Eso depende,
él incurrió...,

no significan nada.

Pues ¿y la clase importantísima de las voces que cambian de significado cuando se les agrega una preposición?

Estar <i>en, con</i>	}	la mesa me ESTÁ EN cien pesetas,
		estoy CON USTED en esa opinión,
Salir <i>de, en, por,</i> <i>á, con</i>	}	ya salí DEL AZÚCAR averiado,
		ya salimos DE ACREEDORES,
		al fin salió DE la loca de su suegra,
		sale POR cuatro duros al día,
		la alameda sale AL camino,
	siempre sale CON sandeces,	
	el gabán le sale EN treinta duros.	

Analizar diciendo:

SALE, verbo...
EN, preposición...
TREINTA, numeral...
DUROS, sustantivo...,

no da ni puede dar idea de que «LE SALE EN» significa le CUESTA treinta duros.

VI

Sigamos recordando, y no para consignar hechos elocutivos, sino, como antes, para hacer ver la imposibilidad del estudio AISLADO de las voces cuando el conjunto, y no ninguno de los componentes, es lo que constituye su sentido y significación. Tal sucede con los llamados tiempos compuestos de la conjugación:

He amado,
 Has amado,
 Ha amado,
 Hemos amado, etc.
 Habré amado,
 Habrás amado,
 Habrá amado,
 Habremos amado, etc., etc.

La Gramática de la Academia Española dice á este propósito:

«Cuando el participio entra á componer varios tiempos del verbo de que procede, no es sino parte de estos mismos tiempos: HE PERDONADO Á MI ENEMIGO, HABRÍA EXIGIDO FIANZA, son construcciones idénticas, para el efecto gramatical, á PERDONÉ, EXIGIRÍA.»

Conjugaciones cuyo sentido está igualmente en el conjunto y no en los componentes aislados son, según la misma Gramática:

haber de,
 tener que,
 tener de,
 deber de,
 dejar,
 quedar,
 tener pensado,
 llevar entendido,
 quedar resuelto, etc.

Y tantas otras más como se pueden formar con verbos á medias, como:

poder,
soler, etc.

¿Expresaría alguien pensamiento alguno diciendo solamente:

yo suelo,
yo puedo?

Estos verbos necesitan de otros vocablos para tener sentido:

Yo puedo escribir,
yo suelo escribir,
yo debo escribir,
yo quiero escribir,
hizo trotar el caballo,
mandó herrar el caballo,
mandó venir el coche,
no pude mandar venir el coche, etc., etc.

Obsérvese que el número de los verbos que pueden juntarse con fin análogo puede y suele pasar de tres, v. gr.:

Ni quiso hacer trotar al caballo ni pudo querer hacerle trotar, porque él entonces estaba en África.

Yo no quise mandar hacer trotar el caballo,
yo no pude querer mandar hacer trotar el caballo, etc.

El sentido, como se ve en esta clase de expresiones, no está en ninguno de los componentes AISLADO, sino en el conjunto de todos ellos, los cuales forman una especie de palabra compuesta en que entran, no una sola idea, sino muchas á la vez: las de

poder,
querer,
mandar,
hacer, etc.

¿A qué el análisis hecho *vocablo por vocablo*, si en ninguno está el concepto? El que sólo vea una piedra de un arco, el que examine un solo tubo, ¿será capaz de concebir el arco ni la caldera tubular de una locomotora, ni adivinar su objeto?

E. M.—*Noviembre 1904.*

VII

Por otra parte, ¿cómo pueden clasificarse AISLADAMENTE las interjecciones que se diferencian de otras palabras iguales sólo por el tono con que se pronuncian y el gesto y ademanes que acompañan á la enunciación? Ni ¿cómo, fuera de una cláusula, cabe venir en conocimiento del tono, gesto y ademanes que caractericen propiamente á interjecciones que pueden significar otra cosa, cuales son las siguientes?

¡ANDA! ¡BRAVO! ¡CALLE! ¡CÓMO! ¡CUIDADO!
 ¡DIABLO! ¡FUEGO! ¡OIGA! ¡PUES! ¡QUÉ! ¡SOPLA!
 ¡TOMA! ¡VAYA! ¡YA! etc.

Aisladamente examinadas, nadie es capaz de apreciar que

diablo,
 fuego,
 sopla,
 anda,
 toma...

son interjecciones. Solamente el sentido de la frase puede dar razón del oficio de estas palabras y de tantas otras semejantes.

Los gramáticos profesan que el adjetivo ha de ir siempre acompañando á un sustantivo, á menos que no se le emplee SUSTANTIVADO; esto es, *dándole la fuerza significativa* de SUSTANTIVO.

Pues si un adjetivo tiene la fuerza significativa de sustantivo, ¿en qué se conoce que es todavía adjetivo? Si una persona fué pobre, y luego se hizo rica, y se le da en la sociedad la fuerza y significación de rico, ¿en qué se conoce todavía que *es pobre*, no siéndolo ya?

«¿No tenemos también (dice el texto académico) que el *adverbio* se sustantiva á veces, y toma artículo ó pronombre masculino? Así decimos *el más* y *el menos*, *el poco* y *el mucho*,

el sí y el no, en aquel entonces, etc. Algunos adverbios, por ejemplo, *como, cuando, donde, bien, ya, luego, etc.*, hacen á veces *oficios de conjunciones*. Tampoco es raro hallar adverbios usados como *interjecciones*; verbigracia: ¡qué! ¡arriba! ¡pronto! ¡bien!, etc.» ¡Esto es mucha verdad! Pero digamos como antes. Si un *adverbio* es *sustantivo* ó *conjunción* ó *interjección*, ¿en qué se conoce que sigue siendo adverbio? Repitémoslo: si uno que fué pobre se hace RICO, ¿en qué se conoce que sigue siendo POBRE?

«También se juntan algunas veces los adverbios con *sustantivos adjetivados*; *éste es MÁS HOMBRE* ó *MENOS HOMBRE que su hermano*».

Y vuelta á lo mismo: ¿en qué se conoce que *hombre* permanece todavía siendo sustantivo cuando se le convierte en adjetivo?

VIII

Para concluir, digamos como al empezar:

El empeño de quienes pretendan conocer la ciencia del lenguaje estudiando sólo y AISLADAMENTE las palabras, resulta hasta cierto punto análogo al de quien quisiera estudiar Arquitectura en los ladrillos ú otros materiales de construcción.

Y ¿podía ser otra cosa, si en SISTEMAS DE COMBINACIONES ELOCUTIVAS reside esencialmente el portento del HABLAR? Así es que en el conjunto de palabras, y no en cada una de ellas AISLADAMENTE, ha de buscarse y estudiarse el significado de toda manifestación ó exteriorización de lo que el hombre siente, piensa y quiere.

E. BENOT

LA MUERTE DE LOS DIOSES

(LA NOVELA DE JULIANO EL APÓSTATA)

(CONCLUSIÓN)

XIV

La llanura inmensa, unida como un mar, estaba cubierta de ajeno dorado. No había un árbol. Las malezas y las hierbas despedían penetrantes perfumes. De cuando en cuando, rebaños de asnos salvajes, levantando nubes de polvo, aparecían en el horizonte. Algunos avestruces corrían. Las bromas y los cantos duraban hasta la noche. La alimentación del ejército, hasta entonces, era abundante y sana.

La campaña parecía un paseo. El desierto recibía á los guerreros ávidos de gloria, de botín y de sangre, con caricias mudas, con estrelladas noches, con suaves crepúsculos, con frescuras nocturnas impregnadas del acre perfume del ajeno.

Avanzaban y avanzaban, sin encontrar al enemigo.

De repente el desierto se volvió amenazador. Las nubes ocultaron el cielo. Comenzó á llover. Un soldado, que conducía unos caballos al abrevadero, fué muerto por el rayo.

A fines de Abril empezaron los calores. Los guerreros envidiaban á los compañeros que marchaban á la sombra de un dromedario ó de un vehículo. Los hombres del Norte, galos y sicambrios, morían de insolación. La llanura era triste, árida, con algunas matas abrasadas aquí y allí. Los pies se hundían en la arena.

Rachas súbitas de viento asaltaban al ejército, arrancando los estandartes de sus mástiles y hasta arrebatando tiendas. Después volvía la calma, extraña y profunda, que parecía á los soldados asustados más terrible que las tempestades.

Las bromas y los cantos cesaban. Pero los guerreros seguían avanzando,—siempre sin encontrar al enemigo.

A principios de Mayo, el ejército penetró en los palmerales de Asiria.

En Mazeprakt, en donde se elevaban las ruinas de la enorme muralla construída por los antiguos reyes asirios, se vió al enemigo por la primera vez. Los persas retrocedieron precipitadamente y, bajo una lluvia de flechas envenenadas, los romanos atravesaron el ancho canal que unía el Eufrates con el Tigris. Aquella grandiosa construcción, hecha con ladrillos de Babilonia, y que cortaba por mitad toda la Mesopotamia, se llamaba Nazar-Malka, río de los Reyes. Súbitamente, desaparecieron los persas; el Nazar-Malka subió de nivel y, rebasando las márgenes, el agua se extendió por los campos circunvecinos. Los persas habían preparado la inundación. Los soldados de infantería marchaban con el agua hasta las rodillas; en agujeros imprevistos cayeron jinetes y dromedarios con su carga. Hubo necesidad de sondar el camino con perchas. Los campos estaban transformados en lagos y los bosques de palmeras en islotes.

—¿Adónde vamos?—murmuraban los cobardes.—¿Por qué no volver desde luego al río y embarcar en las naves? Somos guerreros y no ranas para chapotear en el agua.

Juliano caminaba á pie con la infantería, hasta en los lugares más difíciles. Ayudaba á desatascar los carros y se reía, enseñando á los soldados su púrpura manchada de lodo.

A la caída de la noche, el ejército llegó á un lugar seco. Los soldados, extenuados, se durmieron con agitación.

Por la mañana vieron la fortaleza de Perizaborh.

Los persas se burlaban de sus enemigos desde lo alto de las torres y de las murallas inexpugnables, provistas de gruesos tapices de piel de cabra para defenderlas contra el choque de las máquinas de sitio.

Transcurrió todo el día en un cambio de juramentos y proyectiles. Aprovechando la obscuridad de una noche sin luna, los romanos, guardando el más absoluto silencio, desembarcaron las catapultas que venían á bordo de las naves, y el ariete, y los adosaron contra los muros de la fortaleza. Los fosos fueron cegados con tierra. Con ayuda de una "maleola", es decir, de una flecha enorme en forma de huso, llena de una materia inflamable, los romanos lograron prender fuego en los tapices de pelo de cabra.

Los persas se precipitaron á apagar el fuego, y, aprovechando

aquellos instantes de confusión, el emperador ordenó que comenzara á funcionar el ariete.

Este era un tronco de pino, atado por cadenas á una torre piramidal; el tronco terminaba por una cabeza de cordero, de metal. Un centenar de fuertes legionarios tiraban á un tiempo de fuertes cuerdas hechas de venas de buey, y balanceaban lentamente el enorme pino.

Resonó el primer golpe, semejante al ruido de un trueno.

El suelo y los muros temblaron. Después se repitieron los golpes, y el furioso ariete, con tenacidad colérica, pegó con su frente de metal en las murallas. Un trozo de éstas se vino abajo con estrépito. Los persas huyeron lanzando desesperados gritos.

Juliano, cuyo casco brillaba entre una nube de polvo, alegre y terrible se precipitó en la plaza conquistada.

El ejército siguió adelante. Dos días descansó bajo las frescas sombras de los bosques, regalándose con una especie de vino de jugo de palmera y con dátiles de Babilonia, transparentes como el ámbar.

Después se internó por una llanura rocosa.

El calor era penoso. Morían á causa de él hombres y animales. La atmósfera abrasaba, y el Tigris se retorció despidiendo chispas, como una perezosa serpiente que caldea sus anillos al sol.

Los romanos vieron una enorme roca por encima del Tigris, una roca roja, desnuda, llena de asperezas. Era la segunda fortaleza que defendía á Ktesifonte, la capital de Persia, aún más formidabile que Perizaborh; verdadero nido de águila bajo las nubes. Comenzó el ataque.

A la hora en que los lagartos duermen en las grietas de las peñas, los rayos del sol cayeron sobre las espaldas y las cabezas de los soldados implacablemente. Los legionarios, desesperados, sin escuchar á sus jefes, desafiando el peligro, se quitaban los cascos y las armaduras, prefiriendo las heridas al calor. Sobre ellos llovían flechas envenenadas, lanzas, piedras, balas de plomo...

El cielo venció el odio de los hombres.

Sitiados y sitiadores, extenuados de fatiga, cesaron la lucha.

Sucedió el silencio, más sombrío que durante la noche más negra.

Los romanos no perdían ánimos.

Después de la toma de Perizaborh, creían al emperador invencible, comparándole á Alejandro, y de él esperaban milagros.

Durante varios días, los romanos se ocuparon en abrir una mina.

Paşando bajo los muros de la fortaleza, el subterráneo llegaba al centro de la plaza; su anchura, de tres codos, permitía   dos guerreros marchar de frente. Los encargados de los trabajos lo hacían alegremente: después del exceso de sol, la humedad y la obscuridad les parecían deliciosas.

—No hace mucho tiempo que éramos ranas; ahora somos topos—decían los soldados riendo.

Tres cohortes, compuestas de mil quinientos guerreros escogidos, penetraron, observando el más severo silencio, en la galería subterránea, esperando impacientemente las órdenes de los jefes para invadir la ciudad.

Al amanecer, el ataque se dirigió por dos lados opuestos, para distraer la atención de los persas. Juliano conducía   los soldados por un estrecho sendero, bajo una granizada de flechas y piedras.

—Veremos—pensaba, recreándose en el peligro,—veremos si los dioses me preservan, si hacen un milagro, y me libero ahora de la muerte.

Y una irresistible curiosidad, un ansia de lo sobrenatural, le impulsaban   exponerse,   tentar   la suerte, con una sonrisa de desafío.

Los soldados le seguían, fascinados, contaminados por su locura.

Los persas, riéndose de los esfuerzos de los asaltantes, cantaban en alta voz la gloria del hijo del Sol, el rey Sapor, y gritaban   los romanos desde lo alto de la fortaleza:

— Antes entrar  Juliano en el palacio de Ormuz que en nuestra fortaleza!

En medio de la acción, el emperador transmitió en voz baja la orden   los jefes.

Los legionarios ocultos en el subterráneo penetraron en la plaza por la bodega de una casa en la que estaba amasando pan una vieja persa. La mujer dió un grito terrible al ver á los legionarios romanos. La mataron.

Después, deslizándose inadvertidos, se arrojaron sobre los sitiados. Los persas abandonaron sus armas y se dispersaron por las calles. Entonces los romanos abrieron las puertas de la ciudad, que fué tomada por los dos lados.

Desde aquel momento, ni un legionario puso en duda que el emperador,   ejemplo de Alejandro de Macedonia, conquistase todo el imperio de los persas hasta las Indias.

El ejército se acercaba   Ktesifonte; las naves permanecían en el Eufrates.

Juliano, con su imaginación febril, casi sobrenatural, que no dejaba á los enemigos tiempo para reponerse, restauró la antigua construcción romana: el canal de conjunción abierto por Trajano y Septimio Severo y cegado por los persas.

Por aquel canal la flota entró en el Tigris. El vencedor se encontraba en el centro del imperio asiático.

Al día siguiente, Juliano, reuniendo un consejo de guerra, declaró que las tropas debían transportarse durante la noche á la otra orilla, al pie de la capital. Dalagaif, Hormizda, Secundino, Víctor, Salustio, hombres todos ellos experimentados en la guerra, quedaron aterrorizados ante aquella idea y suplicaron insistentemente al emperador que renunciase á tan temerario proyecto. Le oponían el cansancio de los soldados, la anchura del río, la rapidez de la corriente, lo escarpado de las márgenes, la proximidad de Ktesifonte y el innumerable ejército del rey Sapor, la ineludible salida de los persas en el momento del desembarco: Juliano no quiso oír nada.

—Por mucho tiempo que esperemos—exclamó al fin impacientado,—el río no se hará más estrecho ni las márgenes menos escarpadas, y en cambio el ejército de los persas aumentará de día en día. Si hubiese escuchado vuestros consejos, todavía estaríamos en Antioquía.

Los jefes salieron de la tienda consternados.

—No resistirá—murmuró suspirando el experimentado y astuto Dalagaif, bárbaro encanecido en el servicio de Roma.—Acordaos de lo que os digo. Parece alegre, hasta se ríe; pero su rostro no refleja nada bueno. He visto esa expresión en personas muy próximas á la desesperación ó á la muerte. Esa alegría es de mal presagio.

El tibio crepúsculo brumoso descendía rápidamente sobre las ondas del grandioso río. Cinco galeras llevando á bordo cuatrocientos guerreros desamarraron. Durante algún tiempo se oyó el ruido regular de los remos. Después, nada. La obscuridad se hizo impenetrable. Juliano miraba fijamente y ocultaba su emoción bajo una sonrisa. Los jefes cuchicheaban entre sí. De pronto brilló un fuego en la noche. Todo el mundo contuvo su respiración; las miradas se volvieron al emperador. Él había comprendido lo que significaba aquel resplandor: los persas habían conseguido prender fuego á las naves romanas por medio de sus máquinas incendiarias, hábilmente lanzadas desde la otra orilla. Juliano palideció; pero, reponiéndose en seguida y no dejando á los soldados tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, se precipitó gritando:

—¡Victoria, victoria! ¿veis ese resplandor? Han llegado y se han

hecho dueños de la orilla. Yo mismo ordené á la cohorte que encendiese fuego en señal de buen éxito. ¡Seguidme, compañeros!

—¿Qué hacer?—le murmuró al oído el prudente Salustio.—Estamos perdidos... ¡El fuego es en las galeras!...

—¡César se ha vuelto loco!—balbuceó Hormizda, aterrorizado, á Dalagaif.

El bárbaro se encogió de hombros.

El ejército, con irresistible impulso, se lanzó hacia el mar, al grito entusiasta de: “¡victoria, victoria!”, Algunos cayeron al agua, pero salieron riendo, y todos se precipitaron á las naves. Algunas embarcaciones pequeñas estuvieron á punto de zozobrar. No había bastante sitio en las galeras.

Varios jinetes se lanzaron valientemente á nado, cortando la corriente. Todos seguían gritando:

—¡Victoria, victoria!

La fuerza de la corriente estaba por el momento atenuada por las embarcaciones que obstruían el río. El incendio de las cinco primeras galeras fué apagado sin gran esfuerzo.

Solamente entonces comprendió todo el mundo la audaz astucia del emperador. Pero los soldados se regocijaron más todavía. Tras de aquel peligro evitado, todo parecía fácil.

Poco antes del amanecer se hicieron dueños de las alturas. Pero apenas hubieron reposado un poco los romanos, sin dejar las armas, vieron salir por el Este el enorme ejército.

El combate duró doce horas. Los persas se batían con el ardor de la desesperación. El ejército de Juliano vió allí por primera vez los grandes elefantes de guerra, que podían aplastar á toda una cohorte como un haz de hierba. Jamás los romanos habían alcanzado semejante victoria desde los tiempos de los grandes emperadores Trajano, Vespasiano y Tito.

Juliano llevó, al amanecer, la ofrenda de acción de gracias al dios de la guerra, Arés, ofrenda compuesta de diez toros blancos, de una belleza que recordaba las esculturas antiguas de los bajorrelieves griegos.

Todo el ejército estaba de fiesta. Solamente los augures etruscos, como siempre, conservaban un terco y malévolos sueño. A cada nueva victoria de Juliano, se ponían más sombríos, mudos y enigmáticos.

Trajaron el primer toro ornado de laureles, junto al altar humeante. Marchaba lentamente, pasivo, y de repente tropezó, se arrodilló, con un lastimero mugido semejante á un lamento humano,

que hizo estremecer á todo el mundo; hundió la cerviz en el polvo, y antes de ser sacrificado murió.

Trajeron el segundo, que cayó muerto de la misma manera. Después el tercero, luego el cuarto. Todos se acercaban al altar, sosteniéndose apenas, como si estuviesen atacados de una enfermedad mortal.

Un murmullo de espanto corrió por el ejército. Aquello era un terrible presagio.

Algunos aseguraban que los sacrificadores etruscos habían envenenado á los toros para vengarse del desprecio del emperador hacia su ciencia.

Nueve toros murieron así. El décimo, rompiendo sus ligaduras, se escapó y, bramando, atravesó el campamento sin que pudieran cogerle.

El sacrificio estaba desorganizado. Los augures sonreían malévolamente.

Cuando se trató de hacer la autopsia de los toros muertos, Juliano, con su experimentada mirada de adivino, vió, por los órganos, presagios aterradores. Se volvió; su rostro estaba lívido; quiso sonreír y no pudo. De pronto se acercó al altar y le dió un violento puntapié. El altar vaciló y no cayó. La multitud exhaló un profundo suspiro. El prefecto Salustio se precipitó hacia el emperador murmurando:

—Los soldados miran... Vale más interrumpir el sacrificio...

Juliano le apartó y dió otro puntapié más fuerte aún al altar, que rodó por el suelo. Los carbones se dispersaron; se apagó el fuego.

—¡Desgraciados!... ¡Desgraciados de nosotros!—gimió una voz.

—Te digo que está loco—balbuceó Hormizda apretando la mano de Dalagaif.—¡Mírale! ¿Cómo no lo ven los demás?

Los augures etruscos permanecían inmóviles, imperturbables, severos é indiferentes.

Juliano alzó los brazos al cielo. Sus ojos brillaban. Gritó:

—¡Lo juro por la alegría eterna, concentrada aquí, en mi corazón: reniego de vosotros como vosotros habéis renegado de mí! ¡Os abandono como me habéis abandonado, divinos impotentes! ¡Estoy solo contra vosotros, fantasmas olímpicos! Soy semejante á vosotros, pero no soy vuestro igual, porque soy hombre y vosotros no sois más que dioses... Hacía ya tiempo que mi corazón aspiraba á emanciparse, y he aquí que ahora rompo vuestra alianza. Me río, en mi terror supersticioso, de vuestras profecías infantiles. Vivía como un esclavo y hubiera podido morir de la misma manera... Pero he

despertado; he comprendido que era más fuerte que los dioses porque, consagrado á la muerte, he triunfado de la muerte. No hacen falta víctimas, ni tristeza, ni miedo, ni oraciones. En adelante, en mi vida no habrá ni una sombra, ni un solo estremecimiento, nada, sino la eterna risa olímpica que os arrebató, ¡oh muertos! Nada, sino el fuego sagrado que os arrebató, ¡oh inmortales! Mi vida será como el azul sin nubes en el que vivisteis, y en él moriré ahora para ceder el puesto á los hombres-dioses... ¡Máximo, Máximo, tenías razón!... Su espíritu flota sobre mí.

Un augur de noventa años se acercó al emperador y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Más bajo, hijo mío, más bajo. Si has comprendido el misterio, regocíjate en silencio. No tientes á la multitud. Los que te escuchan no pueden comprenderte.

El murmullo de indignación aumentaba.

—Delira— dijo Hormizda á Dalagaif.—Hay que llevarle á su tienda, ó acabará esto mal.

Oribazy, con el ademán de un médico cariñoso, cogió á Juliano de la mano y comenzó á persuadirle dulcemente.

—Tienes que descansar, muy amado Augusto. Hace dos noches que no duermes. Existen peligrosas fiebres en este país. Ven á la tienda. El sol es perjudicial... La enfermedad puede ser grave.

El emperador le miró distraídamente.

—Espera, Oribazy; he olvidado algo... Sí, sí... Es lo principal. Escucha, no digas nunca: "Los dioses ya no existen,,", sino más bien: "Los dioses no existen todavía,,. No existen, pero existirán; no en las fábulas, sino en la tierra. Todos seremos dioses; solamente que para esto hace falta una gran audacia, como nadie la ha tenido todavía, ni siquiera el héroe de Macedonia.

La agitación del ejército se hacía peligrosa. Los murmullos y las exclamaciones se unían en un rugido de indignación. Nadie comprendía claramente, pero todos sentían que ocurría algo anormal.

Unos gritaban asustados:

—¡Sacrilegio!... ¡Volved á poner en pie el altar!... ¿Qué esperan los sacrificadores?

Otros respondían:

—Los sacrificadores han envenenado al César porque no escuchaba sus consejos. ¡Matad á los sacrificadores, porque si no, nos perderán.

Los galileos, aprovechando la ocasión, se mezclaban entre los

grupos con actitud humilde; reían y cuchicheaban entre sí, inventando chismes, y silbaban como serpientes:

—¿No le veis? Dios es quien le castiga. Los diablos se han apoderado de él y han perturbado su razón. He aquí por qué se rebela contra sus dioses, por qué reniega del Unico.

El emperador, como si despertase de un profundo sueño, paseó lentamente su mirada por la muchedumbre, y por fin preguntó á Oribazy con indiferencia:

—¿Qué hay? ¿Por qué gritan? ¿Qué ha sucedido? ¡Ah, sí!... el altar derribado...

Y contemplando con triste sonrisa los carbones apagados, añadió:

—¿Sabes, amigo mío, que no se puede ofender á las gentes sino con la verdad?... ¡Pobres criaturas!... Pues bien, que griten y que lloren: así se consolarán. Vamos, Oribazy, vamos á la sombra. Tienes razón: el sol debe ser perjudicial... me duelen los ojos, estoy fatigado...

El emperador se acercó á su pobre lecho duro, su cama de campaña, sobre la que cayó desplomado.

—Silencio, silencio... César está enfermo...—decían los jefes para calmar á los soldados.

Los guerreros callaron.

En el campamento romano reinó un silencio profundo, como en la alcoba de un agonizante.

Solamente los galileos, deslizándose como serpientes, murmuraban sin cansarse:

—Ya lo veis. ¡Dios le ha castigado!

XV

Oribazy levantó varias veces el portier de la tienda, ofreciendo al enfermo una bebida refrescante. Juliano se negó á tomarla y rogó que le dejasen tranquilo. Temía los rostros humanos, el ruido y la luz. Apretándose la cabeza con las manos, cerrados los ojos, trataba de no pensar en nada, de olvidar en dónde se encontraba y lo que sentía.

El sobrenatural esfuerzo de voluntad que había gastado en aquellos tres meses le había cambiado, dejándole débil y quebrantado, como después de una larga enfermedad. No se daba cuenta de si dormía ó estaba despierto. A veces, le parecía que se encontraba en la gran sala de Macelo. La vieja Labda le bendecía para que pasara bien la noche, y se oían los ronquidos de Mardonio.

Experimentaba una gran alegría al verse otra vez niño, desconocido de todos, alejado del mundo, perdido en las montañas de Capadocia.

Otra veces sentía el fino y fresco perfume de los jacintos, tiernamente besados por el sol de Marzo en el jardín del sacrificador Olimpiador; oía la argentina risa de Amarilis y el murmurio de la fuente, el ruido metálico del juego de Kottavos y el llamamiento de Diófana: "¡Hijos míos, las galletas de jengibre están cocidas,,.

Después desapareció todo...

.....
.....

Súbitamente despertado, se acordó de que estaba en el corazón de Persia, de que era emperador romano y que era responsable de sesenta mil legionarios; que ya no había dioses y que había derribado el altar de los sacrificios. Se estremeció. Un frío glacial sacudió su cuerpo. Le pareció que caía en el vacío y que no tenía nada donde agarrarse.

No podría decir si había pasado una hora ó un día en aquella somnolencia.

No ya en sueños, sino realmente, oyó que su fiel esclavo le decía asomándose á la tienda:

—César: temo incomodarte, pero no me atrevo á desobedecerte. Ordenaste que te previniesen sin retraso... El jefe Arifé acaba de llegar al campamento.

—¡Arifé!—exclamó Juliano incorporándose.—¡Que venga inmediatamente!

Arifé era uno de los más valerosos jefes, enviado con un destacamento para enterarse de si el ejército de socorro, compuesto de treinta mil hombres y mandado por los comicios Procopio y Sebastián, llegaba, como se le había ordenado, con las tropas del aliado Arzacio. Juliano esperaba desde hacía tiempo aquel socorro, del que dependía la suerte del ejército principal.

—Que venga... en seguida; ó si no, iré yo mismo...

Pero su debilidad no se había disipado aún, á pesar de su excitación. La cabeza le dió vueltas, cerró los ojos y tuvo que apoyarse en la pared de tela de la tienda para no caer al suelo.

—Dame vino, del fuerte, con agua fría.

El esclavo ejecutó rápidamente la orden y tendió la copa al emperador, que bebió lentamente y salió de la tienda. Era noche cerrada. A lo lejos, al otro lado del Eufrates, había estallado una tormenta y el viento aportaba la frescura y el olor de la lluvia. Por

medio de las nubes pasaban algunas estrellas, que temblaban como vacilantes luces. Del desierto llegaban los ladridos de los chacales.

Juliano descubrió su pecho, tendió su frente y se entregó á la caricia de la tempestad pasada.

Sonrió pensando en su momento de desfallecimiento. La debilidad había desaparecido; le volvían las fuerzas, tenía en tensión los nervios. Hubiera querido mandar, obrar, no dormir por la noche, combatir, jugar con la vida y con la muerte, vencer el peligro. De cuando en cuando, solamente sentía recorrerle el cuerpo un estremecimiento.

Se presentó Arifé.

Las noticias eran lamentables. Toda esperanza en la ayuda de Procopio y Sebastián estaba perdida. El emperador veíase abandonado en el centro de Asia. Hablábase de la traición de Arzacio.

En aquel momento anunciaron al emperador que un tráfuga del campo de Sapor deseaba hablarle.

Llegó el persa, se prosternó ante Juliano y besó el suelo.

Era un monstruo. Su cabeza afeitada, desfigurada por las torturas asiáticas, con las orejas cortadas, arrancadas las narices, parecía una calavera. Pero sus ojos brillaban, inteligentes y resueltos.

Vestía una rica túnica de seda de color escarlata y hablaba mal el griego. Le acompañaban dos esclavos.

El persa dijo que se llamaba Artabán, que era un sátrapa calumniado, desfigurado por las torturas y que venía á buscar á los romanos para vengarse del rey.

—¿Y qué esperas de mí?—le preguntó Juliano.

—¡La venganza! Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Al Norte, á través del desierto—trescientos veinticinco parasanges,—después á través de las montañas, al Este, directamente sobre Susa y Ecbatana...

El persa señaló el horizonte.

—¡Allí, allí!—repitió sin dejar de mirar á Juliano.

—César—murmuró Hormizda al oído del emperador,—¡ten cuidado!... Es hombre de mirada atravesada... Es un brujo... un bandido ó tal vez peor... A veces se cometen por la noche en estos parajes perversas acciones. Échale... No le escuches.

El emperador no dió oídos á las palabras de su consejero.

Experimentaba la extraña fascinación de los ojos suplicantes del persa.

—¿Conoces exactamente el camino que conduce á Ecbatana?

—¡Oh, sí, sí!—exclamó el persa con risa de satisfacción.—¿Cómo podría no conocerle?... Cada grano de arena en el desierto... cada pozo... Artabán sabe lo que cantan los pájaros, oye correr los manantiales subterráneos... Iré delante de tu ejército, olfateando el rastro, mostrando el camino... Créeme: dentro de veinte días toda la Persia te pertenecerá, hasta la India, hasta el Océano.

El corazón del emperador latía apresuradamente.

“¿Será éste el milagro que yo esperaba?—pensó.—¡Pertenerme Persia dentro de veinte días!”

Palpitaba de emoción.

—¡No me eches!—murmuraba el monstruo.—Me quedaré como un perro acostado á tus pies. En cuanto te he visto te he querido, señor universal, más que á mi alma, porque eres soberbio... Quiero que me golpees, que me pisotees, y lameré cantando el polvo de tus pies. ¡Gloria, gloria al hijo del Sol, al rey de Oriente y de Occidente, gloria á Juliano!

Besaba los pies del emperador, y los dos esclavos, prosternados también, repetían igualmente:

—¡Gloria, gloria, gloria!

—¿Qué hacer entonces de las naves?—pensó Juliano en alta voz.—¿Dejarlas desarmadas en manos del enemigo, ó conservarlas?

—¡Quemarlas!—murmuró el persa.

Juliano se estremeció y miró de un modo extraño al persa.

—¿Quemarlas? ¿Qué estás diciendo?

Artabán irguió la cabeza y miró de un modo intenso al emperador.

—¿Tienes miedo? ¡tú!... No, no; solamente los hombres tienen miedo, pero no los dioses. Quema las naves y quedarás libre como el viento; tus naves no caerán en poder del enemigo, y tu ejército se aumentará con los soldados tomados de la flota. ¡Sé grande y atrevido hasta el fin! Quémalas, y dentro de diez días te encontrarás bajo los muros de Ecbatana. Dentro de veinte días te pertenecerá Persia. Serás más grande que el hijo de Filipo, el vencedor de Darío... Pero... quema tus naves y sígueme... ¿No te atreves?

—¿Y si todo lo que dices no es más que mentira? ¿Y si leo en tu corazón que mientes?—exclamó el emperador cogiendo al persa con una mano por la garganta y amenazándole con la otra con el puñal.

Hormizda dió un suspiro de alivio.

Durante algunos instantes se miraron sin hablar. Artabán sostuvo la mirada del emperador, y Juliano experimentó de nuevo la fascinación de aquellos ojos inteligentes, audaces y serviles.

—¡Mátame con tu mano si no me crees!—dijo el persa.

Juliano le soltó y volvió el puñal á la vaina.

—Es terrible y dulce mirar á tus ojos—añadió el persa, sin apartar los suyos del emperador.—Tu rostro es el de un dios. Nadie lo sabe todavía; solamente yo sé quién eres... ¡No rechaces á tu esclavo, señor!

—Ya veremos—murmuró Juliano pensativo.—Hacía mucho tiempo que deseaba combatir con tu rey, en el desierto... pero las naves...

—¡Oh, sí, las naves!—murmuró Artabán.—Es preciso marchar lo antes posible... esta noche... para que los habitantes de Ktesifonte no puedan vernos... ¡Las quemarás!

Juliano no respondió.

—Llevadlos—dijo á los legionarios y señalando á los tránsfugas.—Vigiladlos estrechamente.

Al volver á su tienda Juliano se detuvo y alzó los ojos.

—¿Pero es de veras?—murmuró.—¿De un modo tan completo y tan pronto? Siento que mi voluntad es como la voluntad de los dioses. Apenas he pensado en ello, se realiza.

La alegría de su alma aumentaba; sonriendo, apoyó la mano en su corazón para contener sus violentos latidos. Sentía aún estremecimientos y tenía la cabeza pesada como si hubiese estado todo el día al sol.

Mandó llamar á su tienda al jefe Víctor, anciano que le era ciegamente adicto, y le confió el anillo de oro que llevaba el sello imperial.

—Vete á ver á los comandantes de la flota, los comicios Constantino y Luciliano—dijo lacónicamente el emperador.—Antes de amanecer deben quemar las naves, excepto las cinco mayores, cargadas de pan, y las doce pequeñas, que nos servirán de puentes volantes. Que se quemen todas las otras. El que se oponga á la orden responderá con su cabeza. Que se guarde el más absoluto secreto. Anda.

Le dió un pedazo de papiro, en el que escribió la orden lacónica á los comandantes de la flota.

Víctor, según su costumbre, no asombrándose de nada, besó el borde de la púrpura imperial y salió.

Juliano, á pesar de lo avanzado de la hora, convocó un consejo de guerra. Los jefes se reunieron en la tienda, sombríos, secretamente irritados y recelosos.

En pocas palabras Juliano les expuso su plan de ir al Norte, al

centro de Persia, hacia Susa y Ecbatana, para apoderarse de improviso del rey.

Todos protestaron, hablando á la vez, sin disimular que el proyecto de Juliano les parecía una verdadera locura. En los rostros austeros de los veteranos y prudentes guerreros se leían el cansancio, la falta de confianza y el despecho.

Varios replicaron con sequedad.

—¿Adónde vamos? ¿Qué más se necesita?—decía Salustio Segundo.—Reflexiona un poco, César: hemos conquistado la mitad de Persia. Sapor te ofrece condiciones de paz, como jamás las ofreciera un monarca de Asia á ningún conquistador romano: ni al gran Pompeyo, ni á Septimio Severo, ni á Trajano. Firmemos, pues, la paz, mientras que no sea demasiado tarde, y volvamos á nuestra patria.

—Los soldados murmuran—observó Dalagaif.—No los impulses á la desesperación. Están fatigados. Muchos se encuentran heridos ó enfermos. Si los llevas más lejos, á un desierto desconocido, no se puede responder de nada. ¡Ten compasión de ellos!... Y tú mismo, ¿no aspiras al reposo? Debes de estar fatigado más que todos nosotros...

—¡Volvámonos!—exclamaron los jefes.—Ir más lejos sería una locura.

En aquel momento repercutió al exterior un ruido sordo y amenazador, semejante al estrépito de la mar desencadenada.

Juliano prestó oído y comprendió en seguida: era la rebelión.

—Ya conocéis mi voluntad—dijo fríamente á los jefes, indicándoles la salida.—Es inquebrantable. Dentro de dos horas nos pondremos en marcha. Cuidad de que todo esté dispuesto.

—Muy amado Augusto—respondió Salustio con una calma llena de respeto,—no saldré sin decirte lo que debo. Has hablado con nosotros, los iguales, no en poder, pero sí en bravura, de una manera indigna de un romano discípulo de Sócrates y de Platón; nosotros no podemos perdonar tus palabras sino atribuyéndolas al enervamiento momentáneo que obscurece tu imperial cerebro.

—Pues bien—exclamó Juliano sarcástico y palideciendo de cólera,—tanto peor para vosotros, amigos míos. En tal caso os encontraréis en manos de un loco. Acabo de dar la orden de quemar las naves, y mis órdenes se ejecutan en este instante. Preveía vuestra cordura y os he cortado el camino de la retirada. Ahora, vuestra vida está en mis manos y os forzaré á creer en el milagro.

Todos quedaron sobrecogidos; solamente Salustio se lanzó hacia Juliano y, cogiéndole las manos, dijo:

E. M.—*Noviembre 1904.*

—¡Es imposible, César!... no has podido... verdaderamente...
No acabó la frase y soltó las manos del emperador.
Todos pusiéronse á escuchar.

Los gritos de los legionarios redoblaban; el ruido de la rebelión se acercaba como una tempestad que volase por encima de los árboles de un enorme bosque.

—¿Qué gritan?—exclamó Juliano muy tranquilo.—¡Pobres criaturas! ¿Adónde quieren ir sin mí? He aquí por qué he quemado las naves, última esperanza de los cobardes y de los débiles. No hay regreso posible, á menos de un milagro. Ahora, vuestra suerte está ligada á la mía en vida y muerte. Dentro de veinte días el Asia será nuestra... os he rodeado de terror para que venciéseis todo y fuésteis semejantes á mí... ¡Alegraos! os llevaré, como Dionisio, al través del mundo, y seréis los amos de los hombres y de los dioses... Seréis dioses vosotros mismos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, resonó en todo el ejército un grito de infinita desesperación:

—¡Están ardiendo... están ardiendo!

Los jefes se precipitaron fuera de la tienda, seguidos de Juliano. Vieron el resplandor del incendio. Víctor había transmitido textualmente las órdenes del emperador. La flota estaba rodeada de llamas, y el emperador contemplaba el espectáculo con muda y extraña sonrisa.

—¡César!... ¡que los dioses nos protejan!... ¡Se ha fugado!...

Diciendo estas palabras, un centurión cayó á los pies de Juliano, pálido y temblando.

—¿Qué? ¿qué dices?

—¡Artabán... Artabán!... ¡Desgraciados de nosotros!... ¡Te ha engañado, César!

—¡Es imposible!... ¿Y los esclavos?—balbuceó aterrado el emperador.

—Acaban de confesar entre torturas que Artabán no era un sátrapa, sino un recaudador de contribuciones en Ktesifonte. Inventó la astucia para salvar la ciudad y arrastrarte al desierto para entregarte á los persas. Sabía que quemarías las naves. Han dicho también que Sapor avanza á la cabeza de un formidable ejército.

El emperador corrió á la orilla, al encuentro de Víctor.

—¡Apagad... apagad pronto el fuego!

Pero su voz desfalleció. Al mirar la flota ardiendo, comprendió Juliano que ninguna fuerza humana podría dominar las llamas, avivadas por un viento violentísimo.

Se cogió la cabeza con las manos y, aunque ya no tuviese fe ni oraciones en su corazón, alzó los ojos al cielo como en demanda de socorro.

Las estrellas brillaban débilmente en la altura.

—¡Los persas han incendiado las naves!—gemían unos, tendiendo los brazos hacia su última esperanza.

—¡No!; han sido los jefes, para llevarnos al desierto y abandonarnos—divagaban otros.

—¡Matad á los sacrificadores!—rugían algunos.—Los sacrificadores han envenenado al César y le han arrebatado la razón.

—¡Gloria á Augusto Juliano vencedor!—exclamaban los fieles galos y celtas.—¡Callaos, traidores! Mientras César viva no tenemos nada que temer.

Los cobardes lloraban.

—¡La patria, la patria! No iremos más lejos. No daremos un paso más. ¡Matadnos antes!

—¡No volveremos á ver el país natal! Estamos perdidos. Los persas nos han cogido en un lazo.

—¿Pero no veis?—gritaban triunfantes los galileos.—Los demonios se han apoderado de él. El impío Juliano ha vendido su alma, y le arrastran al abismo. ¿Adónde puede conducirnos un loco poseído por los demonios?

Y, mientras tanto, Juliano, sin ver ni oír nada, como en un sueño, murmuraba con sonrisa impotente y distraída:

—¡Qué importa!... ¡Se realizará el milagro!... Si no es ahora, será más adelante... ¡Creo en el milagro!

XVI

Era la primera noche de la retirada. El ejército se había negado á ir más lejos. En vano el emperador formuló ruegos y amenazas. Los celtas, los romanos, los paganos, los cristianos, los bravos y los cobardes, todos le respondieron con un solo grito:

—¡Volvámonos á la patria!

Los jefes se felicitaban en secreto: los augures etruscos triunfaban abiertamente.

Tras el incendio de las naves todos se habían sublevado.

Ya no solamente los galileos, sino también los paganos estaban persuadidos de que pesaba una maldición sobre la cabeza del emperador, que las Euménides le perseguían.

Cuando atravesaba el campamento, las conversaciones cesaban, todos se apartaban de él medrosamente.

Los libros sibilinos y el Apocalipsis, los augures etruscos, las perspicacias cristianas, los dioses y los ángeles, todos se unían para perder al enemigo común.

Entonces el emperador declaró que los conduciría á la patria, á través de la provincia de Corduana y el fértil Heliocom.

Con arreglo á este plan de retirada, se conservaba la esperanza de reunirse con las tropas de Procopio y Sebastián. Juliano se consolaba pensando que no abandonaba Persia todavía, que aún podía encontrar al ejército de Sapor, presentarle la batalla y obtener una victoria que lo arreglase todo.

Los persas no se mostraban. Queriendo antes del ataque decisivo debilitar al ejército romano, habían incendiado los ricos campos cultivados, los depósitos y los graneros rurales.

Los soldados de Juliano marchaban por un desierto muerto, humeante aún á consecuencia del incendio. Comenzaba la escasez.

Para aumentar el desastre, los persas destruyeron los diques de los canales y anegaron los abrasados campos. Fueron ayudados en tal tarea por los arroyos y torrentes, que se salían de madre por la fusión de las nieves de los montes de Armenia.

El agua se secaba rápidamente bajo los ardientes rayos del sol de Junio. Sobre la tierra, caliente todavía, permanecían lugares fangosos. Por la noche, de los carbones mojados se desprendían asfixiantes vapores; el olor acre de los escombros podridos se impregnaba en todo, en el aire, en el agua, en los trajes y hasta en los alimentos de los soldados.

De las marismas putrefactas se elevaban miles de insectos, muchos de ellos venenosos. Formaban verdaderas nubes sobre las bestias de carga; se pegaban á la húmeda piel de los legionarios. Noche y día se escuchaba un zumbido adormecedor. Los caballos se encabritaban; los bueyes rompían el yugo, derribando las carretas.

Después de los pasos difíciles, los soldados no podían esperar descanso. Hasta bajo las tiendas no se encontraba refugio contra los insectos, que se introducían por las junturas. Era preciso envolverse la cabeza en una manta, que ahogaba, para lograr dormir.

Las mordeduras de ciertas moscas pequeñas, transparentes, de color de estiércol, producían hinchazones que picaban mucho al principio, enconándose después y convirtiéndose por último en horribles llagas purulentas.

Los últimos días no se mostró el sol. El cielo, bajo, denso, abru-

mador, parecía cubierto de un velo uniformemente blanco de nubes pesadas, cuya inmovilidad era aún más penosa para la vista que el sol.

Caminaban así, enflaquecidos, débiles, con paso vacilante, entre el implacable cielo y la tierra negra, abrasada.

El emperador ordenó que se distribuyeran entre los soldados hambrientos las últimas provisiones que guardaba para él y sus allegados. Merced á una extrema continencia, sentía continuamente una excitación inquieta y, al mismo tiempo, una ligereza de cuerpo como si tuviese alas.

Aquella noche los soldados descansaban: el viento del Norte había echado á los insectos. El aceite, la harina, el vino, últimas provisiones del emperador, habían calmado el hambre. Renacía la esperanza del regreso. El campamento quedó en silencio. Juliano entró en su tienda.

Por entonces ya no dormía, ó dormía muy poco, y solamente hacia el amanecer. Si por casualidad se dormía profundamente, despertaba aterrado; gotas de sudor frío le corrían por la frente. Tenía necesidad de sentirse en posesión de todo su conocimiento para ahogar el enojo que roía su alma.

Al entrar en su tienda encendió luz y se dispuso á seguir escribiendo su obra favorita: *Contra los cristianos*. De repente oyó un ligero ruido. Se volvió y se puso en pie. Le pareció ver un fantasma; en el umbral estaba un adolescente vestido con una pobre túnica de piel de camello.

El emperador le miraba sobrecogido.

—¿Te acuerdas, Juliano—le dijo una voz conocida,—te acuerdas de que viniste una vez á verme al monasterio? Te rechacé entonces; pero no he podido olvidarte, porque ambos somos singularmente parecidos...

El adolescente se quitó la negra capucha de su túnica; Juliano vió unos cabellos dorados, y reconoció á Arsinoe.

—¿De dónde vienes? ¿Por qué has venido? ¿Por qué estás vestida así?

Seguía temiendo que fuese un fantasma y desapareciese tan inopinadamente como se había presentado. Arsinoe, en pocas palabras, le contó lo que había sido de ella desde su separación.

Habiendo dejado á su tutor Hortensio y dado la mayor parte de su fortuna á los pobres, vivió mucho tiempo con los anacoretas, al Sur del lago Marcótida, entre las montañas estériles del Líbano, en los terribles desiertos de Netris y de Sketis. La acompañó el joven

Juventino, discípulo del anciano Didimo. Frecuentaron el trato de los ascetas.

—¿Y has encontrado en ellos lo que buscabas?—pregunto Juliano. Ella movió la cabeza, y dijo tristemente:

—No. Rastros de luz, alucinaciones, presagios, lo que en otras partes.

—Dilo, dilo todo—exclamó el emperador, cuyos ojos brillaban de esperanza y de reconocimiento.

—Mira, amigo mío—replicó ella.—Yo buscaba la libertad del alma; pero el alma no existe en esos lugares.

—¿Verdad que no?—exclamó triunfante Juliano.—Ya te lo dije, Arsinoe. Dime por qué has dejado á esos desdichados.

—Porque tuve una tentación. Una vez, en el desierto, entre las piedras, encontré un trozo de brillante mármol. Lo recogí, admiré su brillo durante un gran rato, y de repente me acordé de Atenas, de mi juventud, de mi arte, de ti. Desperté, y decidí volver al mundo, á seguir siendo lo que Dios me creó: artista. Por entonces el anciano Didimo tuvo un sueño, en el que yo te reconciliaba con el Galileo...

—¡Con el Galileo!...

—Sí. La curiosidad me impulsó hacia ti. Quise saber si habías alcanzado la verdad en tu camino y adónde habías llegado. Me puse el hábito de fraile. Juventino y yo descendimos el Nilo hasta Alejandría; después un barco nos condujo á Antioquía. Tras mil peligros hemos atravesado los desiertos de la Mesopotamia, abandonada por los persas. Y ahora aquí me tienes... ¿Y tú, Juliano?

—Y ahora, ¿le detestas tú también?—preguntó á su vez el emperador.

—No; ¿por qué?—respondió ella sencillamente.—¿Por qué detestarle? ¿No se parece lo que decían los sabios de la Hélada á lo que predicaba el Galileo? Los que, en el desierto, martirizan su cuerpo y su alma, están lejos del humilde hijo de María. Él amaba á los niños, gustaba de la libertad, de la alegría y de los soberbios lirios blancos. Amaba la belleza, Juliano... Nos hemos alejado de Él y nos hemos embrollado y ensombrecido. Todos te llaman el Renegado... pero ellos también son renegados...

—No hables así—dijo el emperador.—Deja lo que ha sido... No seas de nuevo mi enemiga.

—No; debo decirlo todo—replicó Arsinoe.—Escucha... Yo sé que tú le amas... Cállate; así es, y esa es tu maldición. ¿Contra quién te has rebelado? ¿Qué enemigo eres tú para Él? Cuando tus labios mal-

dicen al Crucificado, tu corazón suspira por Él. Cuando luchas contra su nombre, te hallas más cerca de Él, más cerca de su espíritu, que los que repiten con labios muertos: ¡Señor, Señor!... Estos son tus enemigos, y no Él. ¿Por qué te torturas más que los frailes galileos?

El emperador se irguió pálido como un muerto. Su rostro se descompuso, y en sus ojos brilló el antiguo odio. Exclamó con ironía dolorosa:

—¡Vete!... ¡Lejos de mí!... Conozco las astucias galileas.

Arsinoe le miraba con espanto y desesperación, como un loco.

—¡Juliano! ¿qué tienes? ¿Es posible que un nombre...?

Pero él se había ya dominado.

El brillo de sus ojos se extinguió; el rostro se tornó indiferente, casi despectivo. El emperador romano hablaba á una galilea.

—Marcha, Arsinoe. Olvida cuanto te he dicho. Era un minuto de debilidad, que ha pasado. Estoy tranquilo. Ya ves que continuamos siendo dos extraños. La sombra del Crucificado está siempre entre nosotros. Tú no le has renegado. Quien no es su enemigo, no puede ser mi amigo...

Ella cayó de rodillas ante él.

—¿Por qué, por qué? ¿Qué hacer? Ten piedad de ti antes de que sea tarde. Es una locura. Vuelve en ti, ó...

—O pereceré; ¿es eso lo que quieres decir, Arsinoe? Sea. Seguiré mi camino hasta el fin, adonde me conduzca...

La joven seguía tendiendo hacia él sus manos, como un amigo hacia su amigo muerto. Pero entre ellos había un abismo que los vivos no franquean.

.....!.....

Hacia el 20 de Julio, el ejército romano, tras un largo trayecto al través de las abrasadas llanuras, encontró en el profundo valle del río Dierus un poco de hierba escapada al incendio.

Al lado se encontraba un campo de trigo maduro. Los guerreros recogieron pan. Descansaron tres días en aquel valle.

Los legionarios, indeciblemente contentos, se tumbaban, respirando la humedad perfumada de la tierra y apretando los frescos tallos de las altas hierbas contra sus rostros polvorientos.

En la mañana del cuarto día, los centinelas colocados en las colinas circundantes observaron una nube de humo ó de polvo.

El emperador mandó tocar llamada. El ejército se preparó á la defensiva. La nube de humo ó de polvo permaneció en el horizonte

hasta la noche, sin que nadie hubiese podido adivinar lo que tras ella se ocultaba.

La noche era oscura y serena.

Los romanos no dormían. Manteníanse alerta, y esperaban con muda inquietud el amanecer.

XVII

Al amanecer vieron á los persas. El enemigo avanzaba lentamente. Los guerreros experimentados calculaban su número en cerca de doscientos mil. Los romanos, silenciosos, se dispusieron en orden de batalla. Los rostros expresaban seriedad, pero no tristeza.

El peligro acallaba el odio: todas las miradas estaban fijas en el emperador. Galileos y paganos trataban de adivinar en el rostro de aquél si podían tener esperanza.

En aquel instante Juliano irradiaba de alegría. Esperaba el encuentro con los persas como un milagro, sabiendo que la victoria le daría una tal fama y una tal fuerza que los galileos no podrían resistirle.

Estaba arrogante como un antiguo héroe de la Hólada. El peligro le inmaterializaba; en sus ojos brillaba un fuego terrible y alegre.

La mañana caliginosa del 22 de Julio anunciaba un día tórrido.

El emperador no quiso endosarse la coraza y permaneció vestido con una ligera túnica de seda. El jefe Víctor se acercó á él, con una cota de malla, y le dijo:

—César, he tenido un mal sueño. No tientes á la suerte. Ponte la armadura.

Juliano, silencioso, le rechazó con la mano.

El viejo cayó de rodillas.

—¡Póntela!... Ten compasión de tu esclavo... La batalla será peligrosa.

Juliano empuñó las armas, se echó sobre los hombros la púrpura flotante de su clámide, y montando á caballo, dijo:

—Déjame. No tengo necesidad de nada.

Partió: su casco beocio con cimera de oro resplandecía al sol, mientras que Víctor, inquieto, le seguía tristemente con los ojos.

Los persas se acercaban. Había que darse prisa.

Juliano dispuso al ejército en forma de media luna. El enorme

semicírculo debía hundir sus dos puntas en la masa persa y encerrarla por dos lados. El ala derecha estaba mandada por Dalagaif; la izquierda, por Hormizda; Juliano y Víctor ocupaban el centro. Las trompas sonaron.

La caballería romana no soportó el primer choque de los elefantes persas. Estos se precipitaban sobre las filas, y con sus colmillos abrían los vientres de los caballos, y con sus trompas enlazaban á los jinetes y los estrellaban contra el suelo.

Una cohorte había emprendido ya la fuga; estaba formada de cristianos. Juliano se lanzó en su persecución; abofeteó al primer decurión y gritó furioso:

—¡Cobardes! ¿No sabéis más que rezar?

Los ligeros arqueros de Tracia y los honderos paflagonios avanzaron contra los elefantes. Tras ellos marchaban los hábiles ilirios, lanzadores de dardos, los marciobárbulos. Juliano dió la orden de dirigir á las piernas de los elefantes las flechas, las piedras y los dardos.

Prodújose una gran confusión entre los paquidermos. Heridos en las piernas, caían, y pronto no hubo más que una montaña de masas grises. Por último, los elefantes comenzaron á huir, arrojándose sobre los persas y aplastándoles. Este peligro estaba ya previsto en la táctica de los bárbaros; pues en seguida los conductores de los elefantes empezaron á herir á los monstruos entre las dos vértebras de la espina dorsal más próximas al cráneo. Bastaba un solo golpe para dejar seco al mayor y más fuerte de los paquidermos. Las cohortes de los marciobárbulos se precipitaron hacia adelante, pasando sobre los heridos, persiguiendo á los fugitivos.

En aquel momento, Juliano corría en socorro del ala izquierda. Por aquel lado avanzaban los klibanarios persas, destacamento de afamados jinetes, unidos entre sí por una fuerte cadena, cubiertos de la cabeza á los pies por escamas metálicas, invulnerables, casi inmortales en el combate, semejantes á estatuas de bronce. No se podía herirlos sino á través de las estrechas aberturas dejadas para la boca y los ojos.

Contra los klibanarios dirigió Juliano las cohortes de sus antiguos y fieles amigos los batavios y los celtas. Morían por una sonrisa de César, mirándole con ojos infantiles y entusiastas.

El ala derecha de los romanos era la más castigada. Al fin de la jornada, los klibanarios flaquearon; las armaduras, caldeadas, les quemaban. Juliano dirigió contra ellos todas sus fuerzas: la confusión entró en sus filas. De los labios del emperador se escapó un

grito de triunfo. Se lanzó adelante persiguiendo á los que huían, sin percatarse de lo distanciado que estaba del ejército. Algunos guerreros acompañaban á César, entre los que figuraba el veterano jefe Víctor. Éste, herido en una mano, no lo sentía; no abandonaba un instante al emperador, y le preservaba de los golpes mortales protegiéndole con su escudo. Sabía que es tan peligroso acercarse á un ejército que huye, como á un edificio que amenaza ruina.

—¿Qué haces, César?—gritaba.—¡Ten cuidado! Ponte una cota de mallas.

Juliano, sin escucharle, seguía avanzando, con el pecho descubierto, como si, solo, sin ejército, con su rostro y su gesto terribles, pusiera en fuga á sus innumerables enemigos. Una alegre sonrisa se dibujaba en sus labios; á través de una nube de polvo levantada por el galope furioso del caballo, brillaba el casco beocio, y los pliegues de la clámide, flotando á merced del viento, parecían dos gigantescas alas de púrpura, que llevaban al emperador adelante, siempre adelante.

Ante él huía un destacamento de sarracenos. Uno de los jinetes se volvió, reconoció á Juliano por sus vestiduras y le señaló á sus compañeros, lanzando un grito gutural semejante al de un águila.

—¡Malek, malek!... ¡El rey, el rey!...

Todos se volvieron, y sin detener sus corceles saltaron sobre sus sillas, levantando las lanzas.

El emperador vió un rostro bronceado de bandido. Era casi un niño. Corría hacia él sobre un dromedario de Bactriana. Víctor paró dos lanzas sarracenas dirigidas contra el emperador.

Entonces el adolescente desde su camello apuntó, y su mirada rapaz brilló, mientras que mostrando sus blancos dientes gritaba alegremente:

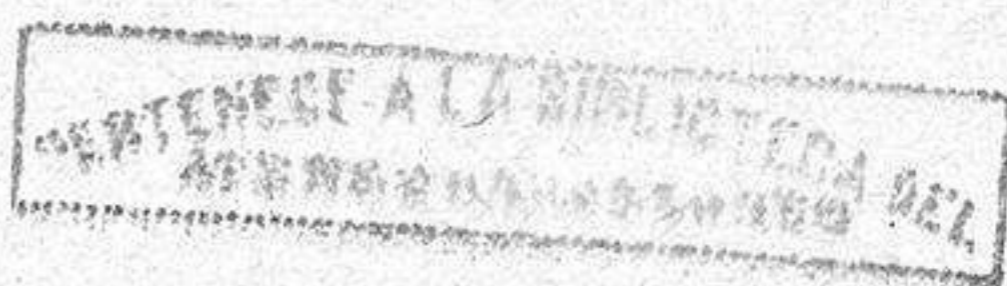
—¡Malek... malek!

—¡Qué feliz es!—pensó Juliano.—Y yo todavía...

No tuvo tiempo de acabar su pensamiento: la lanza silbó, alcanzó su mano derecha, de la que levantó la epidermis, se deslizó á lo largo de sus costillas y fué á clavarse por debajo del hígado. Juliano creyó la herida ligera; cogió la punta de doble filo para arrancarla, y se cortó los dedos. Brotó la sangre. Juliano lanzó un grito, echó la cabeza hacia atrás, fijó sus ojos muy abiertos en el azul del firmamento, y cayó del caballo en brazos de sus acompañantes.

Víctor le sostenía con tierna veneración; sus labios temblaban; contemplanaba con dolorosa mirada los ojos cerrados del soberano.

XVIII



El emperador fué transportado á su tienda y acostado en su cama de campaña. No recobraba el conocimiento, y se quejaba de cuando en cuando. El doctor Oribazy retiró el hierro de la lanza de la profunda herida, que lavó y curó. Víctor, con una mirada, le preguntó si quedaba alguna esperanza; Oribazy meneó tristemente la cabeza. Terminada la cura, Juliano suspiró y abrió los ojos.

—¿En dónde estoy? — preguntó sorprendido y mirando á su alrededor.

Después oyó el ruido lejano de la batalla; se acordó de todo, y haciendo un esfuerzo se incorporó en el lecho.

—¿Por qué me han traído aquí? ¿En dónde está mi caballo? ¡Pronto, Víctor!

Súbitamente, su rostro se descompuso por el dolor. Todos se precipitaron para sostenerle. Rechazó á Víctor y Oribazy.

—Dejadme... Mi puesto está entre ellos hasta el fin.

Su alma luchaba con la muerte. Lentamente se levantó; una pálida sonrisa vagaba por sus labios, y sus ojos ardían.

—Ya veis... Todavía puedo... ¡Pronto!... mi espada, mi escudo, mi caballo...

Víctor le tendió el escudo y la espada. Juliano los tomó, y vacilando como un niño que no sabe todavía andar, dió algunos pasos.

La herida volvió á abrirse; dejó caer las armas, y cayó en brazos de Oribazy y de Víctor; alzando los ojos, exclamó con tranquilo desprecio:

—¡Todo ha terminado!... ¡Venciste, Galileo!

Y, sin resistir más, se entregó á los que le atendían. Volvieron á acostarle.

—Sí, amigos míos—repitió dulcemente.—Me muero.

Oribazy se inclinó hacia él, consolándole, asegurándole que curaría de la herida.

—No me engañes — replicó Juliano. — ¿Para qué? No tengo miedo...

Después añadió solemnemente:

—Moriré con la muerte de los grandes.

Por la tarde perdió el conocimiento.

Las horas se sucedían á las horas.

Se puso el sol. Terminó el combate. Se encendió una lámpara en la tienda. La noche descendía lentamente.

Juliano no volvía en sí; la respiración se debilitó: se creyó que agonizaba. Por fin, sus ojos se abrieron poco á poco, y su mirada inmóvil se fijó en un ángulo de la tienda. De sus labios se escapaba un rápido murmullo. Deliraba:

—¿Tú aquí? ¿Para qué?... ¡Qué importa! todo ha concluído. ¿No lo ves?... ¡Vete! Detestaba la risa. He aquí lo que no te perdonamos.

Después recobró el sentido, y preguntó á Oribazy:

—¿Qué hora es? ¿Volveré á ver el sol?

Y, pensativo, añadió:

—¿Es posible, Oribazy, que la razón sea tan impotente? Sé que esto es una debilidad del cuerpo... La sangre, llenando el cerebro, crea visiones... Hay que vencer... Es preciso que la razón...

Las ideas se embrollaban de nuevo, la mirada recobraba su inmovilidad.

—¡No quiero! ¿Lo oyes?... Vete, tentador... No creo... Sócrates murió como un dios... Es preciso que la razón... ¡Víctor!... ¿Qué esperas de mí, implacable?... Tu amor es más terrible que la muerte... Tu carga es la carga más pesada... ¿Por qué miras así? ¡Cuánto te amé, Buen Pastor!... ¡A ti solo! ¡No, no! Los pies traspasados... ¡La sangre!... La muerte de la Hélada... la obscuridad... Yo quiero el sol, el sol dorado... sobre el mármol del Partenón... ¿Por qué habías tú de velar el sol?...

Era la una de la mañana.

Las legiones habían vuelto al campamento: la victoria no las alegraba. A pesar del cansancio, casi nadie dormía. Se esperaban noticias de la tienda imperial. Muchos, en pie, al lado de las hogueras medio apagadas, dormitaban apoyados en sus lanzas.

A la entrada de la tienda de Juliano se agolpaban los familiares, los jefes, los amigos. Parecían fantasmas en los medios tintes del crepúsculo.

Mayor silencio reinaba aún en la tienda. El doctor Oribazy pulverizaba en un mortero unas plantas medicinales para hacer una bebida refrescante. El enfermo estaba tranquilo; el delirio había desaparecido. Al amanecer recobró el sentido, y preguntó con impaciencia:

—¿Ha salido ya el sol?

—Dentro de una hora—contestó Oribazy, consultando el clepsidra.

—Llamad á los jefes—ordenó Juliano.—Debo hablar...

—Muy amado César—observó el sabio,—tal vez eso te perjudicaría...

—¡Qué importa! No moriré antes de que salga el sol. Víctor, abre la tienda.

Le contaron la victoria alcanzada sobre los persas, la fuga del jefe de la caballería enemiga y de los dos hijos del rey Sapor, la muerte de cincuenta sátrapas.

Juliano ni se asombró ni se alegró. Permaneció indiferente.

Dalagaif, Hormizda, Arifé, Luciliano y Salustio entraron, precedidos por el comicio Joviano. Muchos, haciendo cálculos para el porvenir, expresaban el deseo de ver en el trono á aquel joven débil y temeroso. Esperaban descansar bajo su reinado de las zozobras del tumultuoso reinado de Juliano. Joviano poseía el arte de agradar á todo el mundo.

Entre los familiares se encontraba también el joven centurión de las caballerizas imperiales, el futuro célebre historiador Amiano Marcelino. Todos sabían que escribía las memorias de la campaña y amontonaba documentos para una gran obra histórica.

La claridad del día penetró en la tienda.

Todo el mundo permanecía silencioso.

—Escuchad, amigos míos—comenzó á decir Juliano.

Hablaba en voz baja, pero con claridad. Todo su sér respiraba el triunfo de la razón; en sus ojos brillaba una invencible voluntad.

—Escuchad: mi hora ha llegado, tal vez demasiado pronto; pero ya veis, me alegro, como un fiel deudor, al devolver mi vida á la naturaleza, y no hay en mi alma ni pena ni espanto: no hay en ella más que una tranquila alegría, el presentimiento del eterno reposo... He cumplido con mi deber, y al recordar el pasado no me acuerdo de nada. Si no he realizado todo lo que deseaba, no olvidéis que las cosas terrestres se encuentran todas bajo la dependencia del destino. Ahora doy gracias al Eterno por haberme permitido morir, no de una larga enfermedad ni á manos del verdugo, sino en el campo de batalla, en plena juventud, en medio de empresas no terminadas... Contad á mis amigos y á mis enemigos cómo mueren los helenos: sostenidos por la divina sabiduría...

Calló. Todos se pusieron de rodillas. Muchos lloraban.

—¿Qué tenéis, mis pobres amigos?—preguntó Juliano, sonriendo.

—No está bien el que lloren los que regresan á su patria. Consuélate, Víctor.

El veterano quiso responder, y no pudo: ocultándose el rostro entre las manos, sollozó con mayor fuerza.

Lució el primer rayo de sol. El moribundo volvió hacia él su rostro.

Entonces Salustio se acercó á Juliano, y besándole la mano, dijo:

—Muy amado Augusto, ¿á quién designas para sucederte?

—¡Qué importa! La suerte decidirá. Que los galileos triunfen. Nosotros venceremos más adelante. Se establecerá en la tierra el reinado de los iguales de los dioses, riendo eternamente como el sol...

Un débil estremecimiento sacudió su cuerpo. Juliano tendió los brazos, como si hubiera querido lanzarse al encuentro del sol levante. Una sangre negra brotó de su herida. Las venas de las sienes y del cuello se hincharon.

—¡Agua..., agua!—murmuró con voz apagada.

Víctor le acercó á los labios una copa de oro llena hasta los bordes de agua azucarada. Juliano miraba el sol y bebía con avidez el agua transparente y fría como el hielo.

Después inclinó la cabeza; de los labios entreabiertos brotó el último suspiro, el último murmullo:

—¡Alegraos!... La muerte... es el sol... ¡Oh Helios!... recíbeme... Soy como tú...

La mirada se apagó; Víctor cerró los ojos de Juliano. El rostro del emperador, entre los rayos del sol, parecía el de un dios olímpico dormido.

.....

XIX

Tres meses habían transcurrido desde el vergonzoso tratado de paz, firmado por Joviano, con los persas.

Á principios de Octubre, el ejército romano, agotado por el hambre y las marchas forzadas, llegó por fin á Antioquía.

Durante aquel triste regreso, el centurión de las caballerizas imperiales, Anatolio, trabó amistad con el joven historiador Amiano Marcelino. Los dos amigos habían decidido ir á Italia, á una casa solitaria de Bay, á la que les invitaba Arsinoe, para descansar de las fatigas de la campaña y curar de sus heridas en las aguas sulfurosas.

De paso se habían detenido algunos días en Antioquía, en donde se preparaban soberbias fiestas en honor del advenimiento al trono de Joviano, y del regreso del ejército. La paz estipulada con el rey Sapor era deshonrosa para el Imperio: cinco ricas provincias roma-

nas de á orillas del Tigris, entre otras la Carduana y la Regimenes; quince fortalezas fronterizas, la ciudad de Singar, Castra Manrorum y la invencible Nazib; todo esto pasaba á manos de Sapor.

Pero los galileos pensaban poco en la derrota de Roma. Cuando llegó á Antioquía la noticia de la muerte de Juliano, los ciudadanos, temerosos, creyeron al principio que se trataba de una nueva astucia satánica, una nueva red echada para capturar á los justos. Pero cuando se confirmó la noticia, su alegría rayó en delirio.

Desde por la mañana temprano, el rumor de la fiesta, los gritos del pueblo, penetraron en el cuarto de Anatolio. Había decidido no salir en todo el día de casa. La alegría del populacho le repugnaba. Trató de dormir; pero no pudo, presa de una extraña curiosidad. Sin decir nada á Amiano, se vistió de prisa y salió á la calle. Era una fresca mañana de primavera.

Grandes nubes redondas se destacaban sobre el fondo del cielo, de un azul intenso; se fundían con los innumerables pórticos y columnatas de mármol de Antioquía. En el foro y en los mercados manaban fuentes. En la perspectiva soleada y polvorienta de las calles se veían las anchas corrientes de agua, de las canalizaciones de la ciudad, entrecruzarse como hilos de cristal.

Las palomas picoteaban granos de cebada.

De las puertas de las iglesias, abiertas de par en par, salían perfumes de flores y de incienso. Algunas jóvenes rociaban con el agua de las fuentes rosas pálidas de Octubre, y, cantando alegres salmos, enguirnaldaban las columnas de las basílicas cristianas.

Una multitud alegre llenaba las calles; carros y literas avanzaban lentamente por medio de la calzada. Á cada momento repercutían los gritos de:

—¡Gloria á Joviano Augusto! ¡El grande, el bienaventurado!

Algunos añadían "el vencedor"; pero sin gran convicción, pues la palabra *vencedor* se acercaba mucho á la ironía.

El mismo mozuelo que en una ocasión dibujaba en las fachadas la caricatura de Juliano, aplaudía ahora, silbaba, se revolcaba por el polvo y gritaba:

—¡Ha perecido! Ha perecido el jabalí salvaje, el devastador del jardín celeste.

Repetía estas palabras que había oído, y le parecían tanto más ofensivas cuanto que no comprendía su significación.

Una vieja decrepita, harapienta, que estaba en un rincón sucio y húmedo, tomaba parte en la fiesta. Blandía un palo y vociferaba con voz cascada:

—¡Ha perecido Juliano! ¡Ha perecido el miserable!

Una infinita tristeza llenaba el corazón de Anatolio; pero continuaba andando, arrastrado por la curiosidad. Siguiendo el Serigon, se acercó á la catedral. Allí vió al dignatario Marco Avienio, que salía de la basílica.

—¿Qué es esto?—exclamó asombrado Anatolio.—¿Cómo se encuentra aquí este enemigo de los galileos?

Junio Mavrico, otro amigo de Anatolio, se acercó á Avienio.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó examinando con sorpresa burlona la nueva vestidura cristiana del dignatario.

Llevaba éste la clámide violeta bordada con cruces de oro.

—¿Por qué no te has quedado hasta el final de la fiesta?—añadió.

—Palpitaciones. Me ahogo. La falta de costumbre—replicó Avienio.—El nuevo predicador tiene un estilo extraordinario. Sus hipérbolos sacuden demasiado mis nervios... Es un estilo como si se arañase el cristal con un hierro.

—Verdaderamente es curioso—exclamó alegremente Mavrico; y al ver bajar de una litera al grueso Garguilio, añadió:

—¡Milagro! ¡También Garguilio acude á la iglesia!

—Que Cristo te perdone, hijo mío—dijo el cuestor, imperturbable.

—Lo cierto es—replicó Mavrico—que no hay más que conversiones y transformaciones... Mirad... ¡Hekébolis! el gran sacrificador de Astartea! ¡El hierofante arrepentido también!... ¡Oh! todo esto es delicioso...

Anatolio, sin que le viesen sus amigos, entró en la iglesia. Quería oír al joven y célebre predicador Teodorito.

El sol temblaba sobre las nubes de incienso; uno de los rayos caía sobre la barba roja del predicador. Las enflaquecidas manos de éste eran transparentes como la cera; sus ojos brillaban con expresión de triunfo; su voz tronaba, sacudiendo á la multitud, llenando la iglesia, y se elevaba al cielo en un grito vengador.

—Yo quiero—decía—poner en la picota, para ejemplo de las generaciones futuras, la historia del miserable apóstata Juliano. Que todos los siglos y todos los pueblos lean mi inscripción y tiemblen ante la justicia del Señor... ¡Ven, ven aquí, verdugo, serpiente de sabiduría! Hoy te injuriamos; unidos todos, hermanos, regocijémonos, toquemos los tímpanos y cantemos el cántico de Miriam sobre la destrucción de los egipcios en el mar Rojo. Que el desierto se regocije, así como la Iglesia. ¡Mirad! Me embriago de alegría... ¿En dónde están tus víctimas, tus ceremonias, tus misterios, emperador? ¿En dónde están tus invocaciones y adivinaciones? ¿En dónde está la

gloria de Babilonia? ¿Y los medos y los persas? ¿En dónde están los dioses que te acompañaban, tus defensores, Juliano? ¡Todo ha desaparecido, todo te ha engañado, todo se ha desvanecido!...

—¡Ah, amiga mía! ¡qué barba!—hizo observar á su vecina una patricia de cierta edad, y pintada, que estaba al lado de Anatolio.— ¡Parece oro, oro bruñido!

—¿Y los dientes?—replicó la amiga.

Teodorito continuaba:

—Juliano desarrolló con él la desgracia, como ciertos animales dañinos crean el veneno. Dios esperaba que apareciese toda la crueldad de Juliano para herirle...

—No hay que faltar al circo—murmuraba otro vecino de Anatolio, un obrero, al oído de su compañero.—Habrá osas de Breña.

—¿De veras?

—Sí. Una se llama Mica Aurea; la otra, Inocencia. Las alimentan con carne humana. Y además habrá también gladiadores.

—No hay que faltar entonces. No esperemos á que esto acabe. Vámonos pronto, ó nos encontraremos sin sitio.

Teodorito comenzó á alabar al antecesor de Juliano, á Constancio, por su beneficencia cristiana, su vida pura, su amor hacia todos los suyos.

Anatolio se ahogaba entre toda aquella muchedumbre. Salió de la iglesia y respiró con alegría el aire fresco, sin percibir ya el olor del incienso y del aceite quemado de las lámparas, y miró el cielo azul no oculto por ninguna cúpula.

En la calle hablaban en alta voz, sin necesidad de guardar recogimiento. Una grave noticia circulaba por la multitud: iban á pasar por las calles en aquellos momentos las dos osas destinadas al anfiteatro. Los que se enteraban de esta noticia salían de la iglesia sin esperar el fin del sermón, y se preguntaban preocupados:

—¿Llegaremos tarde? ¿Está enferma Mica Aurea?

—Inocencia es la que tuvo una indigestión esta noche pasada. Pero ya todo va bien.

—Gracias á Dios.

El sermón de Teodorito no llegaba á vencer la seducción de los gladiadores y de las osas. La iglesia se vaciaba.

Anatolio vió correr en dirección del circo gentes sofocadas. Se empujaban, se injuriaban, derribaban niños y mujeres, perdían las sandalias, y á pesar de todo no se detenían en la carrera. En todos los rostros se leía un tal apresuramiento por llegar, que se hubiera

creído que se trataba de salvar la existencia. Y dos nombres llenos de promesas sanguinarias estaban en todos los labios:

—¡Mica Aurea!... ¡Inocencia!...

Anatolio siguió á la multitud al anfiteatro.

Según la costumbre romana, el velario rociado de perfumes protegía al pueblo de los rayos del sol y esparcía una dulce frescura. La multitud de mil cabezas se agitaba ya.

Antes de empezar los juegos, los principales dignatarios de Antioquía llevaron al palco imperial la estatua en bronce de Joviano, para que el pueblo pudiese deleitarse á la vista del nuevo soberano. En su mano derecha tenía un globo rematado por una cruz. Un deslumbrante rayo de sol fué á caer sobre la frente del emperador, y la multitud vió en el rostro de bronce una sonrisa de satisfacción. Los dignatarios besaban los pies de la estatua. El populacho gritaba alegremente:

—¡Gloria al salvador de la patria, Augusto Joviano! ¡Gloria al sucesor del salvaje Juliano, destruído por la mano de Dios!

Innumerables manos agitaban pañuelos y cinturones de colores. El populacho aclamaba en Joviano á su alma, á su imagen, reinando en el mundo.

Al escarnecer al emperador muerto, la multitud se dirigía á él como si se encontrase en el anfiteatro y pudiese oír.

—¿Qué tal, filósofo? La sabiduría de Platón y de Quirsipo no te ha servido para gran cosa. Júpiter y Febo no te han protegido. Ahora estás entre las garras de los diablos, que te destrozan. ¡Impío!... Cristo ha vencido, hemos vencido nosotros, los humildes.

Todos estaban convencidos de que Juliano había sido muerto por un galileo, y daban gracias á Dios por aquel golpe salvador, alabando el regicidio. Pero el enardecimiento de la multitud llegó al colmo cuando vió al gladiador bajo las garras de Mica Aurea. Miraban intensamente para hartarse de sangre; al rugido de la fiera el pueblo respondió con un rugido humano más salvaje todavía. Cantaban la gloria de Dios, como si vieran, solamente entonces, el triunfo de sus creencias.

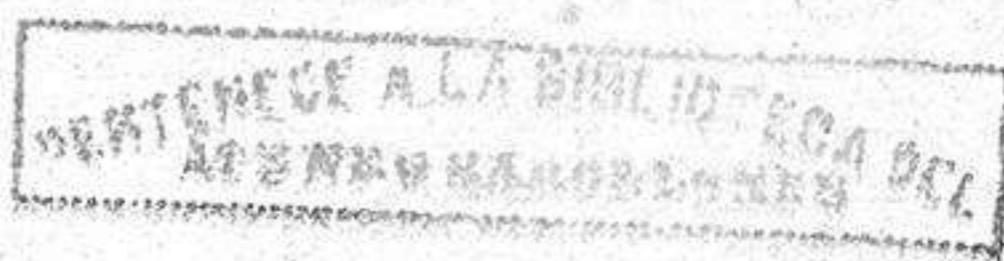
—¡Gloria al emperador Joviano, el muy piadoso! ¡Cristo ha vencido, Cristo ha vencido!

Anatolio percibía con repugnancia el aliento del populacho, el olor del rebaño humano. Cerrando los ojos, procurando no respirar, salió más que de prisa á la calle, volvió á su casa, cerró puertas y ventanas, se echó en la cama y permaneció así hasta la noche. Pero era imposible huir del populacho.

Apenas se hizo noche, Antioquía apareció profusamente iluminada. En los ángulos de las basílicas y de los monumentos imperiales humeaban enormes antorchas; en las calles lucían farolillos, y en el cuarto de Anatolio penetraba el resplandor de las iluminaciones. De las tabernas próximas llegaban las canciones de los legionarios, las risas de las prostitutas, y, dominándolo todo, se alzaban las alabanzas á Joviano y los anatemas á Juliano el Apóstata.

Anatolio, con amarga sonrisa, alzó los brazos al cielo y exclamó: —¡En verdad venciste, Galileo!

XX



Era una gran trirreme mercante, cargada de mullidas alfombras de Asia y de ánforas de aceite de olivas, que hacía el trayecto entre Seleucia de Antioquía á Italia.

Bogando entre las islas del Archipiélago se dirigía hacia la isla de Creta, en donde debía recibir un cargamento de lana y desembarcar algunos frailes en un monasterio.

Los ancianos, sentados en la proa, pasaban los días en pláticas piadosas, en rezos y en el trabajo monástico, que consistía en tejer cestos con ramas de palmera.

En la popa, bajo un ligero velo de tela violeta, estaban instalados los otros pasajeros, con los cuales los frailes no querían relaciones, considerándolos como paganos. Eran Anatolio, Amiano Marcelino y Arsinoe.

La tarde era tranquila. Los remeros—esclavos de Alejandría—bogaban cantando una triste melopea. El sol se ponía tras las nubes. Anatolio miraba las olas pensando en la frase del poeta: *La mar viente hasta el infinito*.

Calipso, Amorgos, Astifeles, Tera, surgían como visiones elevándose unas veces, desapareciendo otras, como si en torno del horizonte las oceánidas bailasen su eterna danza. Le parecía á Anatolio que los tiempos de la *Odisea* reinaban todavía allí.

Sus compañeros no turbaban sus meditaciones. Cada cual estaba absorbido por su obra. Amiano Marcelino ponía en orden sus notas sobre la campaña de Persia y la vida del emperador Juliano.

Arsinoe modelaba modelos de cera para una gran estatua en mármol.

Era el cuerpo de un dios olímpico, cuya cabeza tenía una expresión de tristeza sobrenatural. Anatolio quería, y no se decidía, á preguntarle lo que representaba: Dionisio ó Cristo.

La artista se había despojado hacía tiempo de sus hábitos de religiosa. Las gentes piadosas se apartaban de ella con horror, y la llamaban la Apóstata. Pero su nombre y el recuerdo de las donaciones generosas hechas en otro tiempo la libraban de las persecuciones. Arsinoe, Anatolio y Marcelino iban á descansar de su agitada vida en Bay, como habían convenido.

Aquella tarde la nave costeaba una islilla cuyo nombre no conocía nadie. Anatolio observó, sentados al pie de un árbol, un adolescente y una jovencilla, probablemente hijos de algunos pobres pastores; detrás de ellos blanqueaba una estatua de mármol del dios Pan. Anatolio se volvió á Arsinoe para mostrarle aquel apacible rincón de la Hélada; pero las palabras expiraron en sus labios. La artista, con extraña sonrisa, contemplaba su creación, la estatua de cera, figura de equívoca seducción, con soberbio cuerpo olímpico y rostro tristemente superhumano.

Anatolio la interpeló:

—¿Por qué haces eso? ¿Qué representas? ¿Crees que te comprenderá la gente?

Lentamente alzó ella los ojos y replicó:

—¡Qué importa, amigo mío!

Y después añadió en voz baja, como hablándose á sí misma:

—Tenderá sus brazos al mundo. Debe ser inexorable y terrible como Mitra Dionisio, en toda su belleza y toda su fuerza, misericordioso y terrible.

—¿Qué estás diciendo? ¡Qué contradicción! ¿Es eso posible?

—¿Quién sabe? Para nosotros, no. Pero en lo futuro...

El sol continuaba lentamente su descenso.

—¿Crees tú, Arsinoe—continuó diciendo Anatolio,—crees que unos hermanos desconocidos recogerán el hilo caído de nuestra existencia y, siguiéndole, avanzarán más todavía? ¿No crees que perecerá todo en esta sombra bárbara que desciende sobre Roma y la Hélada? ¡oh! si fuera de otro modo... Si se pudiera saber que en el porvenir...

—Sí—replicó Arsinoe; y un fuego profético brillaba en sus ojos oscuros.—El porvenir está en nosotros, en nuestra loca angustia. Juliano tenía razón. Sin gloria, en silencio, ajenos á todos y solitarios, debemos trabajar hasta el fin. Debemos ocultar en la ceniza de los altares la última chispa, para que las tribus y las naciones futu-

ras encuentren con qué encender las nuevas antorchas. Comenzarán por donde nosotros concluimos. Que la Hélada muera: vendrán hombres que desenterrarán sus santos huesos, los trozos de su mármol divino, y de nuevo llorarán y rogarán sobre ellos; descubrirán, en nuestras tumbas mudas, las amarillentas hojas de nuestros libros, y de nuevo se dedicarán al conocimiento de Homero y de Platón. Entonces resucitará la Hélada y nosotros con ella.

—¡Y, con nosotros, nuestra maldición!—exclamó Anatolio.—Se reanudará la lucha entre el Olimpo y el Gólgota. ¿Por qué? ¿Quién vencerá? ¿Cuándo concluirá todo esto? Responde, si puedes, sibila.

Arsinoe, después de callar un rato, miró á Amiano y contestó á Anatolio:

—Ese te responderá mejor que yo. Su corazón está igualmente como el nuestro, dividido entre Cristo y el Olimpo, y sin embargo no ha perdido la lucidez de su alma. Mira cómo escucha con calma nuestra conversación.

—En efecto—dijo el epicúreo:—hace más de cuatro meses que somos amigos, y sin embargo, hasta ahora no sé si es cristiano ó helenista.

—Yo mismo lo ignoro—respondió sinceramente Amiano ruborizándose.

—¿Y no te han perturbado nunca las dudas? ¿No has sufrido con las contradicciones de la sabiduría helénica y de la sabiduría cristiana?

—No; pienso que esas dos enseñanzas se encuentran en muchos puntos.

—¿Pero cómo te propones escribir la historia del imperio romano? En la balanza vencerá uno de los dos platillos.

—Mi fin es ser justo con los unos y con los otros. Quería al emperador Juliano; pero hasta con él seré imparcial. Que nadie en lo futuro sepa por mi obra lo que yo era, como tampoco lo sé yo.

—Verdaderamente has nacido para historiador—dijo Arsinoe.—Juez imparcial en un nuestro siglo apasionado, reconciliarás las dos sabidurías enemigas.

—No seré el primero—replicó Amiano.

Se levantó, inspirado, y mostrando la obra del gran maestro cristiano, Clemente de Alejandría, que tenía en la mano, añadió:

—Aquí está expresado todo eso, y mucho mejor de lo que yo sabía hacerlo. Pruébese en este libro que la grandeza de Roma, la sabiduría de la Hélada, preparan la enseñanza de Cristo. Los presagios, los presentimientos, las alucinaciones, son amplias gradas

que conducen al reino de Dios. Platón es el precursor de Jesús Nazareno.

Estas últimas palabras, dichas con gran sencillez, impresionaron profundamente á Anatolio. Le pareció acordarse de que todo aquello había existido ya: la isla luminosa en el sol poniente, el olor resinoso de la nave, las palabras de Amiano... y se imaginaba ver una amplia escalinata de mármol llena de sol, unas columnas como los Propíleos de Atenas, que conducía directamente al cielo azul.

Mientras tanto, la trirreme daba vuelta al cabo. Anatolio dirigió una postrer mirada al adolescente que estaba con la jovencilla ante la estatua de Pan.

La niña derramaba en el altar la ofrenda de la tarde, —leche de cabra mezclada con miel. El muchacho se disponía á tocar el caramillo.

Entonces, en el majestuoso silencio, resonó un canto grave de iglesia: los frailes en la proa entonaban al unísono la oración de la tarde.

Pero sobre la mar inmóvil estallaron otros rumores.

El pastorcillo tocaba el himno nocturno al dios Pan, el antiguo dios de la alegría, del amor y de la libertad.

Anatolio escuchaba sorprendido.

—Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo—decían los frailes.

Y á lo alto, bajo el mismo cielo, se elevaban los sones puros de la flauta del pastor, fundiéndose con las palabras de la oración cristiana.

El último rayo se extinguió sobre las rocas de la isla. Los dos himnos cesaron.

El viento silbó en la arboladura; se alzaron olas. La galera gimió lastimeramente. Se levantaron una sombras por el Sur; y la mar se sumió en ellas. Las nubes se amontonaban en el horizonte y estallaron los primeros truenos.

La noche y la tempestad venían aparejadas.

DMITRY DE MEREJKOWSKY

FIN

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS. — *La Quincena* (San Salvador). — Nacimientos ilegítimos en América. — Cómo vivía un ministro español en 1869. — La extensión actual del castellano. = *Revista Positiva* (Méjico). — Spencer. — Los límites de la tolerancia. — La escuela primaria en Méjico. — El sentido educativo. — El fin moral de la Aritmética. — El Mensaje del presidente Roosevelt, y el canal del Istmo. = *Boletín Mercantil de Puerto Rico*. — Un discurso de Fernández Juncos. — Hostos como educador. = *España*. — Sociología naturalista. — El Hospital Español de Buenos Aires.

La cuestión de la natalidad de hijos ilegítimos preocupa mucho á los moralistas modernos. Aun para los que tengan en este punto un criterio de gran benevolencia ó de gran amplitud, la cuestión es interesante desde el punto de vista sociológico. Con relación á Centro-América, la trata, en *La Quincena* de 15 de Marzo, el escritor salvadoreño Sr. Barberena. El número de nacimientos de aquel carácter es, en los mencionados países, enorme. El autor cree que la raíz de este hecho se halla en las costumbres inmorales de los primeros colonizadores.

Ya en 1533 el emperador Carlos V decía, en cédula de 3 de Octubre: «He sido informado que en toda esa tierra ay mucha cantidad de hijos de españoles que an avido de yndias, los quales andan perdidos entre los yndios e muchos dellos por mal recaudo se mueren, etc., etc.»

El P. Tomás Gage, que visitó Méjico y Centro-América en el primer tercio del siglo xvii, se quedó escandalizado de la corrupción de las costumbres en esas colonias.

De los datos reunidos por el Sr. Barberena, resulta que, en el quinquenio de 1899 á 1903 (inclusive), han nacido en la República del Salvador 5.071 hijos ilegítimos por cada 10.000 nacimientos. En las principales naciones de Europa, la proporción fué, en 1902, como sigue, según el *Statistisk Aarbog for Kongeriget Norge* (Cristiania):

Alemania.....	908	Hungría.....	899
Austria.....	1.427	Italia.....	760
Dinamarca.....	969	Portugal.....	1.252
España.....	467	Rumania.....	732
Finlandia.....	678	Rusia.....	274
Francia.....	884	Servia.....	112
Inglaterra é Irlanda.....	426	Suecia.....	1.134
Holanda.....	293	Suiza.....	464

Debe notarse que la proporción en El Salvador ha ido aumentando sin cesar desde 1877. En este año hubo 3.320 ilegítimos por 10.000 nacimientos; y en 1903, 5.190 por 10.000. En Europa, por el contrario, la tendencia es á disminuir esta clase de nacimientos.

En otras Repúblicas americanas, la natalidad ilegítima es también muy grande; v. gr., en Méjico (1901), la cifra es de 3.900 por 10.000; en Cuba (mismo año), 3.732 por 10.000; en Uruguay, 2.686 por 10.000. ¿En qué está la causa principal de este hecho? Las opiniones de los autores discrepan mucho en este punto. Para unos «tiene capital influjo la circunstancia de investigarse ó no la paternidad de los hijos ilegítimos, y para otros existe una relación constante entre la nupcialidad y la frecuencia de los nacimientos ilegítimos.

»M. Bertillon ha discutido esas dos hipótesis, con presencia de los magníficos cuadros estadísticos que ha publicado M. L. Bodio, con el título de *Confronti internazionali*, y resulta que no hay indicios que las justifiquen.

»Más plausible parece la teoría según la cual los países en que predomina la precocidad matrimonial, como sucede en Rusia, Rumania y Croacia, producen pocos hijos ilegítimos, y

aquellos en que los matrimonios son tardíos, como Baviera, Wurtemberg y Austria, producen más».

Las ideas religiosas no parecen tener influencia sobre este hecho, como no la tienen, en general, sobre la mayoría de los hechos morales de cierto orden. Baste ver que la cifra mayor corresponde á la archicatólica Austria, siguiendo luego Portugal (católico) y Suecia (protestante).

Juzgando la cuestión desde el punto de vista sociológico, y con criterio que se impone á todos los hombres — aun á los más autoritarios, — el crecimiento de la natalidad ilegítima debe alarmar. En primer término, la estadística demuestra que la mortalidad de los ilegítimos es mayor que la de los legítimos; y esta observación ya es antigua, pues en las *Noticias secretas de América*, por D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, escritas en 1740, se lee: «Que la población, por esta causa (frecuencia de nacimientos ilegítimos), no se aumenta á proporción de lo que debiera, lo da á entender la experiencia, y es el sentir de los más célebres naturalistas que han especulado el asunto de la aumentación de los pueblos».

Citan también una Memoria presentada por el Dr. Arbuthnot á la Real Sociedad de Londres, en la cual demuestra esa misma tesis.

Por otra parte, las uniones legítimas son más fecundas que las ilegítimas en general, y particularmente en varones; y sabido es que la mortalidad de niños varones es siempre mayor que la de hembras, por lo cual interesa que no disminuya el nacimiento de aquéllos. Teniendo en cuenta estos datos, el señor Barberena concluye diciendo:

«Si la descendencia legítima cuenta, por regla general, con medios más eficaces que la ilegítima para prepararse convenientemente para la lucha por la existencia; si la experiencia demuestra que las relaciones sexuales legítimamente constituidas son más fecundas que las ilícitas, en las cuales casi siempre ambas partes procuran evitar las consecuencias, y si la estadística ha descubierto que entre la prole legítima son

más numerosos los varones que entre los frutos de vedado ayuntamiento, es indiscutible que, por razón de Estado, conviene poner coto á la natalidad ilegítima.

»Y es de advertir que los medios suasorios y los estímulos ideales son insuficientes para contenerla.

»Es necesario que la ley conceda prudenciales exenciones, y algunos privilegios á los hombres casados».

La misma Revista, en su número de 1.º de Mayo, publica una curiosísima nota de Valero Pujol, sobre la manera de vivir un ministro español en 1869. Valero Pujol era por entonces redactor de *El Pueblo*, y tuvo una entrevista particular con uno de los ministros, el cual, contestando á un artículo de aquel periódico, en que se preguntaba «qué hacían los ministros, de no ocuparse permanentemente en retocar y perfeccionar la máquina administrativa, en extirpar abusos y en promover intereses», dijo:

—«Voy á contárselo. Ahora me aguardan treinta ó cuarenta esquelas venidas por la noche—el ministro recibió al periodista acabado de levantarse de la cama.—Hay que leerlas todas, porque alguna será indesatendible. En seguida llegará el correo de provincias con doscientas ó trescientas cartas particulares de gobernadores, alcaldes, caciques electorales, amigos y enemigos, además de la correspondencia oficial, que también embarga tiempo. A las diez comenzarán á venir senadores, diputados, íntimos y oficiosos, y cada uno trae un fardo de peticiones de mil géneros. Los telegramas de cada mañana traen noticias de los motines de ayer, disidencias y conflictos de autoridades, renunciaciones y quejas. A la hora del almuerzo, la cabeza está hinchada, como un edredón caliente. Al despacho: allí se complica todo; una comisión proteccionista y otra librecambista; nombramientos, intrigas, entrevistas, consejos: se acerca la sesión del Congreso: centenares de preguntas, una interpelación y luego los debates; de cada lado de la Cámara, un interés y una táctica de lucha; á las seis de la tarde ya no queda voz, ni memoria, ni voluntad; y no va sino la par-

te dulce. Resérvase para después de la comida lo confidencial y lo grave: choques de capitanes generales y gobernadores, de ayuntamientos y diputaciones; cuestión de destinos, influencias encontradas; en Filipinas tenemos un purgatorio, en Cuba un infierno; la guerra carlista, las amenazas de los republicanos, los cabildeos de los alfonsistas; los presupuestos; todos los que pagan piden economías, prodigalidades todos los que cobran; los optimistas piden la reducción del Ejército; los suspicaces, que armemos hasta las mujeres y los niños. Cada ministro que se enfada, desquebraja la situación, y para reemplazarle se necesitan más combinaciones que para descubrir la dirección de los globos. Cada oficio y cada profesión reclaman un Estado para ellos; el Ministerio carga con la responsabilidad de las sequías, de las inundaciones, de la falta de cosechas y del diluvio universal. Esperan las cosas de trascendencia: canales, caminos, plaza de fomento, de industria, arreglo de la deuda, reformas municipales; esperan, y esperarán eternamente, mientras no cambiemos de costumbres y de métodos: si el día tuviera sesenta horas, nada adelantáramos. Las cuestiones de orden público no dejan espacio para trabajo reposado, y la incertidumbre de cada momento aleja la posibilidad de proyectos complejos y de tarda realización. Un ministro aquí—añadía—no es una entidad, es una víctima. La prensa nos pone azules, y el Parlamento verdes, y el teatro en caricaturas, y los organillos callejeros en solfa; pero esto no importa. Lo esencial es que no puede hacerse lo que se debiera, por que hemos connaturalizado el hábito detestable de que un ministro sea el agente de dos millones de correligionarios, que embarazan todas las avenidas y ocupan todos los instantes».

Creo que, en gran parte, la pintura puede servir para caracterizar la vida de un ministro español de 1904.

El ya citado Sr. Barberena, en el número de 1.º de Agosto de la misma Revista, trata de la extensión actual del idioma castellano.

Comienza censurando duramente á la juventud, que aparenta despreciar el idioma castellano.

«Causa grima la despectiva *nonchalance* con que se expresan, respecto á nuestra lengua vernácula, ciertos mequetrefes (Petronios peinados en *bandeau* y con violetas en el ojal del *chaqué*), de esos que han medio aprendido á mascullar el gabacho y devorado un centenar de *romans* pornográficos y unas cuantas *causeries*seudoliterarias, con lo cual se creen dignos de figurar entre los héroes de Carlyle y entre los superhombres nietzschianos».

Después de enumerar las excelencias de nuestro idioma, consigna el dato ya conocido de que es hablado hoy por más de setenta millones de seres humanos, distribuídos en unas veinte nacionalidades. Según las estadísticas más recientes, he aquí el número de habitantes de cada uno de los países en que el castellano es usual ó corriente:

España y colonias.....	19.000.000
Cuba.....	1.500.000
Puerto Rico.....	1.000.000
México.....	13.600.000
Centro-América.....	3.700.000
Colombia.....	4.500.000
Venezuela.....	2.500.000
Ecuador.....	1.300.000
Perú.....	5.000.000
Chile.....	3.500.000
Bolivia.....	1.800.000
Paraguay.....	650.000
Uruguay.....	1.000.000
Argentina.....	5.000.000
Filipinas.....	7.000.000
Carolinas.....	} 60.000
Palaos.....	
Marianas.....	
Suma.....	71.110.000

A estas cifras hay que añadir las de los judíos que conservan el idioma castellano, aunque en forma arcaica, y que, como

es sabido, hállanse esparcidos por todo el mundo, aunque su número mayor está en Europa. El Sr. Barberena utiliza para esta parte de su artículo el reciente libro del Sr. Pulido, que, con un artículo hace años publicado en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, y otro, también de fecha atrasada, del Sr. Fernández y González (D. Francisco), constituyen toda la literatura que acerca de este curioso fenómeno poseemos. También aprovecha el Sr. Barberena otras fuentes, entre las cuales citaré el artículo de D. Vicente Vera, que LA ESPAÑA MODERNA publicó en 1901.

Los últimos números de la *Revista Positiva* ofrecen abundante cosecha de artículos interesantes. En el de 22 de Abril, el Sr. Aragón, director de la *Revista*, da á conocer un estudio suyo sobre Spencer. Aunque es tan considerable lo que se ha escrito en todo el mundo acerca de la personalidad y la filosofía del gran pensador inglés, las observaciones del Sr. Aragón ofrecen todavía novedad é interés, que hacen recomendable su lectura. El Sr. Aragón muestra una laudable independencia al juzgar la obra de Spencer. Bien es verdad que el distinguido profesor mejicano es positivista: lo es á la manera ortodoxa, como fiel discípulo de Comte, cuya doctrina y significación cuida bien de distinguir de la de Spencer.

«Muchos escritores (dice) han dado en llamar *positivista* á Herbert Spencer y en presentarlo como discípulo de Augusto Comte. Grande fué el desagrado de Spencer de que se le considerase así, y particular su empeño en combatir la afirmación. Quizás mayor habría sido para Comte el disgusto, si hubiese vivido lo bastante para saber tal desatino. Con efecto: si social y moralmente son numerosos los puntos de contacto de ambos filósofos en su obra y en su vida, son también numerosos y de muchísima importancia los puntos de divergencia. El propósito de Comte fué más definido, más posible, más útil á los hombres y más humilde que el de Spencer: quiso facilitar al hombre el conocimiento del mundo y de sí mismo, para que guíe su propia vida con esos elementos, y á nuestro parecer

lo logró ampliamente. De aquí que considere la vida social y moral del hombre como el objeto incesante de nuestros esfuerzos intelectuales, y que haya ordenado cada una de las ciencias en relación á ese fin. Su concepción preeminente es armonizar todos los aspectos de la vida; su síntesis no es, pues, *cósmica ú objetiva*, sino *subjetiva*. No reduce Comte las verdades á un solo principio, sino á quince principios que comprenden las *leyes universales* del mundo y la *teoría general del entendimiento humano*. Admirablemente desarrollados están dichos quince principios en la obra magistral de su gran discípulo Pierre Laffitte: *Cours de Philosophie première*».

Declaramos estar conformes con muchas de las críticas que el Sr. Aragón hace de las teorías spencerianas: verbigracia, en lo que se refiere á lo incognoscible; y todavía conformamos con él más en estimar como lo más grande, más duradero y de más positivo influjo de la obra de Spencer, aquella lucha constante suya «por todo lo que es noble, por lo que inspira actos buenos, por lo profundo y lo grande», que le llevó á censurar duramente los crímenes de la pasión nacionalista, los del afán colonizador, los del imperialismo y los de toda forma de los sentimientos egoístas en el hombre.

En el número de 17 de Junio, el Sr. Ferrer diserta sobre *Los límites de la tolerancia*.

Encuentra este autor que hemos llegado en los tiempos actuales al extremo contrario que en los antiguos. Antes, el defecto era la intolerancia. La tolerancia hoy es tan excesiva, que produce funestas consecuencias.

«Abundan tres tipos de tolerantes perniciosos para la humanidad y que creen observar buena conducta, y aun suelen pretender pasar como verdaderos modelos. Unos hablan muy mal, en abstracto, de los hechos inmorales, y aun reprochan los de algunas personas en su ausencia; pero en presencia de algún hombre inmoral se cuidan de manifestarle de algún modo su reprobación, lo aplauden lo mismo que al de buena conducta, y aun más al primero, sencillamente porque le te-

men más; otros llevan su prudencia al punto de no reprobar nada ni á nadie: para ellos, ni en presencia ni en ausencia deben establecerse distinciones entre el que obra bien y el que obra mal; y por último, hay otros que no sólo son incapaces de pretender poner dique al mal, sino que reprochan al que lo pone: en nombre de la tolerancia, disculpan siempre al pobrecito delincuente y se lamentan de los actos del juez.

»Algunos de estos curiosos tolerantes lo son porque aplican el precepto de no hacer á otro lo que no quieras que te hagan á ti, y, considerando que al fijarse en su conducta real se les colocaría entre los reprobados, se anticipan á conquistar la indulgencia, y aun el inmerecido aplauso, esforzándose en torcer el criterio del público. Por eso se explican hechos que de otra manera ni se concebirían, como, por ejemplo, que haya en las escuelas profesores que tomen á mal el que á alguno se le llame al orden para que cumpla con su deber.

»Falta de buenos sentimientos más que escasez de inteligencia explica perfectamente que se tolere al que perjudica, y aun se repruebe al que, buscando el bien de la colectividad, busca el de cada individuo y, por consiguiente, el propio.

»La tolerancia ilimitada es poderoso estímulo para la mala conducta: ¿para qué obrar bien, si esto ha de acarrear el odio de los malos y la indiferencia, cuando no el reproche, de los que se llaman buenos? ¿Por qué no obrar mal, si esto procura utilidades no amargadas por la maldición de la sociedad?

»Urge hacer desaparecer esto. Es indispensable convenirse (y obrar de acuerdo con la convicción) de que, si es forzosa la tolerancia cuando se trata de hechos que no perjudican á tercero, y permitida cuando el perjuicio se limita al que tolera ó es mínimo, se debe reprochar dicha tolerancia en el caso contrario: el que tolera ó aplaude al inmoral se convierte en su cómplice».

La teoría nos parece excelente respecto de cierto número

de hechos en cuya calificación moral están conformes, poco más ó menos, todas las gentes civilizadas; pero hay otros en que reina enorme disconformidad, y, siendo así, ¿con qué derecho seríamos intolerantes, ni podríamos permitir que lo fuera coactivamente (tal es la consecuencia peligrosa) el Estado? Adviértase que los intolerantes en materia de religión comienzan por calificar de cosa nefanda y de graves perjuicios para todos, la existencia de personas que tengan ideas *heterodoxas* ó religión distinta de la que ellos creen verdadera. El terreno es resbaladizo si no se hacen distinciones.

En el número de 15 de Julio, el ya citado Sr. Aragón habla de *La escuela primaria en Méjico*, comparando su estado actual con el pasado y con el ideal pedagógico, mirado, principalmente, desde el punto de vista comtista.

Respecto de lo último, advierte ante todo un gran aumento en el personal del magisterio femenino.

«El aumento de proporción de la mujer al hombre en el personal de nuestras escuelas primarias, es motivo de regocijo para los que vemos en el otro sexo el educador por excelencia de la niñez, y signo inequívoco de que vamos avanzando hacia el ideal. El personal femenino se ha multiplicado en las escuelas primarias de toda la República, y esperamos aumente más todavía para beneficio de las mismas. Esta esperanza, satisfacción de un deseo, la funda el estado económico actual de la sociedad mejicana. Para el hombre se halla fácilmente en estos tiempos ocupación muy remunerativa; no sucede lo propio si se trata de la mujer, y ésta resuelve con todo decoro y general aplauso el problema de su vida, dedicando su saber y su ternura á las almas de los niños».

En cuanto á los procedimientos de enseñanza, consigna con pena que «en las escuelas primarias elementales todavía desempeña un gran papel en los estudios el libro de texto. Este auxiliar es prematuro y contrario al método que domina en la enseñanza. Bien está que lean el maestro y los niños, pero que lean para que la facultad de observar de éstos se ejercite, y

para que después de leer ejecuten con la mano lo descrito, dentro de lo posible.

»El canto y el dibujo en nuestras escuelas primarias están atendidos bastante y son de mucha importancia como elementos estéticos y de mera instrucción. Prestan ayuda á la labor intelectual, cultivan la parte afectiva del sér humano y concurren á la armonía de todas las funciones cerebrales. Son también concurrentes á este fin supremo las excursiones escolares, de las que pueden obtenerse grandes frutos en lo intelectual, en lo moral y en lo físico ó relativo al cuerpo».

También se incluyen en los programas primarios, más ó menos felizmente y en grado mayor ó menor, el trabajo manual y las lecciones de mecánica, física y química, con ejemplos de aplicación á las industrias más comunes y á los actos de la vida diaria.

En cuanto á la relación de la escuela de hoy con la de los tiempos inmediatamente anteriores—relación de progreso,—el Sr. Aragón la cree halagüena. Ciertamente es que aún queda mucho por realizar; que la *escuela laica*, «nacida ayer, aún no encuentra su estado de equilibrio estable»; que los padres desatienden por completo la educación moral de sus hijos, haciendo que luego se imputen las faltas á la enseñanza del Estado, á que no cooperan; pero, así y todo, la escuela ha progresado.

Con gran sentido, el autor insiste en la necesidad primordial de atender á la educación de la voluntad y de los sentimientos, de que ha de proceder la regularización de la conducta, y muestra cómo para esto pueden aprovecharse todos los estudios, aun los que aparecen más lejanos de aquel orden de cuestiones.

El ilustre pedagogo mejicano D. Gabino Barreda decía á este propósito que, con motivo de una fruta perfeccionada por el injerto, «se podrá demostrar, de un modo tan sencillo como eficaz, de qué manera la Humanidad se ha erigido en la tierra, á fuerza de estudio y de observación, en Providencia efectiva,

que mejorando sin cesar, en los límites de su poder, las condiciones del planeta, se hace acreedora á nuestra creciente gratitud; con tanta más razón, cuanto que, careciendo de omnipotencia, no puede ser moralmente responsable de las imperfecciones que no ha podido aún remediar. De esta suerte, los servicios prestados, y que no es posible desconocer, suministrarán, sin esfuerzo y sin ficción, una ocasión favorable para el cultivo de nuestros más nobles instintos, permitiendo y suscitando á cada paso una sincera y pura efusión de gratitud sin mezcla posible de reproche.

»Paralelamente, como se advierte, se puede enseñar la ciencia y se pueden educar los buenos sentimientos, pues no hay tema de estudio que, considerado en el punto de vista social, no presente campo fértil y espacioso para despertar los móviles altruístas del hombre».

Las mismas matemáticas se prestan á la enseñanza moral; y, en confirmación de esto, cita el autor los siguientes párrafos del profesor peruano Whilar (en su *Metodología de las Matemáticas*, que viene publicando la *Revista de Ciencias*, de Lima):

«*La Aritmética* tiene también un fin moral.

»Por ella se hace amar la verdad, porque, conforme á sus principios y reglas, nada puede ejecutarse sin que sea verdadero ó que no se derive de un hecho cierto. Enseña á ser constante y paciente, habituando el entendimiento á dedicarse al estudio de los problemas más complicados, hasta resolverlos; y consagrando á ello largas horas, cuando está amenazada la propia hacienda ó se tiene en mira un gran resultado, hace amar la economía y el ahorro, dando á conocer con exactitud las necesidades de un hogar, lo que es indispensable comprar y aquello de que conviene abstenerse, poniendo á salvo el monto de un haber cualquiera que pudiera invertirse sin estricta necesidad; previene del engaño, de las equivocaciones y errores perjudiciales.

»Existen refranes, máximas, preceptos morales, que fácil-

mente pueden demostrarse por medio de problemas y ser verificados por el cálculo.

» *Muchos pocos hacen un mucho.* (Comprar por pequeñas cantidades.)

» *Los arroyuelos forman los ríos.*

» *Poco á poco hila la vieja el copo.* (Economías y gastillos, pero á menudo repetidos: tabaco, licores, fruslerías, hábitos de vanidad.)

» *La unión constituye la fuerza.* (Trabajo en comunidad, unión de todos los miembros de una familia: asociación, cooperación.)

» *Si hay gastos improductivos, también existen economías ruinosas.* (Ejemplo: agricultores que prodigan sin tasa el abono ó que se lo niegan en absoluto al suelo.)

» Se ve, pues, que disponemos de muchos problemas de esta casta.»

En el mismo número de la *Revista Positiva*, se ofrece la traducción de un artículo sobre *El Mensaje del presidente Roosevelt, y el canal del istmo*, publicado en la *North American Review* (Enero). El autor del artículo es seguramente un hispanoamericano—Francisco Escobar,—y de aquí el interés que tienen sus apreciaciones acerca del asunto.

Empieza el Sr. Escobar por puntualizar las inexactitudes del Mensaje. El decreto Spooner, al que se refiere, autorizaba al presidente para firmar un tratado con la República de Colombia, calificando á ésta—como era natural—del «poder que es la *autoridad actual* en el istmo de Panamá». Pero ha nacido una nueva república, la de Panamá, y el presidente dice que con esto cesa la propiedad de Colombia sobre el istmo, afirmando á la vez que «Panamá fué en su tiempo un Estado soberano, y en otra ocasión un simple departamento de las confederaciones sucesivas conocidas con los nombres de Nueva Granada y Colombia...» El Sr. Escobar replica que esta afirmación es totalmente inexacta.

«Panamá fué, hasta 1886, un Estado soberano de Colombia,

pero soberano en el mismo sentido que es soberano Nueva York, Virginia ó cualquier otro Estado de la Unión Americana. Tal soberanía no implica el derecho de separación, si deben ser tomados en su valor los argumentos del Norte en 1860. Si el presidente hubiera sido más consecuente con las ideas del Norte acerca de la soberanía, Colombia no hubiera «cesado de tener ningún derecho sobre el istmo». Pero, según el modo como se expresa el presidente, algunas personas pudieran estar inclinadas á creer que Panamá ha sido anteriormente una nación soberana, lo que está lejos de ser cierto. Panamá ha formado parte de Colombia desde la época en que, con ayuda de ésta, adquirió su independencia de España. Panamá ha hecho algunos intentos para llegar á ser un Estado independiente; pero Colombia ha logrado siempre suprimir las revoluciones. Y lo mismo hubiera sucedido esta vez, si el presidente Roosevelt no hubiera intervenido.»

Para justificar la conducta de los Estados Unidos, Roosevelt alega varias razones: 1.^a Que aquéllos han cumplido fielmente, durante más de medio siglo, con las obligaciones que les impuso el tratado de 1846; como si el cumplir con una obligación contractual fuese algo más que un deber en un Estado. 2.^a Que cuando, por la primera vez, fué posible para Colombia hacer algo en cambio de los servicios prestados á ella así tan repetidamente, por cincuenta años, por los Estados Unidos, el Gobierno colombiano, de una manera perentoria y ofensiva, rehusó hacer lo que le correspondía, aunque el haberlo hecho le hubiera sido ventajoso, y sobre todo más ventajoso para el Estado de Panamá, por entonces bajo su jurisdicción. Replica el Sr. Escobar que no fué el Gobierno colombiano quien rechazó el tratado, sino el Senado, y por razones que explica luego. 3.^a Que en Colombia han ocurrido muchas revoluciones que el Gobierno central no pudo á veces dominar. Roosevelt, con error, intencional ó no, exagera la nota y aumenta enormemente el número de las revoluciones, hasta el punto de hacer de una sola (la de 1899, que duró tres años y

terminó por un tratado), nada menos que *siete*. 4.^a Que la autoridad de Colombia sobre el istmo no podía ser sostenida sin la intervención armada y la ayuda de los Estados Unidos. El presidente confunde las cosas. En cincuenta años Colombia pidió *cuatro* veces, ó sea en cuatro ocasiones, ayuda «para conservar el tráfico, no para proteger el istmo», y la autoridad de Colombia ha persistido hasta que los Estados Unidos intervinieron ayudando á los revolucionarios de Panamá.

«No debe olvidarse—añade el autor—que varias veces Colombia fué incapaz de dominar motines y revoluciones en Panamá y Colón, porque de una manera irregular asumieron una autoridad ilegal los agentes del ferrocarril de Panamá—una Compañía de los Estados Unidos,—siempre por alguna razón hostil é inexplicable hacia el Gobierno constituido.»

El Sr. Escobar hace constar que «la protección de los Estados Unidos, ó mejor dicho, su ayuda al Gobierno de Colombia para conservar abierto el tráfico y sin obstáculos, no le costó nunca una sola vida; y que si los Estados Unidos se vieron urgidos á cooperar, fué siempre para beneficio suyo, como resulta de los artículos 4.º, 5.º y 6.º del tratado de 1846».

Sigue el autor examinando otras afirmaciones del Mensaje. En punto á que el Gobierno colombiano rechazase el tratado Hay-Herrán y esto constituya una ofensa para los Estados Unidos, alega que no fué el Gobierno (como ya se consignó antes), sino el Senado, en uso perfecto de su derecho, quien se negó á ratificarlo, como muchas veces ha hecho el Senado yanqui con otros tratados, incluso el Hay-Pauncefote, sin que la otra parte contratante se creyera ofendida y autorizada á obrar de alguna manera perjudicial para los Estados Unidos. Largamente expone las razones de conveniencia que el Senado colombiano tuvo para negar su asentimiento.

Después de esto, el apoyo prestado por los Estados Unidos á la revolución de Panamá es un caso de intervención que ningún principio internacional autoriza.

«La pérdida de Panamá para Colombia se debe á la inter-

vención de los Estados Unidos, pura y sencillamente. Estando en pleno vigor el tratado de 1846, y no habiendo existido declaración previa de guerra entre Colombia y Estados Unidos, esta última nación es responsable de los perjuicios y debe, por honra propia, reparar éstos».

El autor termina su artículo del contundente modo que copio á continuación:

«Colombia pretende volver al *statu quo*; pero si esto sería imposible, tal vez Colombia, creo que con gusto, sometería sus agravios al Tribunal de La Haya. Si todas las naciones son iguales ante la ley internacional, no será deshonoroso para los Estados Unidos aceptar el arbitraje, sobre todo cuando el mismo presidente Roosevelt ha abogado vigorosamente por él y ha aplaudido recientemente el procedimiento del arbitraje entre otras naciones.

»El honor del pueblo de los Estados Unidos está en juego. Colombia ha apelado á ellos, y espera su decisión tranquila y digna. Por esta conducta ha dado ejemplo digno de ser imitado aun por aquellas naciones que reclaman superioridad de raza y civilización.

»Pero Colombia puede permitirse esperar tranquilamente el veredicto nacional, pues sabe que el derecho y la justicia están de su parte, mientras que el poder y el interés personal están del lado del agresor».

En un número anterior he hablado del *Almanaque del Boletín Mercantil de Puerto Rico*. Hoy tengo ocasión de referirme al mismo *Boletín*, que, en sus números de 13 y 15 de Agosto, publica el discurso que acerca de *Hostos educador* leyó en el Ateneo portorriqueño el Sr. Fernández Juncos.

En el Ateneo de Madrid figuró Hostos entre la juventud entusiasta de 1868 y 69, y allí pronunció un discurso en favor de una federación antillana, que le hizo sospechoso.

«Los mismos portorriqueños, que por entonces trabajaban en el seno de los partidos nacionales para mejorar las condiciones políticas de este país, se lamentaban de las impetuosi-

dades peligrosas de Hostos. Manuel Corchado, otro portorriqueño de gran valer, me escribía desde Madrid á principios del año 1869: «No hay—decía—bastante unidad de acción y de pensamiento entre mis paisanos aquí. Hostos, que tiene inteligencia y brío, *se sale de la línea* por demasiado vehemente. Escoriaza, que vale mucho también, milita en un partido nacional poco flexible, y la disciplina limita su acción. Con los conservadores no hay que contar».

»Se ve, pues, que Hostos, más que un hombre político ajustado al patrón de aquel tiempo y á las circunstancias que le rodeaban, era ya un educador. Habló desde la cátedra del Ateneo como lo hubiera hecho desde la cátedra de la Universidad. Fué claro, fué sincero; dejó subir á sus labios la abundancia del corazón, y su discurso provocó temores y desconfianzas».

Este intelectualismo sincero de Hostos le hacía impropio para la política. Era poco flexible, y por eso «se inutilizó involuntariamente para el ejercicio de la enseñanza en el país donde nació. En cambio, enseñó con su palabra, con su pluma y con su ejemplo, en casi toda la América del Sur y en alguna de las Antillas. ¿Debe ser por eso menos meritoria su fecunda labor educativa á los ojos de sus paisanos? Seguramente que no».

Sabido es que Hostos—cuyas obras son muy conocidas en España—era portorriqueño de nacimiento. Hombre de vasta cultura, la lució en numerosos escritos referentes á todos los ramos del saber y de las Bellas Letras.

«Sobresalió en algunos de estos géneros más que en otros, bien que en todos dejó la huella de un estilo nervioso y espontáneo, el sello de su complexión física y moral. Fué un hombre de estudio y de pensamiento; si soñó, soñó cosas altas, y el conjunto y la calidad de sus obras nos están diciendo que fueron muchas y bien aprovechadas sus horas de vigilia».

El Sr. Fernández Juncos dedica su discurso, como ya dijimos, especialmente á la obra educativa de Hostos. Fué éste

alumno del Instituto de Bilbao, y al terminar los estudios de segunda enseñanza pensó en ser artillero. Su padre le disuadió, encaminándole á la abogacía.

«Obediente á la voluntad paterna, entró á estudiar Derecho en la Universidad Central de Madrid, y aquellas famosas aulas, tal como estaban entonces constituídas, fueron para él una revelación. Después de haber oído la elocuencia prodigiosa de Castelar; después de haber escuchado la palabra austera, sabia y conceptuosa de Salmerón, y aquellas explicaciones magistrales de Giner, en cuyos labios parece que se iluminan las palabras y se esclarecen y simplifican las cuestiones más complicadas y abstrusas; después de haber entrado en comunión de ideas con aquellos colosos de la palabra y del pensamiento, ya no le parecían á Hostos tan agradables los estampidos del cañón con que había soñado en los primeros días de su juventud».

«Probablemente—sigue diciendo el Sr. Fernández Juncos—no entraba en los primeros planes de Hostos el ejercer desde luego la enseñanza al llegar á América. Tampoco la ejerció por necesidad, porque un polígrafo como él hubiera obtenido medios de subsistencia en el foro, en el libro, en el periódico, más fácil y abundantemente que en la cátedra; pero pudo más en él la fuerza de la vocación que la esperanza del lucro y los éxitos ruidosos de la política.

»Un educador de raza enseña dondequiera que se halle, y al llegar Hostos lleno de ciencia al Nuevo Mundo y hallarse con una generación creciente y ávida de saber, no pudo resistir el deseo de compartir con ella su alimento intelectual, y repitió aquellas dulces palabras del Maestro de los maestros: «Dejad á los niños que vengan á mí».

»Y hacia él fueron los niños dominicanos, y más tarde los chilenos, y hoy muchos de aquellos niños, que son ya educadores en su patria y tal vez hombres de Estado, proclaman hondamente que cuanto son y cuanto valen lo deben á un portorriqueño».

Cree el Sr. Fernández Juncos que este carácter de educador lo mantuvo Hostos aun en sus trabajos de otra índole. «La parte que tenía de revolucionario estaba subordinada á la de educador, ó quizá no era sino un aspecto militante de ella. No abandonó nunca su propósito de independizar á las Antillas y de unir las luego en una federación, pero sus trabajos en este sentido eran más bien teóricos que prácticos; había en ellos más platonismo que fiereza revolucionaria; eran más bien la obra de un maestro propagandista que la de un hombre de acción.

»Por eso Betances, desconociendo quizá la verdadera índole del talento y de las aptitudes de Hostos, les escribía en cierta ocasión, desde París, que «no era posible hacer una tortilla sin romper antes los huevos».

»No sé hasta qué punto estaría ligado Hostos á un movimiento revolucionario de esos que necesitan *romper huevo*; pero es evidente que la cátedra le atraía con mucho más imperio que la tortilla. Una reciente prueba de ello hemos tenido aquí mismo. Después de cedida esta isla á los Estados Unidos, y cuando hubiera podido recoger Hostos en su misma patria el premio de sus trabajos revolucionarios, pasó rápidamente por esta ciudad, en donde residía el Gobierno, se detuvo en Mayagüez nada más que el tiempo necesario para organizar un instituto educativo según su método de enseñanza, y se volvió á Santo Domingo para continuar sus interrumpidas lecciones en la Escuela Normal».

El discurso termina con algunos párrafos de una elocuencia honda y noble, referentes á las cualidades é importancia de los pedagogos, y su influencia en el porvenir de los pueblos.

La revista de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, titulada *España*, se ha procurado la colaboración permanente de varios escritores españoles. Entre ellos figura Alfredo Calderón, que en el número de 23 de Julio publica un artículo titulado *Sociología naturalista*. Para el naturalismo moderno — tan distante del que inspiró á Rousseau, Kant y á

tantos grandes hombres del siglo XVIII,—«la humanidad es un fenómeno más en la naturaleza; la Sociología, un capítulo de la Biología general». De esta identificación entre lo humano y lo no humano nacen, á juicio del autor, contradicciones profundas con otras direcciones del pensamiento moderno. No discute Calderón el *fundamento* de aquella doctrina. Dice tan sólo que, «con ser ese fundamento real, puede no serlo la dirección que se le ha dado».

Una de las aludidas contradicciones la expone así: «Todo movimiento, toda actitud en el mundo—dice el naturalismo—resulta de un desequilibrio, de un desnivel... Ahora bien, niveladores: vosotros vais contra la ley de la naturaleza que quiere que á mayor desequilibrio corresponda más grande actividad. Vuestra igualdad es la igualdad en la nada. Trabajáis contra la vida. Alcanzado vuestro ideal, la sociedad estará nivelada como una laguna, pero también como ella inmóvil, estática y muerta. Repartid uniformemente el calor entre los cuerpos, y todo fenómeno habrá cesado en el mundo; repartid entre los hombres por igual los bienes de la vida, y habréis dado fin á la historia.

»Consecuencias: nada hay tan deseable como los grandes desequilibrios de fortuna. Es indispensable llevar á su último grado los extremos de la opulencia y de la miseria.

»Una sociedad será tanto más rica, tanto más próspera, tanto más feliz, cuanto mayor sea la distancia que en ella separe la extrema riqueza de la indigencia extrema. ¿Y por qué limitarnos al orden de los bienes materiales? ¿Por qué ceñirnos á dejar obrar á la naturaleza? Secundémosla. Así como procuramos aumentar artificialmente la altura de la cascada ó la potencia de la pila eléctrica, aumentemos también, cuando esté en nuestra mano, las desigualdades sociales. Haya grandes y pequeños, privilegiados y desheredados, libres y siervos. Con sólo que las alturas sean accesibles á los de abajo, está cumplida la condición que demanda el estímulo. A mayor desigualdad, mayor trabajo».

Otra contradicción se halla en el espectáculo de la lucha natural por la existencia. Luchan todos los seres, unos contra otros, por vivir mejor. «¡Y pretendéis que el hombre sea una excepción en el mundo! ¡Y queréis que la paz sea la ley de las sociedades! ¡Y abomináis de la lucha dura, pero fecunda, en que los intereses individuales puestos en conflicto impulsan el progreso y cumplen los decretos del destino! ¡Y pugnáis por sustituir vuestros menguados convencionalismos jurídicos á la norma perdurable de la naturaleza y á la ley misma de la vida!

»Consecuencia: la paz es un mal; no hay otro bien que la discordia. Sea el hombre un lobo para el hombre. Que también en el seno de las humanas sociedades el pez grande devore al chico. Sirva el egoísmo de móvil del obrar, la fuerza de razón, la impotencia del único freno. No haya entre los hombres otra solidaridad sino aquella que conduzca á aumentar sus energías devoradoras. No haya entre las naciones otra paz sino aquella que les convenga. Haga cada cual de su propio interés la medida de lo justo y de lo injusto. Borremos las leyes, quememos los Códigos. Desterremos de nuestras almas todo sentimiento de justicia y de humanidad. Pues la ley de la naturaleza es la lucha, luchemos. En los males particulares se engendra el bien general, y de la recíproca destrucción de las partes dimana la subsistencia del todo».

Pero Calderón está muy lejos de pensar que sean falsas las leyes de la Biología ó de la Física. Lo único que se hace preciso es distinguir la condición diferente de la llamada naturaleza y del hombre. Por muchos puntos comunes que tengan, son más los disconformes. La obra de la civilización empieza por ser, casi toda, una obra contra la naturaleza, que el hombre va dominando, modificando, convirtiendo en sierva suya.

«¡Y la organización misma de la sociedad humana sería una excepción de esta regla! ¿Tomaremos, para regular nuestras relaciones, ejemplo en los seres inanimados y lecciones de las bestias? ¿Trocaremos la ley de la justicia por la ley del desnivel, y el ideal de la paz por la mutua destrucción de los seres?

¿Iremos á buscar la norma de nuestra conducta en el desequilibrio de las temperaturas y no en los dictados de la conciencia y del derecho?

»Volvamos á la naturaleza, en buen hora—termina diciendo el autor;—pero sea á la naturaleza del hombre, no á la de las cosas. No imitemos á la naturaleza en su inflexibilidad, en su dureza, en su carencia absoluta de toda norma de equidad, en su ciega y brutal indiferencia respecto del bien y del mal. No renunciemos, á pretexto de que somos seres naturales, á todo sentimiento altruísta, á todo instinto de justicia, á todo espíritu de abnegación, á toda noción de deber, para calcar la organización de la vida civil sobre el modelo de las leyes que rigen á la materia inerte ó de los impulsos que mueven la inconsciente actividad del bruto.»

En el mismo número, el Sr. Barrada describe sus impresiones en la visita hecha al Hospital Español de Buenos Aires. Comienza diciendo una cosa que nunca debería olvidarse entre nosotros: «Fáltales aún, á los maestros del idioma que allá en la tierra han escrito sobre psicologías regionales, contemplar y discurrir un poco sobre esta alma heterogénea de las colectividades españolas que se desarrollan fuera de la patria, para enderezar y acomodar cuerdamente algún que otro concepto desviado que por ahí anda, y muy principalmente para aquilatar en toda su pureza la pujanza indomable de este titán soñoliento que se llama alma española. Hay que ver los bríos, la tenacidad, el vigor que el pueblo español desenvuelve fuera de la Península, para formarse idea cabal de los grandes recursos almacenados que atesora». (Nótese que aun los españoles más pesimistas, v. gr., Costa, creen esto mismo; Costa, que tiene por muy probable que España desaparezca, afirma que se salvará *el español*.)

La Sociedad de Beneficencia Española se fundó oficialmente en 1856. En 1872 colocó la primera piedra del Asilo, en un terreno que valía 245.000 pesos ^{m/c}, y en 1878 estaba terminado por completo.

«Y así, de etapa en etapa, desde el primer cuadro demostrativo clínico presentado en 1879, que comprende desde Diciembre de 1877 á igual mes de 1878, con 378 enfermos, hasta la última Memoria de Febrero de este año, en que aparece un movimiento estadístico correspondiente á 68.718 hospitalidades, la Institución ha ido de progreso en progreso aumentando sus medios de acción, ya con arreglo á las múltiples exigencias del servicio, ya á las nuevas adquisiciones de la ciencia.

»Allí hemos admirado un soberbio departamento hidrotérapico, un excelente gabinete de electroterapia y radiología, una completa sala de operaciones, y todo esto cuidadosamente atendido por reputaciones de la talla de Carlé, Solá, Cobos, Real, Lizarralde y González Pellicer, cuyos nombres son suficiente prueba del cuidado con que la Sociedad vela por sus enfermos.

»Por todas estas causas, sin duda alguna, hemos visto desaparecer de nuestro hospital la nota triste, que suele ahuyentar de las casas de salud toda idea animadora.»

El hospital es, en efecto, no sólo un edificio suntuoso y de admirables condiciones higiénicas, sino un edificio alegre, donde se procura contrarrestar la depresión moral que el dolor físico imprime en los enfermos.

HISPANUS

LIBROS RECIENTES.—Querido Moheno, J. R., *Cuestiones trascendentales*. Méjico, 1904.—Dr. Carlos O. Bunge, *Educación de la mujer*. Buenos Aires, 1904.—Ch. H. Hubérich, *The Trans-Isthmian Canal: a study in American Diplomatic history (1825-1904)*. Austin, Texas, 1904.—Un Español, *Cartas á un bizkaitarrista furibundo*. Méjico, 1904.—Jesús Urueta, *Alma poesía*. Méjico, 1904.

CRÓNICA LITERARIA

Discurso leído en la inauguración del curso académico en la Universidad Central por el Dr. Brieva y Salvatierra.—*Bosquejo del reinado de los Reyes Católicos.*

El discurso leído por el Dr. D. Fernando Segundo Brieva y Salvatierra en la apertura del presente curso en la Universidad Central, es un escrito interesante desde los puntos de vista literario é histórico. Es un estudio ó, mejor que estudio, apología de los Reyes Católicos y su época, tema, de cierto, muy tratado, y al que es difícil dar color de novedad cuando no se persigue la investigación de pormenores, inagotable en cualquier época, sino el juicio general de personas y sucesos, por estar este juicio en todo lo principal asentado ya con autoridad de cosa juzgada y ser improbable que en algún punto capital se modifique.

No sé que el estudio del Sr. Brieva haya sido hasta ahora objeto de examen algo detenido, por más que haya alcanzado mayor notoriedad de la que suelen tener discursos tales fuera de los Paraninfos universitarios, gracias á la censura que han hecho varios periódicos de las ideas histórico-políticas que el Sr. Brieva sostiene en punto al establecimiento de la Inquisición y á la expulsión de los judíos.

Suele haber en todo escrito que no sea de una radical y completa insignificancia, algún rasgo que es como su clave, por expresar mejor que otro alguno, sin propósito deliberado del autor, el pensamiento y el sentir á que obedece la obra. No

hay que cavilar ni que molestarse mucho para descubrir ese rasgo en el discurso del Sr. Brieva. Está bien á la vista, en la superficie; es el estilo, y aun, puntualizando más, pudiera decirse que el lenguaje. Se ha dicho que el estilo es el hombre, y pocas veces podrá verse comprobada con mayor exactitud tal inducción que en este caso. Lo cual digo sólo por lo que toca al pensador; que en lo demás, yo no conozco al Sr. Brieva ni sé si su carácter y modo de ser estará en armonía con su estilo literario.

Pues esto que del estilo se ha dicho y repetido tanto, que todos lo saben de memoria, se ha de decir también del lenguaje, parte del estilo. Mucho se engañaba Talleyrand al decir con maligna agudeza (si él fué quien primero lo dijo, que frase es ella de las que tienen muchos padres y todos inciertos) que la palabra había sido dada al hombre para mejor disfrazar su pensamiento. Al hablar así, no cayó en la cuenta de que se delataba y hacía el más fiel retrato de su natural, desmintiendo su dicho, que la verdad quiere salir á la superficie y se le escapa al hombre por mucho que la tape, por ser ella lo conforme al orden de la Naturaleza, y como la luz, que por cualquier rendija se filtra.

Ese testimonio que da el lenguaje con sus formas, tanto ó más que con lo que dice, es fehaciente y claro en el discurso del Sr. Brieva. El lenguaje y el pensamiento forman aquí un matrimonio tan bien avenido como el de D.^a Isabel y D. Fernando, y muy más semejante que lo fueron entre sí aquellos grandes reyes, los cuales, puesto que tan bien se entendiesen y se completasen, no en todo fueron parecidos.

La primera impresión que produce leído este discurso, y la produce tan pronto que no es menester pasar del exordio para sentirla, es que nos hallamos en presencia de un escritor del siglo xvi, no de un escritor contemporáneo. El léxico, en parte, pero mucho más el corte de la frase y la construcción, acercan este texto literario al tipo de habla del siglo de oro, y le separan de los estilos dominantes hoy entre escritores. Y

no se trata de una reconstrucción erudita y paciente del pulido lenguaje de nuestros clásicos, empeño que ya sería difícil en un discurso de 117 páginas en 4.º mayor. Patente está en la soltura de la frase que el Sr. Brieva no tiene que esforzarse para escribir así, sino que aquélla es la forma de expresión con que se viste naturalmente su pensamiento. Indicación preciosa para explicar por ahí las ideas que en el discurso se mantienen. El docto catedrático de la Central es literaria y filológicamente contemporáneo de nuestros escritores del siglo de oro. No nos asombremos de que en el pensar sea también contemporáneo de ellos.

Por lo pronto, es un mérito del discurso ese estilo. Cierto que las lenguas no se petrifican, y van pasando por sucesivas formas del decir, siendo empeño vano querer que retroceda ó se pare esta corriente. Pero en esas distintas formas y etapas históricas del lenguaje hay alguna que supera intrínsecamente á las demás por la mayor belleza y elocuencia del habla. En España, hasta ahora y en lo tocante al castellano, ese período de mayor perfección del lenguaje es el del llamado siglo de oro. Por eso nos cautivan los escritos de aquella época, y siguen siendo modelos del buen decir, á pesar de las variaciones naturales del idioma; modelos relativos que no hay que copiar á la letra. Así, en la admiración ó el agrado con que se leen los textos literarios de entonces, no es todo, ni acaso lo más, aunque sea parte, la afición arqueológica, el interés que despiertan las cosas pasadas á que prestó el tiempo su pátina, sino reconocimiento tácito de excelencias intrínsecas. Debiéronse éstas al estudio de las humanidades, principal en aquella sazón y casi único; al dominio de la lengua latina y asiduo trato con sus buenos autores, y en parte también al ingenio de los muchos escritores de gran mérito que llevaron entonces la dirección del gusto, y aun se podría añadir que á la edad en que la lengua se hallaba, en plena virilidad juvenil y lozana, reciente aún su formación, pero definitivamente constituida y pasadas las fases preliminares de su desarrollo.

Tiene el discurso del Sr. Brieva la grave y elegante elocuencia de los antiguos historiadores castellanos, que tomaron por modelos del escribir y componer la historia á Tácito, Sallustio y Cornelio Nepote. Algunas de sus páginas recuerdan las de D. Diego Hurtado de Mendoza, en su *Guerra de Granada*, que semejan elocuencia latina escrita en castellano.

Me parece dato muy expresivo para juzgar del espíritu del discurso, el estilo, por la comunión espiritual que revela con sus modelos. Ese dominio de un estilo que ya no es corriente sólo puede haberse adquirido mediante un asiduo trato, casi exclusivo, con los antiguos escritores castellanos, del cual trato ha nacido ó se ha fortalecido, si por ventura existía, una completa compenetración de ideas con ellos.

*
*
*



Más que un juicio del reinado de los Reyes Católicos, de lo que fueron y lo que hicieron aquellos insignes monarcas, el discurso del Sr. Brieva es una apología, y hay que reconocer que grandemente se prestan á ello los personajes y la época, que es como la aurora y la juventud de la grandeza española.

Lo primero que quiere mostrar el Sr. Brieva es que se completaron de tal suerte las cualidades de Fernando é Isabel, que el uno no hubiera podido llevar á cabo, sin el otro, la grande empresa que de consuno realizaron, con lo cual contesta á los apasionados de uno ú otro de aquellos Reyes, que al ensalzar al preferido rebajan al otro y le tienen en menos, tesis histórica cierta, aunque las cualidades morales de la Reina Católica sean más propias para inspirar admiración que las de su esposo el príncipe aragonés, uniéndose á esto el mayor mérito que tiene el que una mujer se elevase á tales alturas en la gobernación de pueblos.

El cambio de costumbres que se opera en Castilla desde los tiempos enriqueños á los de la Reina Católica, inspira páginas elocuentes del discurso. Tras esta verdadera revolución

desde arriba, va examinando el disertante las empresas grandes del reinado, la toma de Granada, remate de la reconquista, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y, á par de ellas, los cambios operados en la constitución política interna por obras tales como el sometimiento de la nobleza inquieta y desmandada, consumado con la incorporación á la Corona de los maestrazgos de aquellas Ordenes militares que eran—dice el Sr. Brieva—reinos dentro del reino, torre del homenaje de las rebeldías.

Abundan en el discurso los retratos históricos. Antecesores, contemporáneos y sucesores de los Reyes Católicos, son evocados por el historiador. De San Fernando, del rey Don Pedro de Castilla, de los dos grandes Austrias, Carlos y Felipe, y también de los personajes principales que figuraron en la corte de Isabel y Fernando ó vivieron en su intimidad: el cardenal Mendoza, Cisneros, Fray Hernando de Talavera, el Gran Capitán, D.^a Beatriz Galindo, D. Gutiérrez de Cárdenas y su mujer doña Teresa Enríquez, se hacen referencias que, á veces, contienen en palabras breves semblanzas acabadas, adorno que cae bien al estilo de este discurso, conciso en cada frase, sobrio de artículos y adjetivos, propio en los tiempos de los verbos, pero en conjunto florido y abundante en digresiones retóricas, como solían ser los de aquellos autores pasados, en cuya lectura formó sin duda su gusto el Sr. Brieva, y que combinaron la sobriedad y concisión de las expresiones parciales con la exuberancia y aun ampulosidad del conjunto.

Imparciales me parecen á mí los más juicios que de estos personajes y de los sucesos del tiempo estampa el autor del discurso, juicios que, con ser á veces demasiado blandos y benignos (v. gr., el del rey Don Pedro), no suelen ocultar los defectos que afearon á algunas de las personas de esta historia. Aun siendo, como es el Sr. Brieva, apologista de los Reyes, no deja de reparar ciertas flaquezas de D. Fernando, ni de ver en las costumbres del gran cardenal de España, ó séase de Mendoza, puesto que á él se aplicó el título que mejor cua-

drara á Cisneros, dejos del siglo xv, efectos del Renacimiento que rigió para todos, clérigos y seglares.

*
* *

No podía faltar en un discurso semejante el examen y juicio de dos hechos de tanto bulto como el establecimiento de la Inquisición y la expulsión de los judíos, sobre los cuales ha dictado la posteridad sentencia muy distinta del general sentir de los contemporáneos. Y no hay que maravillarse de que el Sr. Brieva, que piensa muy á la española antigua, y siente más como hombre del siglo xvi que como de los tiempos actuales, ponga decidido empeño en justificarlos, no sólo con aquella racional explicación que suelen dar de los sucesos históricos las circunstancias de los tiempos en que acaecieron, sino con el empeño y la pasión del hombre de escuela, alabador de un pasado grato á sus sentimientos y creencias.

Esta parte es la más discutible del discurso y la que han discutido, ó, si se quiere, criticado de pasada algunos periódicos, no ciertamente por razones de crítica histórica, sino políticas, pues todavía, por efecto de nuestras luchas civiles y de nuestra propensión á la intolerancia, no se puede discutir con frialdad la Inquisición, examinándola como un hecho que pasó, como un fenómeno, con los ojos serenos y desapasionados del historiador, sino que tras un siglo de suprimido el Santo Oficio aún siguen sus despojos en el campo de batalla, sin que hayamos conseguido encerrarlos definitivamente en la huesa de la historia.

Hay que reivindicar la independendencia del historiador frente al juicio apasionado de reaccionarios y de librepensadores, de esos que sólo dan licencia para pensar según el patrón de sus opiniones. La historia debe estar consagrada á la verdad, no curarse de otra cosa alguna, ni más que á la verdad guardar respetos. Y en este punto que ahora tratamos, tan absurdo y violento es sostener que la Inquisición fué una institución impuesta á España contra el sentir general de las gentes

por el fanatismo de unos reyes y que la masa general de la nación española pensaba de ella en los tiempos de su florecimiento lo que piensan hoy los librepensadores, como dar á la Inquisición por espejo de las instituciones humanas, doliéndose tal vez de que la perversión de los tiempos no consienta su restablecimiento, y juzgando cuanto malo de ella se ha dicho impostura de herejes extranjeros, á que ningún buen español debe prestar oídos. El patriotismo nada tiene que ver en los juicios de la historia, la cual se debe entera á la verdad, ciudadana de todo el mundo, y no ha de regirse por sentimientos ni respetos humanos. De estos dos extremos quizás, moralmente es más disculpable el primero, debido por lo común á ignorancia y falta de sentido histórico, mientras que el segundo suele ser, si más estudiado, menos sincero. A buen seguro que los más de los panegiristas de la Inquisición no querrían entenderse con los Tribunales de la Fe, ni tendrían por qué felicitarse de su resurrección si ella fuere posible.

A mi parecer, el discurso del Sr. Brieva no cae en el segundo de esos extremos, aunque no todos sus razonamientos me parezcan imparciales ni ajustados á la realidad de los hechos. De la explicación y aun justificación histórica que da de la Inquisición, mucho hay que admitir. Cuando dice: «No hay poder de hombre que instituciones como el Santo Oficio pueda imponerlas contra el común sentir», ó advierte que hay que ver las cosas en su tiempo y lugar, no se puede menos de suscribir las palabras del Sr. Brieva. Que la Inquisición fué expresión exacta del sentir de los españoles en materia de intransigencia religiosa, es cosa que apenas puede dudarse abiertos los libros de la historia, y hasta indirectamente vienen á confirmarlo los que sostienen la tesis contraria, como Llorente en su discurso, por lo rebuscado y excepcional de los testimonios que aducen. Pero que la Inquisición y la intolerancia fueron buenas en sí, es ya otro cantar. No lo fueron, como no lo fué la esclavitud ni tantas otras cosas que tuvieron, sin embargo, su razón de ser y obedecieron á una necesidad histórica.

Cierto es también que la Inquisición adoptó los medios procesales usados en su tiempo. No inventó el tormento. Puede discutirse si, como dice con referencia á Schack el Sr. Valera en su discurso de contestación al Sr. Núñez de Arce, tantas veces invocado por los apologistas ó defensores del Santo Oficio, hubo más brujas quemadas en Alemania durante sólo el siglo xvii que herejes, judaizantes y moriscos castigados por el Santo Oficio durante todo el tiempo de su existencia. Desde luego el hecho de que para los delitos religiosos se creara aquí una jurisdicción especial y privilegiada, que llegó á ser la más fuerte y temida de todas y alcanzó duración secular, acusa que hubo en España mayor intolerancia. En extremo verosímil parece el dicho del mismo Sr. Valera de que «la parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia». A la esfera de lo opinable pertenece también si la Inquisición evitó que hubiera en España guerras religiosas como las de Francia y Alemania. Tal vez aquí pudo sostenerse y arraigar el Santo Oficio por existir una abrumadora mayoría ortodoxa, que hubiera hecho imposible tales contiendas civiles, aparte de faltarles el apoyo eficaz y casi decisivo que en Alemania pudieron prestar y prestaron á la religión reformada príncipes del Imperio. Decir que el pueblo español, por lo mismo que era tan vigoroso y sano, podía ofrecer mayor alimento á la herejía, como las personas de complexión robusta á ciertas enfermedades, es una comparación que nada demuestra.

Mucho más aventurado é incierto todavía parece el argumento á que se acoge el Sr. Brieva, de que siendo tan diferentes y amigos de su independencia los reinos que reunieron Isabel y Fernando, hubieran perdido la soldadura á no mantenerlos juntos la fe, que era lo común en ellos, sirviendo á tal obra de instrumento la Inquisición. La fe por sí sola no basta para conservar unidos pueblos diferentes. Católicos eran los más de los franceses, puesto que los hugonotes fueron siem-

pre minoría, y ni en los tiempos triunfantes de la Liga quisieron ser por españoles gobernados. Ni era la fe lo único común entre los reinos españoles, si diferentes en leyes, unos por la historia, la raza y los rasgos esenciales de su civilización y costumbres.

Aún yerra más, á mi parecer, el Sr. Brieva, al sacar consecuencias universales de estos hechos y pretender, como quien no dice nada, que la Inquisición salvó á la cultura europea, pues faltando aquélla se hubieran señoreado de Europa y del mundo las dos que él llama barbaries, la barbarie turca y la barbarie protestante, y fuera otra vez, si no España, Andalucía, berberisca, ó acaso turca, deshaciéndose la obra de los Reyes Católicos y volviendo los tiempos en que un Carlos Martel tenía que detener la invasión musulímica en los campos de Poitiers.

La Historia lo desmiente. Aun antes que España alcanzara el poder que consiguió en el reinado de los Reyes Católicos y engrandeció luego bajo los Austrias, las últimas invasiones africanas de almoravides y almohades no pudieron ya contrarrestar el triunfal empuje de los reinos cristianos, y fueron efímeros sus adelantos y victorias. El estado de Europa, con poderosos reinos sólidamente constituidos, hacía imposible la conquista turca, aunque el Imperio de los osmanlíes no hubiera llevado dentro de sí causas de disolución y ruina que marcaban un límite fatal á su desarrollo y preponderancia. La decadencia turca no se explica sólo por un combate naval desgraciado para las armadas del Gran Señor, pronto repuestas de la rota de Lepanto, ni ya en el siglo xvi una batalla perdida podía acabar con un Imperio, aparte de que no está demostrado que gracias á la Inquisición vencieran al turco las galeras de España, del Papa y de Venecia. Toda esta parte del discurso hay que tomarla como un mero recurso oratorio, y hay que reprender en ella además lo de la barbarie protestante. Herejía no es sinónimo de barbarie, ni causa necesaria de ella, y es visto que no estorbó la Reforma el desarrollo y

progreso de la civilización en los pueblos que la abrazaron. Decir lo contrario es achaque de pasión semejante al de los que explican la decadencia de los pueblos latinos por haber permanecido en la obediencia de la Iglesia de Roma.

Tampoco el florecimiento de las Letras y las Artes en los reinados de los primeros Austrias permite atribuir á la Inquisición influencia bienhechora en aquel buen suceso. La mera coexistencia de instituciones y estados sociales no prueba entre ellos relación de causa á efecto, error más palmario todavía que el *post hoc ergo propter hoc*. Podrá pensarse, en todo caso, que la Inquisición no estorbó aquel florecimiento, como dice D. Juan Valera en su citado discurso, tan sobado y traído por los tradicionalistas, que parece como si no tuviesen otro testimonio moderno y liberal de que echar mano. Pero de esto á pensar que la Inquisición fuese parte para el progreso literario y científico hay muchas leguas de distancia, mal camino para la lógica.

Empero no se contenta el Sr. Brieva con la justificación histórica del Santo Oficio: pretende aportar también una justificación filosófica, y expone una teoría de la tolerancia, mejor doctrina y defensa de la intolerancia. La tolerancia sólo puede existir unida á la indiferencia ó al escepticismo, ó bien en cosas opinables. Todo hombre es por naturaleza intolerante en algo. El hombre quiere invenciblemente lo que su entendimiento afirma y su voluntad ama. No cabe, pues, la libertad del error, de que habló el Sr. Silvela. El docto catedrático autor del discurso confunde la tolerancia interior con la exterior, que es la verdadera tolerancia. No cederá el que esté plenamente convencido de una cosa al parecer contrario; mas de ahí no se sigue que tenga derecho á imponer el suyo. Aunque no mereciera estima la consideración de la relatividad y la falibilidad del conocimiento humano, siempre triunfaría la razón, demostrada por la Historia, de que los males del error son menores de los que trae la imposición de opiniones por vía de autoridad, fatal obstáculo para todo progreso, y empre-

sa, por añadidura, inútil, porque jamás acabó la persecución con ideas vivideras.

Con los mismos argumentos trata el Sr. Brieva de la expulsión de los judíos, citando, muy á propósito, el antisemitismo moderno, para mostrar el aspecto social que siempre ha tenido la cuestión judaica, en que, á la verdad, pesaron y pesan gravemente las riquezas y las artes usurarias de Israel. Y aquí sí que hay que convenir en que el acto de los reyes obedeció á un movimiento de opinión, de antiguo manifestado, á veces en bárbaras matanzas y saqueos de juderías.

Defensores tuvieron, sin duda, los judíos, más en las altas clases que en la popular; pero la generalidad de la nación vió con buenos ojos su extrañamiento, cuidándose poco de las consecuencias económicas que resultaren en lo porvenir, cálculo á que suelen ser ajenos los movimientos del vulgo, inspirados casi siempre en motivos de lo presente ó lo pasado: nunca, ó rara vez, en previsiones para los tiempos que han de venir. Aquel acto político fué en su tiempo una medida popular, democrática, en que el poder más pareció seguir al espíritu público que guiarle, caso frecuente en las Monarquías antiguas, en que el sentir de los súbditos pesó mucho más de lo que nos figuramos al mirarlas de lejos y ver antes que nada su aparato exterior de autoridad é imperio del príncipe.

No puede menos de reconocerse que, aun en aquellos puntos en que más se aparta del pensamiento moderno y, lo que es peor, de la imparcialidad histórica, argumenta el Sr. Brieva con habilidad dialéctica, usando en servicio de sus opiniones ó creencias de las armas que pueden ofrecer una cultura histórica sólida y extensa y un entendimiento claro; pero el mérito mayor del discurso es el que al principio decía: la elocuencia de su estilo, aquella limpia y elegante prosa castellana que parece escrita en el siglo XVI.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—ENCICLOPEDIA: Lord Spleen en Cornualles.—BELLAS ARTES: Watteau y la tisis.—COSTUMBRES: La *snobinette*.—La tarjeta ilustrada en Alemania.—CUESTIONES SOCIALES: La policía de costumbres y la moral sexual.—La competencia japonesa.—LITERATURA: La lengua literaria contemporánea.—DE RE MILITARI: La táctica japonesa.—IMPRESIONES Y NOTAS: El *Amor*, de Michelet.—Las *Memorias* de Elena Keller.—Ferrocarriles y tranvías.—Correo eléctrico.

ENCICLOPEDIA

LORD SPLEEN EN CORNUALLES.— Con este título publica A. Suárez en *La Renaissance Latine* una serie de notas é impresiones de todo género, dignas algunas de ellas, por su originalidad de fondo ó de forma, de ser recogidas. He aquí las más interesantes:

Nada tan triste como la nieve en los países en que el cielo no es claro: es la tristeza de la ceniza helada; bajo el espacio obtuso, rebajado, lleno de pliegues, la comarca aparece pálida, con lívida blancura; todo lo que no es nieve tiene la arista sombría y dura del hierro, y el campo toma el aspecto de un inmenso y eterno cementerio; negro sobre blanco, blanco sobre negro: los árboles, cruces negras; las casas, sepulcros; y la tierra nevada, la losa de mármol que cubre al país. Semejante á la nieve de esos países es el pensamiento de envejecer en los corazones consumidos por la pasión de vivir.

La ciencia es un perro rabioso que muerde al yo, su amo; mordidos y condenados, sepamos al menos que lo somos. La ciencia es un perro, dice ese yo desesperado; no puedo aho-

garlo; es un cerbero inmortal con cabezas de hidra; pero no lo quiero, no adoraré á mi perro. Hay una escuela que adora toda clase de perros domesticados de bronce, de orejas de oro, como Anubis; se invoca á esos perros bajo muchos nombres ilustres: la libertad, el derecho de las mujeres, el derecho de vivir y otros semejantes. Donde ya no hay un solo Dios, ¡cuántos ídolos!

Una sociedad de librepensadores es lo más ridículo que hay: se asocian para pensar libremente tres ó cuatro intrigantes, dos ó tres profesores y un antiguo cura renegado; y ese es el colegio de los nuevos sacerdotes. Pondrán algún médico ó algún químico á su cabeza, para ejercer de gran pontífice; no carecerán de Pitia ni de mujeres de pelo corto. ¿Dónde se vió mostrar mejor que se ignora lo que es pensar y lo que es ser libre? Enhorabuena que se asocie uno para no pensar; la multitud es una magnífica asociación para no pensar. Pero ¡una sociedad de librepensadores! ¿Qué bufonería hay que iguale á ésta? Sólo han olvidado un punto: que se debe ser solo y estar solo para pensar libremente, y hasta para pensar. Sin embargo, los intrigantes se servirán del químico; la sociedad de librepensadores hará el negocio de dos ó tres candidatos, y el librepensamiento acabará quizá por parir un ministro.

Los librepensadores, si obran, mienten; no se obra en virtud de la razón; el conocimiento es lo contrario de la acción; fe contra fe es siempre la acción. Todas las Iglesias mienten unas sobre otras: por eso los librepensadores mienten sobre todas las Iglesias; y no es que la calumnia sea un dogma: es que para ser de una Iglesia no hay que hacer justicia á las demás; los librepensadores hacen una religión contra las religiones, y en la suya todo el mundo es del Santo Oficio. La ciudad de los librepensadores es un presidio en la isla de la moral.

Cómo su sexo está oculto, la mujer se oculta del hombre; llena de pudor con el hombre, la mujer carece de pudor con las demás mujeres. El pudor del hombre es, por el contrario,

con el hombre mismo; y el hombre más delicado ó más fuerte en sus voluptuosidades, deja caer junto á la mujer un pudor que reaparece siempre en la sociedad de los hombres; más que á la mujer, el hombre oculta su desnudez al hombre.

Más que todo, el amor es lo desconocido; no se ama más que el misterio; en lo que más se ama, se quiere lo que se busca, lo que no se ha descubierto, y, frecuentemente, lo que se teme conocer; la carne tiene también sus curiosidades, y se cesa de amar en cuanto uno se persuade de que ya no tiene nada que aprender de lo que se ama. En el amor más puro que haya en el mundo, el de padre á hijo, á despecho de la vida común, el misterio es extraño, y la ternura se recrudece á medida que el enigma se renueva. Toda mujer reina sobre el deseo que excita; es reina el día en que es deseada, y la última de las mujeres tiene este imperio: de ahí su importancia. Las mujeres nuevas que se han cortado el pelo para hacer brotar sus ideas, desprecian el amor y no se cuidan de la belleza. ¿Quién sabe, sin embargo, si vivir de su cuerpo no vale más que vivir de su cerebro?

Exceptuados el arte y el amor, el más hermoso pasatiempo es la ambición... No debe echarse en cara al ambicioso más que una bajeza: el crédito que concede á los demás hombres; de ahí todas sus debilidades: la bajeza, la elocuencia, la mascarada y la consagración en Nuestra Señora. Baja del caballo para vestirse de histrión; llega hasta á mostrar sus piernas, esperando quizá una lisonja para su pantorrilla. Se da en espectáculo y lleva la librea del pueblo en lugar de hacer que el pueblo lleve la suya. El poder nos hace creer en nosotros mismos; jugamos entonces á la divinidad, que es la que juega realmente con nosotros. La pasión del poder es la más legítima de todas: de ahí lo ridículo del ambicioso sin fuerza.

Diez años de injurias y de insultos públicos economizan una revolución; la sangre de los ambiciosos se vuelve saliva, y la de los envidiosos baba; se caen los dientes, se gastan las garras y se vacía el corazón; en lugar de tirar al ene-

migo con bala, se le tira con adjetivos. El hombre de genio detesta su escuela, y el héroe desprecia su partido; no es uno de un partido sino para obrar; pero en todo lo demás se está contra él; no hay más que un medio, para el héroe, de entenderse con su partido, y es metérselo en el bolsillo; en caso necesario se tiene el bolsillo lleno de azúcar, y mientras lo chupan, la mano les oprime la garganta. Era el método de Bismarck.

Lo mismo que rubio ó moreno, un sabio puede ser demócrata; pero la ciencia no lo es. La ciencia es aristócrata. La ciencia no es amiga del pueblo; se burla de él y de los que para serlo se fundan en ella. El genio de la ciencia es el de la fuerza: nada de piedad para el error, nada de piedad para la debilidad; los débiles y los ignorantes deben desaparecer. En su sentido recto, la ciencia es el infierno de los débiles y la maldición de los humildes hasta la milésima generación. En la verdadera ciencia no hay sitio ni aun para la sombra de un sentimiento. El Jano del talento vulgar tiene dos caras, una de profesor y otra de autor. Los profesores son idealistas, porque viven en los libros, y los autores aparentan serlo porque buscan libros en la vida; los profesores fingen ser realistas para que se les tome en serio; y los autores lo son, á pesar suyo, para aprovecharse de ello. Unos y otros se desprecian mutuamente; y sin embargo, el profesor no es frecuentemente más que un autor para todo, y el autor un doble profesor; el profesor quiere ser lo que es el autor, y el autor hubiera podido ser lo que es el profesor. En general, los autores no profesan menos que los profesores, pero no tienen título; se vanaglorían de ello porque lo han pretendido al principio, y vale más despreciar lo que no se ha logrado que dejar creer que se hubiera podido obtener. Autores, profesores y sabios, ¡grandes reinos de hormigas! Mi nodriza y mi perra han hecho más por mi vida que todos esos hormigueros.

BELLAS ARTES

WATTEAU Y LA TISIS.—Así resume Camilo Mauclair en la *Revue Bleue* la vida de Watteau: «Veinticinco años de labor pobre, de investigaciones de sí mismo; once años de florecimiento de su genio, de los que sólo seis fueron vividos después de la muerte de Luis XIV; luego la desaparición á los treinta y siete años: he ahí la existencia de Watteau». Guillot le aconsejó sus temas; Ticiano, Veronés, Rubens y los holandeses formaron su técnica; pero ¿y su alma, de dónde ha venido?

Esa alma no tiene nada del siglo XVIII, ni la serenidad, ni el énfasis alegórico, ni el fastidio decorativo. Hasta entre la de Fragonard y ella había una inmensa distancia moral: casi tanta gracia en la maestría, pero no se sabe qué sustitución de la sensualidad al amor, de la provocación á la coquetería, del enervamiento á la morbidez, del sentimentalismo al sueño, del placer al goce, de la sombra que cubre á la sombra que vela, del sobrentendido al misterio, de lo lindo á lo exquisito, un grado disminuído de la belleza interior.

¿Qué hay en Watteau que no se encuentra en ningún otro? Su tristeza, procedente de su tisis, que le mató á los treinta y siete años. Todo lo que de él nos enseñan Julienne, que salvó sus dibujos, y Gersaint, su fiel *marchante*, es la psicología general del tísico: tristeza febril, seguida de grandes esperanzas y proyectos; violenta hipocondría, alternando con sinceros enternecimientos, deseo de agotarse por la sensualidad cerebral, desdén de los provechos materiales, nerviosidad, idealismo exacerbado por el mal, disposición nativa á la intuición de toda poesía: ése es Watteau y así son los tísicos. El paisaje del *Embarque para Citerea*, ese prodigio en que el azul del cielo se hace la expresión misma del sueño voluptuoso acabado en lo desconocido, no es el «paisaje escogido» del pintor Watteau; es el país mismo del sueño eterno de los tísicos.

El poema interior de Watteau excluye toda sensualidad; se ha hablado de su libertinaje, que no era más que de cabeza y que no le impidió «morir como buen cristiano», y este juicio prueba la incomprensión del genio de Watteau por su siglo. ¡El libertinaje, la galantería de Watteau! Todo en él expresa la insaciedad. La tisis desarrolla la sensualidad calenturienta; el enfermo quiere lo que le mata. El exceso genésico, sobrecitando sus nervios, le da la fatal ilusión de su energía vital, y el presentimiento de la muerte le invita á apresurarse á olvidar en la voluptuosidad el acecho de la nada. La tisis puede también desviar esta fiebre en la imaginación. Ciertos tísicos pueden tener fuerza bastante para privarse del acto mortal, dejando vagar su imaginación entre deseos monstruosos y perversiones sensuales cuya irrealización exacerba su salvaje ardor. Pero los hay que viven entre espejismos, cambiando todo deseo en sueño, y gustando la voluptuosidad dolorosa de la pureza, testigos melancólicos de los placeres de una vida que les está prohibido disfrutar; Watteau es de éstos. Sus personajes bosquejan el sueño del amor físico, y no lo materializan jamás. La mujer de Watteau deja ver su garganta, pero el misterio de su cuerpo bajo las telas no será ofendido jamás.

Watteau es un precursor del impresionismo. La vibración cromática que asedia al siglo XVIII y será la floración impresionista del XIX, él es quien primero la ha tenido, siendo el primer músico de la luz en movimiento. Pero también es un precursor de la ternura fatigada, de la neurosis casta, de la introducción del deseo de lo imposible en la voluptuosidad momentánea, nociones modernas todas que pueden resumirse en la fórmula de «la enfermedad de lo infinito», enfermedad que se encuentra en Novalis, muerto á los veintinueve años; en Chopín, muerto á los treinta y nueve; en Julio Laforgue, muerto á los veintisiete; en Alberto Samain, que murió á los cuarenta; como se encuentra en Mozart, en Edgardo Poe, en Heine y en Verlaine, aunque estos tres últimos no hayan muerto del pecho.

No se entienda, sin embargo, que esa enfermedad de lo infinito dé nada enfermizo á las obras de Watteau: dibujo, color, expresión, todo en ellas es magníficamente sabio, original y de mano maestra. El hecho fisiológico de la tisis no indica aquí sino una disposición especial á un idealismo que puede definirse: «la facultad de vivir desde esta vida en la que nos espera, en la realidad segunda». La enfermedad pulmonar es la única que afirma hasta este grado la delicadeza de las intuiciones, siendo una colaboradora del alma en el estado místico.

Todo tísico es un suicida corriente; le gusta gastarse, aligerarse. No puede vivir sino condenándose á no vivir, adoptando precauciones, sin emociones alegres ni penosas, cuando precisamente su enfermedad le predispone al amor de los grandes proyectos, de las grandes esperanzas y de los profundos sondeos de sí mismo. Esta enfermedad del cuerpo crea una exaltación mística del alma, cuyos productos no tienen nada de débil ni de decadente, sino que condensan por el contrario una fuerza extrema y una violenta emoción natural. No nos engañemos, pues, por la vivacidad, el lujo y la gracia de Watteau. Watteau es uno de los mayores maestros que hayan existido. Amémosle en su dolor, y sólo así le comprenderemos; como el canto del ruiseñor, la luna primavera nos invita á llorar sobre nosotros mismos, aunque exprese la alegría de un sér extasiado.

COSTUMBRES

LA «SNOBINETTE». —¿No sabéis lo que es una *snobinette*? Jorge Leconte nos lo dice en la *Revue Bleue*, en un artículo que el mismo La Bruyere no se desdeñaría de firmar para agregarlo á su colección de *caracteres*. Ved aquí lo que es la *snobinette*:

Habla de todo lo que tiene en efervescencia á las chismosas de moda, ó, mejor dicho, de lo que las tendrá mañana. Vibra con el entusiasmo que es *chic* compartir aquella noche, y se crispa por la última indignación de que es elegante estre-

mecerse. Tiene la opinión, el tocado, el estilo, la escritura, el caló mundano, y hasta las enfermedades cuya boga empieza. Es apasionada de los juegos, del lujo, de las chucherías, de los libros que avisados proveedores la sugieren y que ella cree descubrir. Se ajusta á la actitud, á la línea, á los gestos que su costurero le impone y que ella se imagina haber lanzado. Repite el tic y la mueca que la horizontal de moda ha puesto en circulación, y está dondequiera que hay que ser visto y citado en todas las fiestas de las que pueda decirse que «era de ellas».

Su disparatado revoloteo, que en un solo día la había hecho asistir á un gran entierro, procesionear en una boda, madrinear en un bautizo, afligirse en la agonía de un poeta ilustre y lucir su traje claro en el barnizado de un pintor mundano, retrasaban su aparición en una comida donde se la esperaba, y el rostro ceñudo de los anfitriones empezaba á descubrir su disgusto por aquella despreocupada tardanza. Pero ¡qué entrada la suya! En seguida las caras aburridas de los convidados hambrientos irradiaron, las de los amos de casa se plegaron con indulgente sonrisa, y en torno de la locuaz retrasada el hielo de la antecomida se fundió. Su tocado era como un murmullo de chismes: se adivinaba que lo sabía todo, que lo había visto todo, que por su boca iban á resonar todos los rumores de París. Y como los ojos de los niños esperando el espectáculo, así la sonreían las miradas de todos los presentes.

—¡Pobre gran Fleurville!— charla ella.—¡Qué tristes eran sus manos juntas, que no cincelarán ya la joyería de las palabras! ¡Y qué pequeña parecía su cabeza calva! ¡Una verdadera bola de rampa de escalera! ¡Qué lástima! ¡Otro brillante foco de arte que se apaga! ¡Qué desfile de glorias! Al meterlo en el féretro, una alteza imperial, dos académicos, una duquesa y el nuncio rezaban las oraciones de difuntos; en la antecámara una nube de reporters acechaban un detalle y un nombre, y en el salón una fila de jóvenes poetas hacían cola para obte-

ner el honor de velar el catafalco. ¡Dios mío! ¡Con tal de que esos reporters no embarullen los informes que yo he tenido la debilidad de no negarles! ¡Con qué impaciencia espero los periódicos de mañana! ¡Qué fastidio el ver siempre su nombre en los periódicos!... ¡El nuncio! Lo volveré á encontrar en el bautismo de mi primito; he aprovechado un segundo de reposo entre dos de sus oraciones para noticiarle al oído el feliz nacimiento del bebé, y ha parecido encantado; Rotschild será el padrino, y una descendiente del almirante Coligny la madrina... En el momento en que yo salía, Coquelin, el almirantísimo y la princesa de Gennevilliers acababan de preguntar por la puérpera. Yo tenía prisa de escapar al barnizado de nuestro admirable Mortora. ¡Qué arte tan francés bajo este apellido levantino! ¡Nada más que retratos de mujeres de moda y de gentes conocidas! ¡Desde la entrada era aquello un perfume de elegancia y un rumor de éxito! Una verdadera embriaguez, se sentía una vivir. Yo no podía faltar habiéndoselo prometido á Mortora, á quien había encontrado en la boda de Josse y en el entierro de Salivas, ceremonias contradictorias á media hora de distancia. Imposible faltar á una en provecho de la otra... lo habrían notado; muy difícil á causa de los trajes; yo tomé un color intermedio, y al salir de la misa de Himeneo cambié en el coche de guantes, de velo y de cara, y me salió perfectamente y pude volver al *lunch* de la boda. ¡Oh, qué elegancia! ¡El Gotha de la raza y de la gloria! Pero... ¡Dios mío! ¿No se entretenían en un grupo de jóvenes, amigas de la novia, en apuntar los amantes posibles de la recién casada? Señalaban hasta tres, de los cuales uno hasta pasa por haber sido hace dos años el tierno amante de la madre... muy bien conservada por cierto, aunque muy solemne hoy, y tomando en serio su papel de madre... como que era Su Eminencia el arzobispo de París quien daba la bendición.

Contando todo esto gozaba del efecto producido con gestos de gata que se relame, hallando tiempo para espiar las fisonomías, retener los nombres y las frases de las personas que figu-

raban en la mesa para poderlas citar y engalanarse con su prestigio en los dos salones donde tenía todavía que desahogar su charlatanería inagotable sobre los acontecimientos del día. Su cosecha, sin embargo, era allí escasa, pues los convidados famosos tiempo hacía tenían un renombre sin escándalo y sin la pimienta de la novedad; y lo que nuestra *snobinette* apetecía eran las reputaciones recientes, que ella se imagina haber descubierto y hecho resplandecer; las opiniones raras y las chucherías que nadie conoce, y que la hacen distinguir del común de los mortales; caprichos, fervores y desprecios que de ordinario no tiene ella espontáneamente, sino que recoge con fidelidad de algún majadero flemático y solemne, de alguna persona petulante amiga de distinguirse por la extravagancia de sus opiniones.

Avergonzada de su artesanismo un tanto timorato de antaño, es la apasionada de toda novedad; y aun sin esperar á que brote, espía su florecimiento y lo apresura cuando puede. De ahí que sea presa segura y consentida de todos los charlatanes, cimbalistas y trompeteros, víctima de todos los clowns de las letras y de las artes, con quienes no sólo simpatiza en el frenesí por las vegetaciones barrocas, sino en el desprecio de la armoniosa y augusta belleza. Porque si está muy al corriente de la más pequeña mata que acaba de surgir, es completamente ignorante de las flores eternas. Su espanto de ser una atrasada concierta á maravilla con su falta de verdadera cultura: niega, desdeña, y se compadece de las obras simplemente ricas en belleza sin estrépito ni escándalo.

Perpetua danza de San Vito, que exige invención y flexibilidad, que no deja descanso ni respiro, y en la que nuestra *snobinette* se esfuerza sin profundo placer, pues sólo goza de su aturdimiento, y sin verdadero provecho, pues el día en que al fin se detiene, extenuada, no es más que un farolillo apergaminado y ridículo, que de todos los potentes ruidos y grandes hálitos del mundo sólo ha percibido el rumor de las ante-

nas, de las alas y de las patas de los moscardones, sus semejantes, en cuya trepidación trepidó ella misma.

*
* *

LA TARJETA ILUSTRADA EN ALEMANIA.—La última en orden cronológico de esas soberanas de un día impuestas por la moda—bicicleta, fonógrafo, automóvil, etc.—es la tarjeta postal ilustrada, y su culto no ha llegado en ningún país al desarrollo que en Alemania: si no se viera no se podrían creer las estadísticas con sus cálculos inverosímiles; pero cualquiera que haya pasado unos días en cualquier ciudad alemana no vacila en aceptar las cifras más fantásticas de la circulación de las tarjetas postales.

No hay rincón en Alemania que no haya sido escudriñado para hacer de él una tarjeta postal, que es además la crónica ilustrada de todo suceso, y que hasta representa su papel en la vida íntima y diaria de la familia. Por su función política ó social, por su carácter popular y gracioso y por el tiempo que ahorra obligando al empleo del estilo lacónico, la tarjeta postal se ha creado un poder más sólido que el de muchas monarquías hereditarias. Nada la es extraño, y en la vida pública y privada la postal ejerce su imperio con su gráfica nota pintoresca.

En política internacional, la postal no deja pasar ningún suceso sin fijarlo. Así la Triple Alianza produjo multitud de tarjetas postales, como la que representa á los tres monarcas cogidos por la mano sobre un globo que representa el mundo, y cuya imagen indica que ellos sostienen su estabilidad; así la alianza franco-rusa produjo otra, que representa una balanza en cuyos platillos figuran los medallones de los tres monarcas en uno, y los del emperador y el presidente de la República francesa en otro, estando inclinado, como es natural, el primero, que arrastra al segundo por su mayor peso. La entrada de los alemanes en Hian-Tchen, obscuro suceso en los fastos de la historia, quedó representado por un marino prusiano en

traje de campaña fumando su larga pipa, mientras que con sus dos pesadas botas aplastaba la trenza de dos infortunados chinos.

La fiebre de actualidad es extremada; dos meses antes del jubileo del rey de Sajonia, todas las tiendas y escaparates estaban inundados de tarjetas de todos tamaños y colores con el retrato del rey y las escenas más importantes de su vida, y ocho días antes en Dresde era un delirio. Como en Alemania las fiestas y conmemoraciones se suceden sin interrupción, y todas con el mismo éxito, porque aquel pueblo no se cansa de tales espectáculos, no hay que decir la materia que constantemente ofrecen á la tarjeta ilustrada; pero cuando la furia llegó al colmo fué en aquel medio año en que se juntaron con los sucesos ordinarios la muerte de Bismarck y el viaje de Guillermo II á Oriente. El papel popular de la tarjeta ilustrada se marca perfectamente en tales ocasiones, y puede compararse con el que tienen en París la canción de actualidad y el juguete del día, artículo puramente parisién.

Cada ciudad, cada villa y cada pueblo se apresura á hacerse presente á la memoria frágil de la posteridad, y confía á la tarjeta el patrimonio de su gloria ó de sus bellezas; si con esto sale de la sombra alguna medianía, no hay que lamentarlo, pues así por lo menos no son ignorados del vulgo los verdaderos grandes hombres, cuya popularidad se extiende por medio de la tarjeta. Si se recogen clasificándolas en orden cierto número de tarjetas, se puede tener una especie de historia popular ilustrada de un poeta, de una ciudad ó de una época, pues todos los recuerdos están recogidos piadosamente y evocados en la tarjeta, realzados á veces por una divisa ó leyenda que los explica ó los exalta, y que suele estar tomada con raro acierto de las obras mismas del autor á quien se refiere la tarjeta. Así por ejemplo, la vida de Goethe puede seguirse paso á paso en las tarjetas postales desde Francfort, donde nació, hasta Weimar, donde murió, pasando por Leipzig, donde estudió; allí está su casa, allí su lecho de muerte,

allí el café donde entraba, ó la mesa en que escribía ó el jardín en que paseaba, todo, sin omitir el menor detalle. Estas tarjetas, además de documentos históricos curiosos, son modestos pero útiles y eficaces auxiliares de la enseñanza.

En el mismo orden figuran las tarjetas de ciudades con sus divisas antiguas que difunden su gloria y su fama por el universo entero; estas divisas suelen ser ditirámicas, aunque las hay merecidas. Así, la de Heidelberg dice: «¡Oh Heidelberg, notabilísima ciudad! ¡Sobre el Neckar y el Rhin ninguna otra ciudad podría compararse contigo!» La de Tubinga es el canto de marcha de un estudiante. «¡Oh Tubinga, ciudad fiel, de tu saber estoy lleno y saturado! ¡Adiós, venerables murallas, se acabó el trabajo aburrido; pero también se acabaron los hermosos ducados contantes y sonantes! ¡Vamos al valle! ¡Vamos al valle!» Bonn se intitula *Ciudad de las Musas*, y Maguncia *Perla del Rhin*. Así, la carta postal celebra las localidades y exalta el regionalismo, pero sin olvidar jamás la «gran patria alemana», cantada siempre y dondequiera en primer término.

Al lado de estas tarjetas que revelan el aspecto sentimental y patriótico de los alemanes, están las que atienden á la realidad de la vida práctica. El alemán es viajero que sabe viajar, y gusta de trenes rápidos, cómodos y baratos y tarjetas postales de informes. Nada mejor para eso que la tarjeta *ómnibus*, que se puede obtener en toda estación, donde por diez céntimos suelen dar los automáticos dos vistas diferentes de la comarca; en esas tarjetas está impreso un formulario que no hay más que llenar, y que comprende los datos relativos á la salud, al tiempo, á los vecinos del vagón, á la llegada, á las contrariedades, al estado del portamonedas y á la calidad de la cerveza, del vino y de la comida; llenáis el cuestionario con lápiz, echáis la tarjeta en la caja de la estación, y la tarjeta va á contar á vuestra familia lo más interesante de vuestro viaje. ¿Qué más práctico? La familia puede estar así al corriente del viaje, y el viajero apenas tiene que molestarse, pues

unos momentos le bastan para llenar la tarjeta y enviarla; terminada la expedición, se reúnen todas las tarjetas y se tiene una colección tan amena como interesante, que puede conservarse con verdadero gusto. Allí todo está previsto, y hasta en los sitios menos frecuentados se encuentra, no sólo la serie de tarjetas locales, sino una caja de cartero destinada á recibirlas después que en ellas ha estampado cada cual su impresión del momento para transmitirla á los suyos; ni siquiera hace falta ir provisto de sellos, pues ó las tarjetas están timbradas ó sus vendedores tienen sellos para ellas, y esto no sólo en los sitios accesibles, sino en la montaña ó en los lagos, dondequiera que pueda preverse que hay excursionistas. Así, en el Saubergensee, lago famoso por el palacio de Luis II de Baviera y por la muerte del príncipe que en él se ahogó en un momento de locura, se venden en el barco de recreo que lo recorre las tarjetas que reproducen aquellos pintorescos é históricos sitios, y las misivas allí escritas y echadas en la caja *ad hoc* del barco llevan el timbre de á bordo, que las hace doblemente interesantes.

Otro tipo de tarjeta es la comercial, tan pobre de invención como rica en formas. La única tarjeta de esta interminable serie de anuncios-reclamos digna de mención es la tarjeta prospecto de un restaurant de Jena. Sobre un fondo de campo y en un jardín con mesas, sillas y demás elementos de la profesión, se destaca majestuoso y jovial el patrón del establecimiento, antiguo estudiante fracasado, que reprobado en los exámenes, ha probado fortuna metiéndose á cervecero; debajo del retrato aparece su divisa en latín: «Estoy abrasado por el amor á la Universidad».

Celebre el encanto de un sitio ó la excelencia de un producto, narre un episodio ó popularice la divisa de una villa ó de una Universidad, la tarjeta postal desempeña su papel vulgarizador. Por eso ocupa importante puesto en todos los hechos de la vida alemana, públicos y privados, consagrando un aniversario, perpetuando la memoria sagrada de un sabio ó de

un poeta, poetizando mil recuerdos, consolando de la ausencia y filtrándose en todos los actos de la vida. Por eso también merece que la dediquemos estas líneas.

CUESTIONES SOCIALES

LA POLICÍA DE COSTUMBRES Y LA MORAL SEXUAL.—M. Aguilera, en la *Grande Revue* de París, entiende que la cuestión de la moral sexual, ya que no resuelta, está perfectamente planteada después del informe de la comisión nombrada para el estudio del régimen de las costumbres sexuales, que ha formulado, entre otras conclusiones, la necesidad de instruir á la juventud y al pueblo en la materia, acabando con las tradiciones de pudibundería conventual, que alimentan la ignorancia acrecentando el peligro; la imposibilidad de establecer el delito de prostitución, suprimiendo, en consecuencia, las penas administrativas dictadas contra las mujeres públicas; y la conveniencia de distinguir el aspecto higiénico de las consideraciones morales que complican la cuestión. Al lado de estos pocos puntos claros, ¡cuánta obscuridad!

La prostitución misma, que es el hecho social de que se trata, ¿qué es y cómo definirla? Turot acepta la definición de Richard, estimando como elementos constitutivos la venalidad y la falta de elección. Pero ¿quién no comprende que esta definición sólo es aplicable á las prostitutas pobres? ¿Por qué establecer una desigualdad que, desde el punto de vista de la higiene, sería un verdadero fracaso? Y si las medidas que se dicten han de aplicarse á *todas* las personas, como sostuvo el Dr. Neisser en el Congreso de Bruselas de 1902, ¿quién se atrevería á tanto sin caer en la más espantosa tiranía? ¿Cómo conciliar el principio de la reglamentación con el de la libertad individual?

Todas estas dificultades y contradicciones son consecuencia de la falta de principios establecidos y aprobados por la conciencia pública. En materia de sexos, la opinión corriente

vive de prejuicios y de errores manifiestos entre la moral del gozador, para quien toda mujer es una presa, y la moral ascética, que estima degradante todo impulso de la carne. En cuanto á la ciencia, vacila todavía en puntos esenciales para que pueda edificarse la moral sexual sobre sus conclusiones. Tratar la cuestión metafísicamente es extraviarse, como lo hizo Schopenhauer, en fórmulas abstrusas sin realidad práctica. Tomar, por otra parte, los datos de la biología y de la fisiología por reglas para la solución apetecida del problema, es sacrificar sus elementos más interesantes, so pretexto de simplificarlo, confundiendo la biología con la sociología. El método más seguro consiste en tomar de la ciencia sociológica los datos más ciertos, mostrando cuál es el sentido de la evolución en las relaciones sexuales.

Las diferencias existentes entre las varias sociedades provienen ó del régimen económico dominante ó de la influencia religiosa. A través de todas estas diferencias, es de notar que desde la aurora de la civilización se ha sentido la necesidad de reglamentar y disciplinar el instinto sexual. Esta fuerza disciplinaria fué motivada y sostenida por las creencias religiosas. Limitándonos al cristianismo, baste recordar que éste dió nuevo impulso á la formación de la moral sexual orientando al individuo hacia una vida superior que, por lo mismo, no podía convenir sino á una especie de aristocracia intelectual. La Edad Media exageró la tendencia y cayó en pleno ascetismo, considerando el acto genésico como una caída moral y el matrimonio como inferior al celibato, si no llegaba á ver en él una especie de prostitución, como el teólogo Alejandro de Oettingen.

Lutero reaccionó contra aquel ascetismo declarando que el matrimonio era cosa tan natural como el comer y el beber, siendo un preservativo de la corrupción; exigió á los padres que casaran á sus hijas á los diez y ocho años y á sus hijos á los veinte para evitar que fuesen «del diablo», lo que dió por resultado fortificar la tendencia á la hipocresía, que en mate-

ria de relaciones sexuales domina en los países protestantes. El dualismo religioso ha abierto un abismo entre la satisfacción del instinto y el amor, separando del amor la voluptuosidad y dividiendo las mujeres en dos castas: las destinadas á inspirarnos amor, y las destinadas á saciar la brutalidad de nuestros instintos:

Las relaciones sexuales han evolucionado comenzando por la poligamia, y pasando á la monogamia por la compra de la mujer, estimando primero el matrimonio como asunto social de tribu ó de Estado, luego como asunto personal, y recorriendo así los móviles determinantes de la unión sexual el camino de la obligación religioso, del instinto de conservación de la especie, del interés económico y del atractivo personal. El desarrollo del capitalismo y del maquinismo ha despojado á la mujer de su papel de guardiana del hogar, favoreciendo el desarrollo de la prostitución. El matrimonio, tal como lo conciben nuestros códigos, es hoy, ante todo, el matrimonio burgués, que implica un estado económico que sólo puede ser lote de una minoría.

Con el declinar de la fe religiosa se abría paso un nuevo concepto de las relaciones sexuales, regidas por la moral racional, que halló su expresión en el sistema de Kant, creyendo con Rousseau que la Naturaleza ha grabado en nuestras conciencias la forma normal de nuestros sentimientos. La experiencia nos hace hoy creer que no hay tal ley natural, sino que el origen de la moral sexual es biológico. En la Edad Media, el Cristianismo y la Caballería transformaron en amor el instinto sexual. El amor es una creación de la vida psíquica del hombre. La literatura contemporánea, y sobre todo la prensa con sus folletines y artículos cargados de especias, ha deformado las costumbres y bastardeado los sentimientos, cometiendo un crimen de lesa patria y de lesa humanidad. Bajo pretexto de desembarazar el amor de su cortejo sentimental y de lo que se llama sus mentiras, la imaginación no pasea ya sus fantasías á través del cielo y de la tierra, pero se ha hecho

la esclava complaciente de los sentidos. Así se ha reducido el amor al espasmo sensual, á la trepidación de los nervios; Aspasia y la Ninon no serían comprendidas por esta generación. Por eso es preciso provocar un movimiento de opinión para rehabilitar los matrimonios de amor, y no cansarnos de repetir que la transformación del apetito sensual en amor es, quizá, la más bella conquista de la civilización.

El socialismo supone que la reforma económica radical cambiaría el actual estado de cosas, poniendo á raya la prostitución. También se preconiza con el mismo objeto la unión libre, de la que Novicow se ha hecho apóstol. Esta unión libre no es necesariamente la poligamia ó la poliandria, sino «la unión del hombre y de la mujer mientras dure su amor recíproco». Concediendo á Novicow que esa unión no sea una licencia desenfrenada, ¿puede creerse que tenga razón cuando afirma que no es natural que el corazón hable cada mañana? La unión libre nos volvería al hetairismo antiguo. Conformes con que es un error de Schopenhauer creer que la unión sexual responde exclusivamente al propósito de la conservación de la especie, pues en ese caso mejor que el matrimonio sería establecer remontas para el ganado humano. La unión sexual es de importancia capital para el desarrollo moral del individuo, siendo el principal factor del altruísmo en la sociedad, por los deberes que impone á los padres el nacimiento y desarrollo de los hijos.

Toda la cuestión se reduce á esto: ¿debe la unión ser permanente ó efímera? Atendiendo al interés de la prole, la respuesta no es dudosa; y la monogamia, transformada de modo que asegure el desarrollo completo y armónico de ambos esposos, es la única solución que asegura el progreso social.

Las conclusiones que además se imponen son éstas: en el orden sexual, la intervención de la sociedad no puede tener más que una sola misión: garantizar los derechos de los individuos, impidiendo y reprimiendo todo ataque á su libertad y á su dignidad. La prostitución no es un hecho individual, sino

un fenómeno social que no constituye un delito, ni debe castigarse como tal. En cuanto á la reglamentación, sus partidarios no se atreven ya á invocar en su favor sino el interés de la salubridad y de la higiene públicas; pero aun desde este punto de vista, que hace perder al problema todo su interés moral, es de desear la desaparición de ese ruinoso edificio de profilaxis sanitaria, basado en la violencia de la libertad y de la dignidad humanas, y que sólo afecta á las más desgraciadas y miserables criaturas, sustituyéndolo por un régimen de derecho común, con una legislación severa que estableciera los casos de responsabilidad civil y penal de la contaminación.

*
* *

LA COMPETENCIA JAPONESA.—Dejando por ahora á un lado la China, y limitando el *peligro amarillo* al Japón, veamos si la industrialización japonesa amenaza seriamente la producción europea. Los pesimistas así lo afirman, declarando que Europa, que se ha complacido en crear el peligro eslavo y el peligro americano por la difusión de su cultura, ha abierto su tumba, creando el peligro amarillo, al instruir al Japón, suministrándole profesores militares é ingenieros.

Esto es lo que el doctor Max Nitzsche trata de rebatir en los *Preussische Jahrbucher*, estudiando ante todo los salarios, que en los últimos catorce años han subido un 135 por 100. Limitándonos á los ocho últimos años, he aquí el salario de los obreros por día, expresado en *yens*, unidad equivalente á dos céntimos y seis centésimas de franco:

OFICIOS	1894	1896	1898	1900
Carpinteros.....	30	38	47	54
Albañiles.....	31	38	46	54
Ebanistas.....	29	33	43	50
Zapateros.....	30	33	42	47
Sastres (á la europea).....	38	43	49	56
— (á la japonesa).....	25	30	34	39
Metalúrgicos.....	30	33	43	47
Papeleros.....	18	22	31	32
Tipógrafos.....	22	26	31	35
Impresores.....	23	27	30	34
Hilanderos.....	13	15	20	20
Tejedores (hombres).....	17	19	30	33
— (mujeres).....	11	13	19	20
Coolis.....	21	26	33	37
Agricultores (hombres).....	17	21	28	30
— (mujeres).....	11	13	18	19

Como se ve, el salario del obrero japonés es dos y media á tres veces inferior al del alemán, pero ya ha subido lo bastante para que los japoneses teman y restrinjan la inmigración china. Las mujeres cobran menos, y los niños, muy buscados, se contentan con 8 ó 10 yens, y entran de aprendices á los siete años. En 1903, de 75.000 obreros empleados en las filaturas, 55.000 eran mujeres y niños. La jornada de trabajo es por lo menos de doce horas, llegando con frecuencia y hasta pasando de diez y seis, con un descanso de media hora á una. No hay restricción para el trabajo de noche, y los obreros sólo tienen cuatro días de vacación al mes, pudiendo tener otros dos días más cuando se los conceden. Las consecuencias de este recargo son deplorables para la salud: la tuberculosis hace terribles progresos y la degeneración es evidente.

Por lo demás, ¿qué valen realmente esos salarios ínfimos? Lo que cuestan: para el mismo trabajo necesita tres veces más obreros el Japón que Inglaterra, por ejemplo. En una filatura inglesa, un obrero basta para vigilar dos cuadros de 800 bobinas ó un selfactor de 3.000; el japonés, que pierde cuatro veces más tiempo en atar los hilos rotos, no puede dirigir más que 200 á 300 bobinas; en Massachusetts una joven sirve me-

dia docena de telares; en el Lancashire, cuatro; en el Japón, uno solo.

En general, el japonés detesta el trabajo intenso y continuo; á cada instante hace pausas, canta, fuma, charla ó toma su té. Aborrece la maquinaria, y sólo trabaja bajo la presión del hambre y para asegurarse un techo. Su alimento es pobre, y comiendo cereales y legumbres no se puede rivalizar con los que se asimilan más grasa y albúmina. Personal tan descuidado y pueril, tan falto de iniciativa como del sentimiento de la responsabilidad, estropea máquinas y materiales. Aficionados á la mudanza, los obreros dejan las fábricas sin avisar, y se calcula en un 10 por 100 el número de los que se marchan: de modo que al cabo de diez meses se renueva todo el personal, á pesar de todos los esfuerzos de los patronos: cajas de ahorro, primas, retiros, etc.

En un país en que la mano de obra cuesta poco y las máquinas mucho, se economiza en éstas, y los métodos de trabajo progresan poco. Por eso el Japón es un obstáculo á la mejora técnica de las fábricas. Débil intensidad de trabajo y técnica atrasada, ¿es eso un peligro para Europa? No hay que olvidar, sin embargo, que sólo hace treinta años que ese país se ha abierto á la vida moderna. Pero aun así y todo, si la exportación aumenta, la importación crece no poco, y el Japón se va haciendo cada día mejor cliente nuestro; y como el desarrollo mismo de la industria exige cada vez más obreros, no hay que pensar en el peligro de una inmigración de obreros japoneses en Europa que pudieran hacer bajar los salarios de nuestros obreros. Al contrario, la condición del obrero japonés tiende á aproximarse cada vez más á la de los obreros de los grandes países industriales.

Es verdad que, como Alemania, el Japón está obligado á exportar hombres ó mercancías, y exporta sobre todo mercancías: carbón, cobre, seda, té, arroz, algodón, sederías, cerillas, esteras y cerámica; la exportación ha subido, desde 11 francos por habitante en 1889, á 50 francos en 1903; pero la im-

portación de primeras materias y de productos alimenticios aumenta en proporción, y la fabricación del hierro no pasa de 25.000 toneladas.

El Japón, por otra parte, sufre muy sensible insuficiencia de capitales. Los Bancos dan un interés de 4 á 7,50 por 100 por los depósitos; los empréstitos se hacen de un 9 á un 14 por 100, y el porvenir no parece deber aclararse. Hay excesivo número de Bancos, que trabajan á veces con un capital ridículo. De 1.316 Bancos que había en 1901, sólo había 78 que dispusieran de más de un millón de yens, y en cambio había 377 con un capital que no llegaba á 30.000 yens. Estas condiciones defectuosas de dinero y de crédito, juntas con las antes apuntadas, alejan por ahora todo peligro amarillo en sentido económico (1). No hay, pues, que ser pesimistas ni timoratos, ni perder la confianza en nosotros mismos.

LITERATURA

LA LENGUA LITERARIA CONTEMPORÁNEA.—La escuela realista ó naturalista—dice Jorge Pellissier en *La Revue*—tiene por objeto reproducir la realidad, la naturaleza, y, por consiguiente, impone al escritor rigurosa impersonalidad. Mostrar las cosas como son, con entera objetividad, ese es el principio de Flaubert; y aunque no podemos ver la realidad sino á través de nuestro yo, Flaubert se emancipa de él en lo posible. Recomendaba á Guy de Maupassant que mirase las cosas mucho

(1) Pero ¿hay alguien que pueda creer en un peligro amarillo procedente solamente del Japón? El peligro no está en el Japón, sino en la China, dirigida, amaestrada y sugestionada por el Japón. Si el Japón triunfara en la guerra con Rusia, ó si, aun no triunfando, quedara en condiciones de influir seriamente en China, y ese país de 400 millones despertara de su letargo como ha despertado el Japón, ¿qué duda puede haber de la existencia de un peligro económico amarillo, gravísimo para la producción europea y en parte para la americana?

tiempo y con gran atención para descubrir en ellas un aspecto que no hubiera sido visto ni dicho por nadie; pero no hay que confundir: ver mejor que los demás no es ver de distinto modo que los demás.

Flaubert, por otra parte, se dedica á reproducir los aspectos y formas permanentes y constantes de la realidad. Si escribió *Salammbó*, novela cartaginesa, es porque en él había un romántico oprimido que se dejó seducir por el exotismo; pero aun esa novela cartaginesa es ante todo una novela humana. Por ser su arte una representación de la naturaleza, tenía que haber en él pocas innovaciones de lenguaje. No hay, desde luego, casi ninguna en materia de sintaxis, aunque haya llegado dos ó tres veces á hacer su frase más expresiva por medio de una incorrección. En cuanto al vocabulario, sus neologismos son extremadamente raros, citándose *écaillure* y *assouvissance*. La influencia de Flaubert en la lengua se ejerció, según la estética naturalista, no por innovaciones, sino por el empleo exacto de las voces existentes. En Flaubert, el término es siempre el que corresponde á los personajes y á las circunstancias: la señora Bovary no habla como Carlos, ni León como Rodolfo, ni el cura como el boticario. Por cuidarse de la exactitud es por lo que emplea ciertos términos exóticos, sacrificando á los escrúpulos realistas su aversión de artista á cuanto pueda corromper la pureza de la lengua.

Zola tampoco es un innovador en la lengua. «Se escribe bien— dice — cuando se expresa una idea ó una sensación por la palabra exacta». Convencido de que se debe hablar el lenguaje de su tiempo, usa naturalmente los neologismos corrientes, pero inventa muy pocos, y su influencia se distingue por la introducción de la palabra científica, la popular, la cruda. La científica había sido ya empleada por Flaubert, pero Zola las emplea mucho más; las populares eran indispensables á su realismo, y las crudas no lo eran menos. Guy de Maupassant, por su parte, sin preocupaciones de escuela ni de teorías filosóficas ni artísticas, se deja llevar de su talento genial, y

resulta el más naturalista de todos, sin inventar giros ni vocablos, sino empleando con acierto los vocablos y giros comunes.

El impresionismo es esencialmente innovador é individualista, por reproducir la naturaleza á través de la visión personal del momento. Michelet es el primer impresionista: imaginación siempre en movimiento, no se contenta con emplear toda clase de términos, altos y bajos, sino que inventa libremente los que le faltan, multiplicando además las inversiones, elipsis y anacolutos, quebrantando la frase y expresando siempre su yo apasionado, expansivo é incoercible.

Los Goncourt son, entre los impresionistas, los que mayor influencia han ejercido en la lengua, y están caracterizados por dos rasgos: la nerviosidad y el modernismo. Se llaman á sí mismos unos «desollados morales y sensitivos, en carne viva», y alimentan cuidadosamente la excitación de sus nervios, estimando la literatura como «un estado violento donde no es posible sostenerse sino por medios excesivos»; por otra parte, estiman que lo que distingue la literatura presente de la antigua es «la sustitución de lo general por lo particular», y, en consecuencia, se dedican á pintar la actualidad pasajera, la de los cinematógrafos, consistiendo su arte en fijar los aspectos desvanecidos de lo que pasa. Este neurosismo y este modernismo tenían forzosamente que influir en la lengua de los Goncourt; el neurosismo les hace aborrecer lo sano, lo bello y tranquilo; y el modernismo les obliga á buscar la expresión nueva, la expresión curiosa más adecuada á la objetividad; consideran la lengua como si estuviera todavía por hacer, y no menos estilistas que Flaubert, lo son de otro modo; no les importa una repetición de palabras ó un hiato; su único cuidado es igualar la vivacidad de la expresión con la de la impresión, aunque tengan que echar á rodar el vocabulario y maltratar la sintaxis.

No es posible enumerar todos los procedimientos empleados por los Goncourt. Cambian *melancólico* en *melancolioso*

por parecerles más expresivo, y crean *nieblosos* para distinguirlo de *nebuloso* y *brumoso*; emplean adjetivos sustantivados, como «vencer *lo duro* de las almas del Norte»; términos abstractos, como «había *adoraciones* de hombres y mujeres á cuatro patas»; cambian los pretéritos definidos en imperfectos, multiplican las elipsis y hacen gasto extraordinario de inversiones y anacolutos, choques y quebraduras continuas, modelando su frase por la vibración de sus nervios. Daudet es de la misma escuela; pero, clásico por cultura, usa de estos procedimientos con mayor moderación.

La escuela simbolista se dedicó preferentemente á la poesía; representando una reacción contra el parnasismo, que pretendía fijar las sensaciones y los sentimientos en notas exactas y precisas, el simbolismo, encontrando en la poesía mayor relación con la música que con la pintura, quería hacer de ella una evocación y una sugestión. De ahí que debiera necesariamente tender á modificar la métrica y el lenguaje. En la métrica, aparte del verso libre, empleó los metros impares y se esforzó en debilitar la rima; en la lengua alteran la gramática, subordinando las reglas á la traducción de su yo, y expresando, en lugar de ideas lógicamente enlazadas, sentimientos vagos y difusos; mucho más músicos que pintores, se preocupan más del sonido de las palabras que de su forma exterior, llegando hasta hacerlo prevalecer sobre el sentido mismo, y de ahí su obscuridad. En cuanto al vocabulario, crean ó transforman palabras cuando la eufonía lo requiere, como *luisance* y *luisure* por *lueur*; aplican á las cosas inanimadas palabras que les prestan cierto sentimiento, hacen trasposiciones, emplean aliteraciones y asonancias, y, en general, sustituyen el término exacto y preciso por el término vago, dando así á la lengua cierto sutil y musical encanto de imprecisión.

De las modificaciones introducidas por las diversas escuelas literarias modernas en el vocabulario, en la sintaxis y en la métrica, sólo un pequeño número subsistirá probablemente. En todo caso, la lengua ha variado más en estos últimos treinta

ta años que en los dos siglos del período clásico. ¿Deberemos sentirlo? Sin negar á la tradición lo que es suyo, ni desconocer las ventajas de la disciplina y de la unidad, sabido es el peligro que corre una lengua que pretende conservar inalterables sus formas tradicionales: se fija, se cristaliza y, como el latín clásico, acaba por desaparecer. No conviene, sin embargo, violentar las cosas; y confesando que la lengua ha ganado mucho en su última evolución, debe desearse cierta estabilidad, siendo de esperar que la lengua, fiel á su genio, rechace cuanto pueda corromperla, no conservando sino lo que se armoniza con los rasgos esenciales del temperamento nacional, apasionado ante todo, á pesar de pasajeras efervescencias, por la claridad, el orden y la derechura.

DE RE MILITARI

LA TÁCTICA JAPONESA.—Son interesantes las observaciones recogidas por un oficial ruso, y publicadas en la *Novoie Wremia*, sobre los rasgos distintivos de la táctica japonesa.

Marchas.—Los japoneses evitan en principio atravesar valles y gargantas; siguen con preferencia los senderos de montaña, para no tener que franquear tantos ríos como los rusos, y marchan muy lentamente á fin de no fatigar á sus hombres, poco acostumbrados al calzado, cubriéndose cuidadosamente para no ser sorprendidos. Se hacen preceder de chinos, que rebuscan hasta en los menores matorrales, sabiendo que el menor descuido les cuesta la vida, y tras ellos avanzan patrullas mixtas de cuatro ó cinco infantes y tres ó cuatro jinetes; luego vienen las cabezas de columnas, y por último el resto de las tropas, fraccionado á grandes intervalos. La caballería, en lugar de preceder á la infantería, la sigue, sirviendo de sostén á la artillería. Los trenes se quedan muy atrás, hasta el punto de que los rusos no los han visto nunca. Los bagajes son transportados por mulas guiadas por *coolies* coreos ó chi-

nos. El soldado sólo lleva fusil, cartuchos, un frasco con agua y arroz comprimido. Los altos son frecuentes, evitándose en lo posible las marchas con lluvia ó con calor y las marchas de noche.

Paradas. — Los japoneses prefieren vivaquear lejos de las carreteras, en puntos no visibles, quedándose en los caminos únicamente para guardar los desfiladeros. Los vivacs están muy bien equipados, con esteras, sillas, camas de campo, alfombras, y hasta casas para los grandes jefes. El ejército está acompañado por multitud de mujeres encargadas de la cocina y de los enfermos. Antes que encender fuego, prefieren pasar la noche á obscuras si hay peligro. Los vivacs están muy bien cubiertos por centinelas á pie y á caballo, colocados en tablero de ajedrez. Los días de descanso son lo más frecuentes posible. Los chinos están obligados á suministrar paja, trigo, avena, etc.; los japoneses pagan mal, y frecuentemente dan bonos sobre la contribución de guerra que esperan imponer á los rusos. Respecto de los chinos, ordenan se respeten sus personas y propiedades; pero si alguno se niega ó se descuida, se le fusila inmediatamente.

Reconocimientos. — Todas las descubiertas se apoyan en el espionaje. Cada patrulla va siempre precedida de tres chinos, por lo menos. Cuando se acerca el enemigo, nubes de chinos bien retribuídos se adelantan de frente para extenderse luego por las alas, sin dejar de observar á los rusos.

Ocupación de posiciones. — Antes de ocupar una posición, envían indígenas á reconocer el terreno; si no hay rusos á la vista, destacan líneas de tiradores que ocupan á escape la posición, barrida antes por la artillería si todavía parece sospechosa. Cuando ya no queda ninguna duda se acercan las fuerzas principales, y en seguida se hacen trincheras midiendo las distancias de los objetos visibles al frente y á los lados; la zona defendible se reparte en cuadros con números que indican el alza, y que se explican á los soldados para que aunque caigan todos los jefes sepan tomar el alza exacta. Entretanto los za-

padores establecen por detrás vías de comunicación, arreglan los caminos y puentes é instalan el teléfono; el servicio de señales comprende el heliógrafo, fuegos, humos, linternas y pabellones. En los caminos amenazados se preparan emboscadas; el *thoorps* se compone sólo de unos cuantos hombres ocultos, que dejan pasar las patrullas enemigas; el cuerpo principal las acoge con fuego violento, y cuando quieren replegarse caen bajo el fuego del *thoorps*, que las desconcierta.

La batalla.—Los japoneses no atacan si no están seguros de su superioridad. Primero aparecen los espías chinos en todas las alturas; los habitantes huyen, y los espías instalan estaciones de señales; con ellas los japoneses arreglan sus tiros y empiezan sus salvas, primero contra la artillería, y luego contra la infantería rusa. Su fuego suele ser violento, y para adquirir la superioridad no vacilan en consumir gran cantidad de municiones; tiran muy de prisa y suelen quedarse pronto sin municiones, no estando en proporción el efecto conseguido con el gasto hecho; frecuentemente tira toda una batería contra un solo jinete, y un solo grupo de jinetes puede atraer sobre sí los fuegos de toda la línea. Los japoneses tratan de acercarse lo más que pueden á las baterías rusas, pues su cañón de montaña alcanza menos que los rusos de tiro rápido, como se ha visto, por ejemplo, en Wafangú y en Aiyanyanusí. Nunca atacan sin envolver los flancos. Después de la batalla, su persecución carece de energía y sus hombres están extenuados. Un rasgo característico de su táctica es su circunspección; hubieran alcanzado ya mayores éxitos si sus jefes inferiores supiesen utilizar por iniciativa propia las circunstancias favorables. Todavía no han hecho uso nunca de su caballería, siendo este arma inferior en número á la rusa. Lo que utilizan maravillosamente es el terreno, pues no sólo permanecen invisibles sus reservas durante la batalla, sino que apenas pueden distinguirse los brincos de sus líneas de tiradores, que se mueven diez ó veinte kilómetros sin que se los vea. Cubren cuidadosamente sus flancos para no ser envueltos, y colocan sus re-

servas en las alas, lo que les permite á veces envolver al adversario; les gusta poco acercar las reservas á la línea de batalla, y saben desfilas tan bien, que el sistema del barrido por la artillería apenas les daña. Una vez en línea las reservas sólo tiran por salvas, tanto para animar á los suyos como para engañar á los rusos sobre su verdadera fuerza. Evitan el combate á la bayoneta, en que sobresalen los rusos, y cuando se les acomete á la bayoneta se dispersan y las reservas reciben el ataque con fuegos de salvas.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL «AMOR», DE MICHELET.—En su juventud pensó Michelet dedicar un libro al amor; en 1849 se fijó más su pensamiento en este propósito, trazando el primer bosquejo del 14 al 31 de Marzo; interrumpido para escribir *La Liga*, á la que dedicó Abril, Mayo y Junio, dedicó Julio, Agosto y Septiembre á recorrer la Suiza, y entonces acabó de trazar su plan del *Amor*, que al fin se decidió á escribir en 1856, apareciendo en 1858.

Desde el 15 de Marzo de 1849, el plan general del libro estaba concebido en esta forma:

El amor y la monogamia.—Intro- $\left\{ \begin{array}{l} \text{lo que fué} \\ \text{lo que es} \\ \text{lo que será} \end{array} \right\}$ el amor.
ducción.

El amor hace el *progreso* $\left\{ \begin{array}{l} \text{de la historia natural.} \\ \text{de la historia humana.} \end{array} \right.$

El amor $\left\{ \begin{array}{l} \text{halla y crea la } \textit{belleza} \text{ (atracción).} \\ \text{acumula la } \textit{fuerza}, \text{ la proyecta, la individualiza.} \end{array} \right.$

El amor hace la vida misteriosa $\left\{ \begin{array}{l} \text{de las sociedades.} \\ \text{de las religiones.} \end{array} \right.$

El amor monógamo exclusivo rehará el mundo entero.

Sólo él profundiza—alcanza las raíces comunes—por donde se funden los dos seres—y por donde su vitalidad mezclada—llegará á ser el amor y el progreso general—la universal iniciación.

La fórmula fisiológica—es UNIFICAR *el esfuerzo*—para que sea profundo.—«Pero, si es tal, ¿no será egoísta y limitado?»—No, de *fecundidad infinita*.

*
* *

LAS «MEMORIAS» DE ELENA KELLER.—Elena Keller es una joven americana, ciega y sorda, que ha publicado su propia historia, narrando el maravilloso proceso de su educación. Pocos libros merecen tanto como éste los honores de la publicidad; su valor ético es excepcional y no inferior al de *Self Kelp*, de Smiles; Marco Twain ha llegado á decir que los dos personajes más interesantes del siglo XIX son Napoleón y Elena Keller, y en esta paradoja no deja de haber algo de verdad, por ser realmente Elena Keller una gran maestra de energía, como dice con razón Nemi.

A los siete años Elena empezó á estudiar bajo la dirección de miss Sullivan, institutriz que también había sido ciega y había estado en la institución Perkins para ciegos, de Boston. Elena no sabía nada de nada, y había vivido hasta entonces en el silencio y en la obscuridad, siendo una tarea nada fácil despertar aquel espíritu. Cuando la niña pudo darse cuenta de que los hombres tenían la palabra para comunicarse, surgió en su alma un deseo imperioso de aprender, una voluntad decidida de saberlo todo. Y así aprendió no sólo el inglés, sino el alemán, el francés, el latín y el griego, recorriendo todas las esferas del saber, matemáticas, astronomía, literatura, etc., sufriendo con brillante éxito á los veinte años, en 1900, el examen de admisión en el colegio Radcliffe, no sin antes tener que gestionar se la admitiera, y escribiendo al efecto al presidente del Consejo académico del colegio lo siguiente: «Las condiciones especiales del trabajo á que estoy obligada exigen para mí la presencia de miss Sullivan, que es desde hace trece años mi profesora y compañera; ella me sirve de intérprete, me traduce los discursos y me lee las composiciones de examen. En el colegio será necesario que ella, ó en cier-

tos casos cualquiera otra persona, me asista en la sala de lectura y en las recitaciones; yo haré todos mis deberes escritos á máquina, y si el profesor no lograra comprenderme cuando hablo, podré escribir mis respuestas á sus preguntas y dárselas. ¿Puedo esperar que el Consejo se adaptará á estas condiciones sin precedentes, poniéndome así en la posibilidad de continuar mis estudios? No me disimulo que los obstáculos son grandes; á otros podrán parecer insuperables; pero, querido señor, un verdadero soldado no se reconoce vencido sin combatir».

En el primer año de su vida en el colegio es cuando Elena empezó á escribir sus *Memorias*. Para ello se ha servido de una máquina ordinaria; pero como así no puede volver á leer lo que ha escrito, terminado en Julio de 1902 el último capítulo de su libro, un amigo se lo copió en escritura Braille, de relieve, para ciegos, á fin de que pudiera hacer correcciones. Entonces fué haciendo correcciones, cortes y adiciones en hojas volantes de sistema Braille, y leído así de nuevo el trabajo, lo dió á la imprenta. Durante la revisión, Elena discutía con los amigos sobre el fondo ó la forma de su libro; sus dedos corrían sobre las hojas en relieve, deteniéndose en los párrafos ó en la palabra discutida y leyendo en alta voz para facilitar la comprobación. Leyendo ese libro, verdaderamente original, se forma una idea clara de las sensaciones é impresiones de esa ciega genial, que ha revelado con su trabajo hasta dónde puede llegar el esfuerzo de la voluntad.

*
* *

FERROCARRILES Y TRANVÍAS.—Con la laudable costumbre que tienen los ingleses de vivir, los que pueden hacerlo, en el campo, á distancias á veces considerables de los grandes centros de población, es natural que todos los ferrocarriles que parten de las grandes ciudades tengan en los primeros 30 ó 40 kilómetros extraordinario movimiento de viajeros que van y vienen diariamente de sus casas á sus negocios, oficinas y ta-

lles. La competencia que los ómnibus, tranvías y demás vehículos de tracción animal hacían á los ferrocarriles, claro es que no podía sostenerse ni era temible, dada la diferencia de velocidad y de tiempo empleados por unos y otros medios de locomoción.

Pero descubierta la tracción eléctrica, y aplicada al servicio de esas zonas de población dispersa en torno de las grandes ciudades, los ferrocarriles que tienen líneas paralelas á las de los tranvías eléctricos han comenzado á resentirse de una competencia verdaderamente temible en tales condiciones, dada la rapidez igual ó mayor de los tranvías eléctricos, y la frecuencia de sus viajes, que permite al viajero hacer toda clase de combinaciones para el empleo de su tiempo. Para hacer frente á la dificultad, las Compañías de ferrocarriles han discurrido el medio de emplear en sus líneas suburbanas automóviles de petróleo, de 40 á 60 caballos, que pueden llevar 80 personas, y cuyos viajes pueden multiplicarse cuanto se quiera.

Lo ocurrido en Inglaterra—que en mayor ó menor escala se repite en todos los países—debiera servir de aviso á los Gobiernos y á las Compañías constructoras y explotadoras de ferrocarriles, como dicen con razón la *Revista de Obras Públicas* y la *Revista Minera*, para abandonar por completo en toda nueva línea el empleo del vapor, construyendo exclusivamente líneas eléctricas; pues si se explica que se continúe utilizando el vapor en las líneas ya construídas, por los enormes desembolsos que habría que hacer para cambiar el sistema, no tiene explicación, como no sea por el culto á la rutina, que se pida ni se conceda ninguna nueva línea que no se sirva de la tracción eléctrica.

* * *

CORREO ELÉCTRICO.— Así se titula, según *La Naturaleza*, el nuevo invento del ingeniero italiano Pispicelli Taegi, invención que se reduce á una aplicación más de las fuerzas del

hada Electricidad, que tan maravillosas transformaciones está produciendo todos los días en las condiciones de la vida moderna.

El correo eléctrico es un servicio de correos por medio de la electricidad que ha de circular por un ferrocarril aéreo, constituido por uno ó varios hilos de acero enlazados y sostenidos por postes de 15 metros de altura. Los hilos de acero hacen de rieles, y por ellos circularán unas cajitas de aluminio, conteniendo la correspondencia, con una velocidad de 400 kilómetros por hora, sin que haya peligro de choque, gracias á unos aisladores que obligarán á las cajitas viajeras á mantenerse á una distancia entre sí de cinco metros. De la línea principal las cajas derivan á las secundarias, y así queda asegurado todo el servicio con perfecta regularidad y funcionando automáticamente.

Según el proyecto del autor, en Roma, donde quiere establecer su sistema, habrá una estación principal y ocho ó diez sucursales. La principal será la que haga la distribución de la correspondencia por las líneas, y las sucursales servirán únicamente de buzones para la recogida de la correspondencia, á cuyo efecto tendrá cada una un torreón de 25 metros de altura, en cuya base, á un metro del suelo, habrá un buzón provisto de un mecanismo que al recibir la carta inutilizará su sello y la timbrará automáticamente con la fecha del año, mes, día, hora y minutos en que ha sido depositada; un ascensor llevará la carta á lo alto del torreón, y allí el empleado de servicio la enviará á la estación central para su distribución. Los gastos de instalación del nuevo sistema se calculan en unas 3.000 libras por kilómetro.

El correo eléctrico, como se ve, llegará á ser un adelanto más, que simplificará no poco el servicio postal, y con el que podrá lograrse, una vez perfeccionado, una rapidez en las comunicaciones verdaderamente ideal.

FERNANDO ARAUJO

INDICE

	Págs.
<i>Estudios de sinonimia inversa</i> , por J. de Elola.....	5
<i>El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo</i> , por P. Dorado.....	24
<i>Amigos y enemigos del libro</i> , por El Conde de las Navas.....	40
<i>Relaciones hispanoamericanas</i> , por Jerónimo Bécker.....	54
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	73
<i>Estudio aislado de las palabras</i> , por Eduardo Benot.....	88
<i>La muerte de los dioses (La novela de Juliano el Apóstata) (conclusión)</i> , por Dmitry de Merejkowsky.....	100
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	135
<i>Crónica literaria (Bosquejo del reinado de los Reyes Católicos: discurso leído en la inauguración del curso académico en la Universidad Central por el Dr. Brieva y Salvatierra)</i> , por E. Gómez de Baquero.....	158
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	169

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florenza, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mouset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.^a parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

- Gumpłowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
- Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
- Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
- Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. — De las leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supiao.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
- Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
- Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prieta, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

- Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
 Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
 Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
 Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
 Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
 Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
 Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

- Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.
 Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
 Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
 Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
 Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
 Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
 Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
 Heine.—Alemania, 6 pesetas.
 Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.
 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

- Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
 Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).
 —Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.
 —El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
 Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
 Taine.—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

- Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.— Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.
- Campe.**— Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**— La Revolución francesa, 8 pesetas.
- Dowden.**— Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Fouillée.**— Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**— El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**— Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**— Historia de María Antonieta, 7 pesetas.— Historia de la Pompadour, 6 pesetas.— Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.
- Heine.**— Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**— Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Renán.**— Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.— Las Vidas de los santos, 6 pesetas.
- Stahl.**— Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**— Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.— Los Orígenes, 7 pesetas.— El Renacimiento, 7 pesetas.— La Edad Clásica, 6 pesetas.— Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**— El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**— Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**— Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**— El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**— Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con no-

tas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

- Alcofurado.**— Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**— Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**— El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**— Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**— Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**— Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**— La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Stead.**— El Gobierno de New-York, 3 pesetas.
- Stendhal.**— El Amor, 3 pesetas.— Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**— Fisiología de la guerra, 3 pesetas.— Placeres viciosos, 3 ptas.
- Varios autores.**— (Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)— Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

- Balzac.**— Eugenio Graudet, 3 pesetas.— Papá Goriot, 3 pesetas.— Ursula Mironet, 3 pesetas.— César Birotteau, 3 pesetas.— La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**— El Cabecilla, 3 pesetas.— Venganza de una mujer, 3 pesetas.— Las Diabólicas, 3 pesetas.— Una historia sin nombre, 3 pesetas.— La Hechizada, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**— Miss Rovel, 3 pesetas.— La tema de Juan Tozudo, 3 pese-

- tas.—Amores frágiles, 3 pesetas.
 Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Hol-
 denis, 3 pesetas.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.
 —La Evangelista, 3 pesetas.—El
 sitio de París, 3 pesetas.—Novelas
 del lunes, 3 pesetas.—Cartas de
 mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en
 los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y
 fantasías, 3 pesetas.
- Dostoyuski.**—La Casa de los muer-
 tos, 3 pesetas.—La novela del pre-
 sidio, 3 pesetas.
- Ferrán.**—Obras completas, 3 pe-
 setas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3
 pesetas.
- Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—
 Renata Mauperin, 3 pesetas.—Ger-
 minia Lacerteux, 3 pesetas.—La
 Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3
 pesetas.—La señora Gervaisais, 3
 pesetas.
- Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.
- Korolenko.**—El Desertor de Saja-
 lín, 2,50 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Se-
 dán), 3 pesetas.
- Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—
 Mis perlas, 3 pesetas.
- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.
- Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.
- Sardou.**—La Perla Negra, 3 pesetas.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.
- Tolstoy.**—La sonata á Kreutzer, 3
 pesetas.—Marido y mujer, 3 pese-
 tas.—Dos generaciones, 3 pesetas.
 El Ahorcado, 3 pesetas.—El prín-
 cipe Nekhli, 3 pesetas.—En el
 Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3
 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3
 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.
 —Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El
 canto del cisne, 3 pesetas.—El ca-
- mino de la vida, 3 pesetas.—Mi
 confesión, 3 pesetas.—Los Ham-
 brientos, 3 pesetas.
- Turguenev.**—Humo, 3 pesetas.—Ni-
 do de hidalgos, 3 pesetas.—El Ju-
 dí, 3 pesetas.—El rey Lear de la
 Estepa, 3 pesetas.—Un desespera-
 do, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pe-
 setas.—Aguas primaverales, 3 pe-
 setas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.
 El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hi-
 jos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3
 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pe-
 setas.
- Varios autores.**—Ramillete de
 cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de
 cuentos, 3 pesetas.—Cuentos es-
 cogidos, 3 pesetas.
- Zola.**—Las veladas de Medan, 3
 pesetas.—La novela experimental,
 3 pesetas.—Los novelistas natura-
 listas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor
 Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los
 hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

- Buisson.**—La educación popular de
 los adultos en Inglaterra, 6 pe-
 setas.
- Fichte.**—Discursos á la nación ale-
 mana, sobre regeneración y educa-
 ción de la Alemania moderna, 5 pts.
- Huxley.**—La educación y la heren-
 cia, 8 pesetas.
- Guyau.**—La educación y la heren-
 cia, 8 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 ptas.
- Tolstoy.**—La escuela de Yasnaya
 Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

- Campoamor.**—Ternezas y flores,
 Ayes del alma, Fábulas; todo en
 un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Can-
 tares, Humoradas; todo en un tomo,
 3 pesetas.